

# Lord Dunsany

## EL CREPÚSCULO DE LA MAGIA



Lectulandia

Ramón Alonso es hijo de una familia honorable, pero sin fortuna. Dotado de la ingenuidad propia de su juventud, entra a trabajar como aprendiz de un mago que vive en una casa escondida en el bosque cercano, y conoce así el terrible sino de la anciana que allí trabaja. Ella se encarga del trabajo rutinario de la casa, pero es especial: no tiene sombra...

El crepúsculo de la magia es una novela fascinante y extraña en la que Lord Dunsany desarrolla el profundo lirismo que ha hecho de él la influencia aislada más notable en la historia de la fantasía moderna. Ambientada en las postrimerías de la Edad de Oro española (sinónimo para el autor de escenario exótico), en ella se contrastan la ingenuidad de los personajes con un tono irónico delicioso por parte del narrador, dotando a la narración de un atractivo que no podría esperarse encontrar en un cuento.

«Dunsany se ha consagrado a mundos extraños y maravillosos de una fantástica belleza. Para los auténticos imaginativos, es un talismán y una llave que abre fabulosos almacenes de sueños» (H.P. Lovecraft).

«Es probablemente la influencia aislada más importante en el desarrollo de la fantasía en el siglo presente» (L. Sprague de Camp).

**Lectulandia**

Lord Dunsany

# **El crepúsculo de la magia**

ePub r1.0

Cervera 03.12.2017

Título original: *The charwoman's shadow*  
Lord Dunsany, 1926  
Traducción: Lorenzo Díaz  
Portada: Llorenç Martí

Editor digital: Cervera  
ePub base r1.3

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

¿Quién serás esta noche en el oscuro Sueño, del otro lado de su muro?

JORGE LUIS BORGES

*Edward John Moreton Drax Plunkett (1878-1957), decimoctavo barón de Dunsany, fue un autor sumamente prolífico que cultivó tanto la novela y el cuento como el teatro y la poesía. Pero, sin duda, su faceta más destacada son los cuentos, cuya extensión se presta más al denso entramado, de abundante adjetivación, de su prosa barroca. Su pluma es ágil, de una agilidad que, al decir de algunos críticos, conspira con la calidad de parte de su obra, ya que muchos de sus cuentos carecen hasta tal punto de argumento que bien pueden considerarse poemas en prosa.*

*Pero también es necesario aclarar que Dunsany no fue nunca un escritor en el sentido estricto de la palabra, sino un diletante que escribía por el placer propio y el de algunos amigos. Una idea que sin duda es compartida por sus descendientes —teniendo en cuenta el poco interés que han tenido y tienen en la reedición de su obra—, que sin duda consideran su actividad literaria una extravagancia, quizá un pecadillo, de un hombre cuyas otras principales preocupaciones fueron las cacerías, el ajedrez y el cricket.<sup>[1]</sup>*

*Educado en la exclusiva Eton y en la no menos exclusiva academia militar de Sandhurst, su obra surge en un momento de plena exaltación del espíritu literario irlandés, que trataba de recuperar en lengua inglesa una caudalosa tradición de leyendas gaélicas. Era también un momento importante —mediados del siglo pasado y principios de éste— para el resurgimiento de la magia ritual y la alquimia, actividades casi extinguidas en occidente desde la Edad Media, y que tuvieron su epicentro en la orden secreta Golden Dawn (Aurora Dorada), que bajo la dirección de S. L. MacGregor Mathers produjo una profunda huella en la sociedad victoriana.*

*Todo esto, sumado al empuje irresistible de la revolución industrial, dio por resultado el fin del novelón gótico y la aparición de un nuevo género, el ghost story, en el que se destacaban de modo fundamental la brevedad, el humor y el realismo. Aparecen escritores como S. Le Fanu y M. R. James, quienes pronto darían paso a lo que J. Bergier denomina «cuento materialista de terror», dentro del cual —en su tendencia más bella y onírica—<sup>[2]</sup> podemos encuadrar a Dunsany, junto a un heterogéneo grupo que forman, a uno y otro lado del Atlántico, Arthur Machen, Algernon Blackwood, Ambrose G. Bierce, Robert Chambers, Edgar Allan Poe, W. H. Hodgson y H. P. Lovecraft, entre otros.*

*Este resurgimiento del paganismo se fusionaría en su obra con el mundo mítico y*

mágico de los cuentos de hadas y las mitologías orientales. Magia y hechicería, aventuras prodigiosas, ciudades brumosas e inaccesibles, todo un universo —que aparecía de algún modo esbozado en el misterioso condado de Meath, donde tenía sus posesiones— surge en sus obras. En ellas se advierte una fuerte dicotomía: ese mundo mágico y atrayente, que lo arrastraba con gran fuerza, coexistiendo con su racionalismo, que negaba esas realidades y las confinaba al campo de lo literario.<sup>[3]</sup>

Por tanto, desde 1905, en que aparece su primer libro de cuentos, *The Gods of Pegana*, su actividad narrativa estuvo orientada de modo fundamental hacia la fantasía, destacándose dos obras de modo especial, *Cuentos de un soñador*, en el campo del relato, y *La hija del rey del País de los Elfos*, en el de la novela.

*El crepúsculo de la magia* (1926) y *Don Rodrigo: Crónicas del Valle de la Sombra* (1922) son dos novelas emparentadas que suceden en una España imaginaria, onírica, donde se nota la influencia de la clásica novela de caballería, pero donde el humor no desdeña el toque cervantino.<sup>[4]</sup> Fundamentalmente, son notables en la primera las descripciones del bosque donde vive el mago, y el Valle de la Sombra, ominosa y desconocida comarca donde penetra Don Rodrigo, en la segunda.

La visión de Dunsany es siempre incierta: sus historias pueden situarse tanto en lugares fabulosos, en mundos remotos, o bien, como en *El crepúsculo de la magia*, en un lugar reconocible, pero distorsionado por su óptica de soñador empedernido. Esta visión onírica de la realidad fue muy criticada en su tiempo, y etiquetada con la fácil clasificación de escapismo, a lo que el escritor a menudo respondió: «No creo que haya mucho sentido en el mundo».<sup>[5]</sup>

Los contenidos de su obra pueden ser discutidos, pero lo que no es discutible es la brillantez de su estilo ni la influencia que ejerció sobre los modernos autores de lo fantástico. Lovecraft, uno de sus más dilectos continuadores, ha definido así su obra: «Nadie ha logrado sobrepasar el encanto de su prosa cantarína y cristalina ni su capacidad para crear un mundo deslumbrante y lánguido, una visión exótica e iridiscente, un ámbito de fantástica belleza».<sup>[6]</sup>

JORGE A. SÁNCHEZ

# 1

## El Señor de la Torre encuentra una profesión para su hijo

Imagina una dulce y sombría tarde de verano en España, cuando el brillante lustre de las hojas da paso a colores más sobrios, y el cielo es cálido y misterioso como la música al oeste, y amenaza tormenta al este. Imagina que ha pasado el maravilloso cénit de la Edad de Oro, y que ésta se encamina ya a su crepúsculo.

En semejante día y época del año, y en semejante momento de la historia, un joven recorría a pie un camino español. Había dejado atrás un pueblo cercano y desconocido, y se dirigía hacia el esplendor y la grandeza de las montañas. El viento del atardecer le agitaba con fuerza la capa al caminar.

El ímpetu del viento aumentó, trayendo consigo extraños gritos; la cuesta se hizo más escarpada, la luz del día declinó, y hombre, capa y tarde se fundieron en una oscuridad tal que apenas puedo verles ahora con la imaginación.

Pero antes de proseguir, respondamos a los interrogantes de quién era y de cómo llegó a rondar en semejante hora región tan rocosa y solitaria como la que se alzaba ante él, cuando hasta los vagabundos más curtidos se refugiaban para pasar la noche.

Se llamaba Ramón Alonso Matías-Marcos-Lucas-Juan de la Torre y el Bosque Rocosó. Su padre habíale llamado cuando jugaba con su hermana a la pelota, pasándosela el uno al otro sobre una valla de tejo. La pelota tenía un penacho de plumas para que volara suave y grácilmente, y la valla de tejo daba a una balaustrada blanca que les separaba de las aguzadas rocas y el tenebroso bosque. Su padre llamóle y entró a la casa abandonando la dulce tarde, pidiéndole a su hermana que le esperara; pero estuvo con su padre hasta que anocheció, y no jugaron más a la pelota.

Y cuando estuvieron sentados ante las brasas de la habitación donde se colgaban las cabezas de jabalí, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosó le habló a su hijo de la siguiente manera:

—No sé qué resulta más agradable, si la caza del jabalí o la del ciervo. Yo me inclino por la del jabalí, pero sólo los benditos santos saben cuál lo es más. En la vida hay otras consideraciones aparte de éstas, y el mundo sería más feliz si no las hubiera, pero el caso es que haylas.

Y el chico asintió con la cabeza, porque sabía de lo que iba a hablarle su padre, y era del lucro, que tenía mucho que ver con asuntos mundanos. Los buenos padres ya le habían prevenido acerca de ello.

—Pese a lo vil y sucio que sea el oro en sí, y no te pido que dudes de lo aprendido en la escuela, resulta necesario para muchas cosas que son buenas, de la misma manera que ciertas cosas inmundas sirven para alimentar las raíces de la vid. De ese

modo y manera, Manuel y Marcos reciben regularmente su paga año tras año por el trabajo que hacen con los caballos, e igualmente Pedro recibe una paga por su labor en el jardín. ¿Y acaso no pasa igual con la educación que recibiste de los buenos padres, allá en la colina?; mucho vil metal ha ido a parar allí, pese a ser un trabajo bendecido por los cielos. Y ahora se necesita llenar las arcas y tenerlo preparado para cuando le haga falta a tu hermana, pues acaba de cumplir los quince. Y es que nuestro suelo rocoso resulta poco adecuado como dote; no cede fácilmente sus riquezas, y poco podemos conseguir del bosque. Parecería que a medida que aumenta el pecado en la Tierra, la necesidad de oro lo hace de igual manera.

»El caso es que, si es cierto lo que dicen y la obtención de oro es un arte, ya no tengo edad para aprender un nuevo arte; y si es un pecado, los míos ya están por encima de todo. Pero tú, hijo mío, puedes encargarte de satisfacer esta necesidad nuestra, o este mal, sea lo que sea; y en caso de ser un pecado, ¿qué es un pecado más para la juventud? Poca cosa, me temo.

El joven sintióse ofendido.

—Y no conviene seguir el camino de las armas —continuó su padre, sin desviarse un ápice de su discurso—, porque, como bien se ha dicho desde siempre, los hombres de leyes siempre las vencen con la pluma. Tendrás que aprender un Arte muy especial ante cuya mención palidecen hasta los mismos hombres de leyes.

—¡El Arte Negro! —exclamó Ramón Alonso.

—Sólo hay uno —repuso su padre—, y resultará muy ventajoso que lo aprendas, pues últimamente ha habido poca magia en España, y ni siquiera en este bosque hayla más que de cuando en cuando, no recordando yo haberme encontrado con misterio o amenaza de esa índole, no viéndose dragón alguno desde los tiempos de mi abuelo.

—¡El Arte Negro! —dijo Ramón Alonso—. ¿Cómo voy a decírselo al padre José?

Su padre acaricióse la barbilla antes de volver a hablar.

—En verdad que será duro contárselo a tan buen hombre. Pero tenemos mucha necesidad de oro, y Dios en su misericordia prohíbe que uno de nosotros se dedique al comercio.

—Amén —dijo el jovencito.

El fervor con que su hijo había dicho «amén» hizo que el padre alentara esperanzas de que hiciera según su voluntad, y siguió animándole con el discurso, que reanudó de la siguiente manera:

—Mi padre conoció un mago en las montañas, que están a un día de distancia de Aragona (cuyas torres vemos desde aquí). Fue una vez en que mi padre se internó en ellas, persiguiendo un ciervo tan hermoso que regocijó su alma de cazador; una vez maté uno igual, pero nunca encontré otro que lo superara. Yo maté al mío el año anterior al de tu nacimiento, el de la gran nevada; pero éste bajó de las montañas. Mi padre tuvo que perseguirlo desde el valle donde pastaba, cerca de los jardines, hasta su hogar en las montañas, cazándolo al fin al caer de la tarde, en los densos bosques



de las laderas. Entonces, apareció entre las rocas el hombre más extraño de cuantos había conocido. Llevaba una capa de seda negra, y caminó lentamente hasta donde estaba despellejando al animal, rodeado por los cansados sabuesos, y preguntó si había estudiado magia. Mi padre le respondió que los únicos estudios que tenía eran los de la caza del ciervo y del jabalí. Y bien que estudió esas materias, y a mí me las enseñó, pero no lo sabía todo, porque no hay hombre que pueda aprender tanto. Y le contó algo sobre la caza del jabalí, y el mago asintió complacido, porque los hombres le evitaban; y, los que no, solían hablarle de corazón acerca de las cosas que amaban, ante su portentosa capa y sus extraños ojos sabios. Mi padre se animó a hablarle de las cosas sobre las que había estudiado, y las estrellas llenaron el firmamento, y enorme era el reflejo de su brillo sobre el bosque, y mi padre seguía hablando de la manera de cazar el jabalí, porque nunca hubo asomo de miedo en él. Y el mago le preguntó si podía prestarle alguna ayuda, y mi padre dijo «sí», pidiéndole al mago que escribiera para él, pues siempre le había intrigado el arte de la escritura. El mago así lo hizo, quitándole el corcho a un cuerno lleno de tinta que pendía de su fajín, y escribiendo con una pluma de ganso sobre un pergamino que sacó de la bolsa. Se separaron en el bosque, y mi padre recordó este día todos los años de su vida, tanto por el mago como por la espléndida cornamenta conseguida. Y cuando se leyó la escritura, se supo que era una carta de amistad y bienvenida a mi padre o a cualquiera que fuera con ese pergamino a su casa del bosque.

»Mi padre sólo se preocupaba de cazar jabalíes o ciervos y no tenía necesidad alguna de magia, ni yo tenía nada que hacer con pergaminos o escrituras. Pero puedo localizarlo rápidamente entre los colmillos de jabalíes cazados por mi padre, y podrás ir al bosque para decirle al mago, “Soy el nieto del que os enseñó el arte de cazar jabalíes, hace ochenta años”.

—¿Y aún seguirá con vida? —preguntó Ramón.

—Si no, no sería un mago —replicó su padre.

Y el chico guardó silencio, lamentando la inconsciencia que mostraban sus precipitadas palabras.

—Sin duda allí estudiarás el misterio de la escritura, del cual tengo algún conocimiento, por haberlo investigado algo para ser capaz de realizarla si se presentara ocasión. Pero de todos los misterios que tenga a bien enseñarte, el que tienes que estudiar con mayor diligencia es el concerniente a la fabricación del oro. Sí, sí, conozco muy bien el pecado que es inherente al oro —dijo, silenciando con uno o dos gestos de la mano la apresurada objeción que vio florecer en los labios del chico—. Pero pienso que se trata de una maldición primigenia proferida por Satanás antes de que éste se fundiera con la Tierra, y no creo sea aplicable al oro que hacen los filósofos.

La juventud y el apresuramiento provocaron otra pregunta.

—¿Es que los filósofos pueden fabricar oro? —dijo Ramón Alonso inconscientemente.

—Muchacho mal informado, ¿acaso no has oído hablar de los filósofos que desde hace diez siglos buscan el oro con su piedra?

—Sí, pero tengo entendido que ninguno lo ha encontrado.

Su padre agitó la cabeza con sonrisa tolerante y no contestó de momento, no queriendo apresurarse a reprender tan infundado comentario del muchacho, porque la vejez, en su sabiduría, espera semejantes conclusiones de la ligereza de la juventud. E instruyó a su hijo con palabras sencillas, diciéndole que el valor del oro no yace en un poder especial del metal sino en su rareza; explicándole de manera que hasta un niño lo habría entendido, que esos hombres aplicados que dedicaban su vida a la alquimia no le confiaban al populacho los frutos de su estudio, pues en cuanto su arte les descubriera la manera de transmutar el metal, desharían en un imprudente momento todo lo conseguido en noches de esfuerzo, trabajando en solitarias torres mientras el mundo dormía. Y añadió argumentaciones más simples y sencillas, bastantes como para corregir el apresurado error de la juventud, pero demasiado obvias y vulgares como para ofrecérselas a mis lectores.

Una vez explicado que la piedra filosofal debió ser a menudo descubierta, y dedicada al uso al que estaba destinada, volvió a encarecer a su hijo que se aplicara en su estudio. Y el joven sopesó las ventajas del oro con todo lo que había aprendido en su contra, y decidióse a seguir esos estudios. Entonces, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosó entró alegre en un cuarto trastero donde abundaban los objetos extraños y nada interfería la labor de la araña. Y en este lugar en penumbra donde uno apenas podría esperar encontrar algo, entre montones de viejas redes de pesca que se habían vuelto sólidas por el polvo acumulado, donde se amontonaban gastadas alabardas, ajadas banderillas que antaño ornaron el lomo de grandes toros, embotados cuchillos y estacas, y objetos demasiado viejos como para reconocerlos, a no ser que se limpiasen y llevasen antes a la luz... Tanteando entre todo ello, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosó encontró un pálido montón de colmillos de jabalí, entre los cuales dio con el pergamino, tal y como le había contado a su hijo. A continuación, dejóle el lugar a la araña, reuniéndose con su hijo tras coger un cofre de otra habitación, una caja pequeña de sólido roble y plata maciza, forrada de raso, bien protegida por una gran cerradura. Cogió una enorme llave y lo abrió con cuidado mostrándoselo a Ramón Alonso, al tiempo que le entregaba el pergamino del mago. Mantuvo abierto el cofre, exhibiendo el azul claro del raso, y no pronunció palabra alguna. El joven sabía que era el cofre de la dote de su hermana, y vio que estaba vacío. El padre bajó la tapa, cerró la caja con cuidado y puso la llave a buen recaudo, mientras los jóvenes pensamientos del chico vagaban más allá de Aragón, centrándose en el hombre con la capa de seda negra y su casa en el bosque, donde los metales sufrirían cambios maravillosos antes de que las gruesas monedas de escoria tintinearan en ese forro de raso. Y por donde vagan los jóvenes pensamientos pronto acaban siguiéndoles muchachos y doncellas.

Hablaron a continuación de los caminos que hay más allá de Aragón, y del

sendero que conduce al bosque. Y el padre se recostó en la silla buscando descanso, porque le cansaba hablar de cosas difíciles de entender, y especialmente de la obtención del dinero. Pensaba en el asunto desde varios días antes de mentarlo, y nunca pareció seguro conseguir el dinero, pero ahora las cosas tomaban otro rumbo, y eso le tranquilizó. Y le explicó a su hijo el camino mientras se recostaba en la silla, y éste era fácil hasta llegar al bosque, pero a continuación tendría que preguntar a la gente que encontrase; claro que, si no encontraba a nadie, era que la casa estaba cercana pues los hombres la evitaban. También hablaron de cosas y momentos que a ambos les eran placenteros, hasta que el padre recordó que había algo más importante, por lo que habló de lo que sabía concerniente al decoro y la seriedad del estudio de la magia. La verdad es que conocía poco de esta antigua ciencia, pero una vez, hacía años, cuando intentaba adquirir una vaca en un pueblo, vio a un hechicero conjurar un conejo vivo de un sombrero vacío. Y a ello se refería al decir que había tenido poca relación con la magia. Por lo demás, se limitó a hablar de las encanecidas tradiciones mágicas, tan antiguas entonces como ahora, porque tanto entonces como ahora éstas sobrepasan los confines de la historia perdiéndose en las vastas planicies de la leyenda y la penumbra del tiempo.

—Ante semejantes tradiciones —dijo—, resulta adecuado el decoro más severo.

Y el joven asintió con la cabeza, manteniendo el decoro adecuado en el rostro. Y el padre recordó su propia juventud y se maravilló.

Y entonces se separaron, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosó yendo a buscar a su dama, y quedándose el joven en la silla ante el fuego ponderando su futuro viaje. Sus pensamientos demasiado ágiles como para poder seguirlos, por lo que sigamos, en su lugar, los lentos pasos del padre hasta ver como entra en una habitación cuyas sombras se ven marcadas por la falta de oro. Esta habitación apenas llamaría nuestra atención con las antiguas sillas de los centinelas que parecen dispuestas para vigilar mientras se holgazanea, y sus ricos tapices colocados para tapar desconchones de la pared o los fluidos que rezuman de imprevistas madrigueras de ratones; y la contemplaríamos siglos enteros sin percibir sus acuciantes necesidades. Pero allí están las sombras, moviéndose lentamente por los solemnes pliegues de los tapices, o alzándose para recibir a su manera la humedad, y siempre sabiendo con su conocimiento de sombras, y susurrando, y murmurando entre sí, y sospechando, y profetizando, y temiendo que la necesidad se haga demasiado evidente y termine con sus días de existencia. Y el Señor de la Torre encontró aquí a su dama, cuyo cabello blanqueaba sobre una cara imperturbable al paso del tiempo o a lo que trajera éste consigo. Si su mente se vio alguna vez conmovida por grandes pasiones, o la turbaron enloquecidas ensoñaciones, éstas pasaron por el suave y plácido rostro sin dejar más huella que las que dejan tormentas y barcos en la arena amarilla de una soleada caleta.

—He hablado con Ramón Alonso y lo he acordado todo con él —le dijo a ella—. Pronto nos dejará para ir a trabajar con un hombre instruido que vive más allá de

Aragona, y nos conseguiremos el oro que necesitamos, y después algo más para él.

No habló más del tema, porque no era ésa su costumbre, ni en España estaba al uso hablar de negocios con las damas.

Y la dama se alegró de ello, porque durante mucho tiempo había intentado hacerle ver a su marido la falta que atraía a las sombras a rondar por la Torre, anunciando su llegada a todos y cada uno de los rincones del lugar; pero los jabalíes debían ser cazados y los sabuesos ser alimentados y un centenar más de cosas demandaban su atención, y había llegado a temer que su mente nunca tendría un momento para dedicar al asunto. Pero ahora estaba todo arreglado.

—¿Se marchará pronto Ramón Alonso? —preguntó.

—No, por unos días —respondió—. No hay prisa alguna.

Pero los rápidos pensamientos de Ramón Alonso habían aventajado todo esto. En esos momentos se encontraba hablando con su hermana, diciéndole qué al día siguiente partiría a la casa de las montañas de la que tanto había oído hablar, encareciéndola que cuidara de su sabueso. Se encontraban en el jardín pese a que el día estaba en su crepúsculo, el jardín que daba al patio donde habían jugado antes, situado en la ladera de la colina donde se alzaba la Torre y separado de la tierra agreste por la misma balaustrada de mármol que separaba al patio del bosque.

Estábamos en los días que median entre la primavera y el verano y las mariposas nocturnas destacaban en el oscurecido cielo, abandonando sus hogares en el bosque atraídas por el brillo de las luces. Aquí se despedirían más tarde Ramón Alonso y Mirándola, rodeados de arbustos que parecían fuentes de flores, en los lugares donde habían jugado tan a menudo durante años que ya les parecían remotos. Y por mucho que conjeturase la Dama de la Torre, ni ella, ni su señor, ni Ramón Alonso, sabían del brillo en los ojos de la delgada chica, la que rechazaría con carcajadas toda demanda de dote, la que podía ser más mortífera y dulce que el oro, la que se burlaría de los hombres que la solicitaran, haciendo ridículas sus aspiraciones, consumiendo sus ilusiones y tornando sus esperanzas en cenizas. Pero mientras caminaban de vuelta a la torre, Ramón Alonso no se preocupaba de esto sino que hablaba en tono grave de su sabueso, dando instrucciones de las veces que había que cepillarle, alimentarle o darle de beber. Y la luz no había desaparecido del todo, pero la medianoche brillaba en los cabellos de Mirandola.

Y así fue cómo, en la tarde del día siguiente, un joven se encontraba más allá de Aragona envuelto en su capa, dándole la espalda a los campos cultivados, y dirigiéndose a la montaña donde crecía el agreste bosque. Y la noche y el gemido del viento le envolvieron.

## Ramón Alonso llega a la casa del bosque

Ramón Alonso llevaba todo el día viajando, estaba a doce kilómetros de su casa, y ahora se encontraba solo, rodeado por el viento, las rocas y la oscuridad, sin ver señal alguna de la casa que buscaba o de cualquier lugar donde refugiarse. Había pasado ante los robles de la entrada del bosque, internándose en él, sin vislumbrar luz o ventana por parte alguna, ni oír ruido semejante a los que se originan en las casas de los hombres. Estaba en ese estado de ánimo que da la bienvenida al desespero y se deja tentar por él. Y en verdad que éste habría llegado, engañándole para olvidar sus ilusiones y dejar de lado toda ambición o esperanza, pero en ese momento se encontró con un hombre harapiento que salía de entre los arbustos. Apareció dando zancadas, con la capa y los harapos agitándose al unísono, y habría pasado de largo, apresurándose hacia los campos y moradas de los hombres, si Ramón Alonso no le hubiera llamado la atención con una pregunta.

—¿Dónde está la casa del bosque?

—Oh, por aquí no, joven señor, por aquí no —dijo el harapiento forastero, agitando las manos hacia su izquierda y algo hacia la ladera de la colina a su espalda—. Por aquí no, joven señor —volvió a implorar, temblando mientras hablaba.

Y el desespero no acudió a Ramón Alonso para tentarle y que abandonara sus aspiraciones, pues el inconfundible terror del forastero le indicó que sólo tenía que avanzar un poco más a su derecha para ver pronto la casa del bosque.

—Tengo asuntos que tratar con el mago —replicó.

—Que los santos benditos nos protejan —repuso el forastero.

Se envolvió en su capa con mano temblorosa y bajó por la colina estremeciéndose mientras musitaba una aterrorizada plegaria.

—Que tengáis buena noche, señor —dijo Ramón Alonso.

—Resulta obvio que no lo es —repuso el otro, pensando en alta voz.

Y volvió a oír las implorantes palabras luchando débilmente contra el gemido del viento: «Por aquí no, joven señor, por aquí no». Y se apresuró en la dirección contra la que se movieron apresuradamente las febriles manos, pero tras forcejear un tiempo con el viento, la cuesta y las ramas, le llegó, como surgida del espeso musgo que le rodeaba, la sensación de no estar más cerca que antes de la casa del bosque. Se detuvo y habló en voz alta a la oscuridad:

—Si hay algún mago en este bosque, que aparezca.

A continuación esperó, y el viento siguió cantando triunfalmente a su alrededor, hablando de lugares no hollados por el hombre, de las extensiones azules por las que vagabundeaban los vientos, y de oscuros jardines entre las estrellas. Esperó y no

apareció mago alguno. Sentóse en una peña mullida por el musgo y apoyándose en ella miró hacia el bosque sin poder ver otra cosa que no fuera la oscuridad y las siluetas de los robles. Se preguntó cómo terminaría este viaje, ocurriéndosele que éste no era un viaje común, que no podía guiarse por las normas de las travesías corrientes y que, siendo un mago lo que buscaba en el ominoso bosque, lo mejor sería dejarse guiar por un hechizo, sortilegio o profecía, por lo que meditó en la mejor manera de encontrar uno.

Por pensar en hechizos acabó recordando el pergamino escrito con tinta del mago hacía ochenta años. Los estudios de Ramón Alonso no habían llegado hasta el arte de la escritura; los buenos padres, que vivían en la colina cercana a su hogar, habíanle enseñado oralmente todo lo que era necesario saber, y él había aprendido mucho más por su cuenta, pero no leyéndolo en libros. La escritura con tinta negra del pergamino le parecía algo maravilloso y, sabiendo que había sido realizada por un mago, la consideraba un hechizo. Se levantó de la peña, alzó el pergamino todo lo alto que pudo y, conociendo la afición que muestra esa gente por el número tres, lo agitó por tres veces en la oscuridad de la noche. Y ante él apareció la casa del bosque.

Parecía haberse deslizado desde las alturas de la noche, o materializado suavemente en medio de la oscuridad que hasta hace un momento la ocultaba. El silencio que escondió su presencia habíase desvanecido casi al instante, sustituido por una música árabe que llenaba el aire de magia y unos cantos hindúes que gemían en la oscuridad. Las ventanas se llenaron de luz, y justo frente a la peña donde se había sentado el joven, apareció una vieja puerta de color verde, con bisagras igualmente viejas y verdes. La puerta estaba entreabierta.

Ramón Alonso avanzó hacia adelante, abrió la puerta verde, y el mago acudió a ella con la rapidez con que la araña recorre su tela atraída por la repentina llegada de una visita inesperada. Vestía la gran capa de seda negra que conoció el abuelo del joven, pero ahora llevaba unos enormes lentes porque, pese a su magia, era mucho más viejo que hacía ochenta años. Ramón Alonso hizo una reverencia poniéndose de rodillas y el hombre sonrió, aunque no hay manera de que gente ignorante como nosotros sepamos si lo hacía dando la bienvenida, o por lo que le destinaba a aquellos que turbaban su intimidad. Ramón Alonso alargó rápido y sin miedo el pergamino con la escritura del mago diciendo, palabra por palabra, lo que su padre le hizo aprender:

—Soy el nieto del que os enseñó a cazar jabalíes hace ochenta años.

El mago lo cogió, y su sonrisa cambió a medida que lo leía, pareciéndole a Ramón Alonso que se volvía más sincera, teniendo algo en común con la de la gente ignorante que sonrío ante las cosas placenteras de lo mundano. Evitó preguntar al joven por su abuelo, haciendo gala de un tacto que bien pudo ganarle su posición como maestro en magia; ya que, al igual que los ricos no hablan de pobreza con los pobres, ni los eruditos de ignorancia con los ignorantes, este hombre sabio, que dominaba la manera de sobrevivir durante años, rara vez hablaba de la muerte con

gente corriente. En vez de eso, inclinó la cabeza dándole la bienvenida a Ramón Alonso, por no ser éste del todo un extraño; y el joven expresó el placer que sentía por conocer a un maestro de las artes.

—No hay más que un solo Arte —respondió el Maestro.

—El que deseo estudiar —replicó Ramón Alonso.

—Ah —concluyó el mago.

Levantó una mano con aire grave como si ponderase algo y convocó una corriente de aire que cerró la puerta. Una vez cerrada ésta, la corriente agitó las mangas de seda del mago cuando volvía a su escondrijo en la oscuridad de la casa; una casa que Ramón Alonso veía llena de resquicios y agujeros. El anfitrión condujo a su huésped hasta una habitación contigua, donde el aroma de la carne les inundó nada más abrir la puerta. Había esperándoles una comida ya preparada y previamente cocinada. No me preocuparé ahora de contar por qué extrañas artes se mantenían humeantes esas viandas, preparadas para cualquier forastero que llegara hasta ese rincón del bosque, quizá desde los tiempos del abuelo del joven; y es que ya estamos bastante al corriente de la conservación de las carnes.

El mago señaló una silla con una reverencia y un gesto de la mano. No volvió a hablar hasta que el invitado no estuvo sentado ante la mesa.

—Así que queréis estudiar el Arte.

—Ése sería mi deseo, Maestro —le respondió el joven.

—Debéis saber, entonces, que todos esos ejercicios que los hombres llaman artes, toda esa sabiduría y conocimiento, no son más que humildes ramificaciones de esa materia de estudio tan justamente llamada Arte. Esto es algo que no se revela a cualquier viajero que arriesga inconscientemente su vida entrando en mi casa del bosque. Pero la gratitud largo tiempo sin compensar que siento por vuestro abuelo, hace que me sienta ansioso por servirlos. Me enseñó una rama del saber, la de la caza del jabalí, que dominaba en profundidad, y que mis estudios no habían cubierto todavía. Y es que el Arte se enriquece tanto de esto como de cualquier otra materia del saber humano, logrando así un poder más horrendo y poderoso con el que asustar al vulgo, castigando toda clase de yerro, no sólo en este bosque sino en todos los asuntos concernientes al resto del mundo.

Y siguió hablando con rapidez, dejando de lado la mención al abuelo de Ramón Alonso, haciendo que fuera el invitado quien asumiera que su abuelo había compartido con los indoctos la vulgar incapacidad de resistir al paso de los años. Pues él mismo guardaba, en una estantería de la habitación superior, un frasco de la medicina utilizada por todos los filósofos llamada «elixir vitae», conteniendo dosis suficientes para asegurar la supervivencia hasta el momento en que percibiese que el mundo tornábase malvado. Tomaba una dosis cada generación. Sabía que una nueva generación sucedía a otra y reconocía el momento de tomar una nueva dosis por un toque de gris en las sienes, por algún giro en la vida de los que observaba, por su repentina agitación o por su sorprendente calma. En esas ocasiones subiría la

chirriante escalera jamás pisada por otro ser humano, con una llave de oro en la mano, pues una de hierro se habría enmohecido mucho antes, y la metería en la cerradura que sólo abría una vez cada treinta años. Atravesaría la puerta que hay en lo más alto de la escalera, entrando en esa habitación donde encontraría la botella gris cubierta de polvo, puede que oculta por tejidos de arañas, y bebería la dosis correspondiente tras haberla medido a la luz de los rayos de la luna, con la que compartía su secreto. Entonces bajaría los viejos peldaños de madera de roble con la mente despejada, repentinamente libre de las preocupaciones de una generación, libre de sus debilidades, desentendiéndose de sus problemas, sin estar contaminada por las modas, inmune a sus causas y efectos, fresca y penetrante, preparada para la sabiduría y la locura de otra nueva generación. Una mente así, con la sabiduría de numerosas eras y continuamente despejada por la viveza de la juventud, era la que en esta breve conversación se enfrentaba con la de Ramón Alonso, con la precisión de una hoja toledana afilada en antiguas batallas, encontrándose con un espadín bien templado que acude a su primera batalla.

—Desgraciadamente mi abuelo murió hace tiempo.

—Lo siento.

—Nuestra familia ya se ha acostumbrado a su ausencia —dijo el joven con cierto orgullo.

Porque hasta en la pobreza hay orgullo al igual que lo hay en la riqueza, y Ramón Alonso no quería sentirse humillado por la falta de años de un antepasado, pese a que pudiera estar hablando con un inmortal.

—¿Es cierto eso?

—Os agradezco los nobles sentimientos que tan amablemente mostráis sentir por mi abuelo y agradeceré grandemente todos los conocimientos que tengáis a bien impartirme, dado que necesito convertir el metal en oro por la gran necesidad que tiene mi familia de él.

—Hay secretos que no podréis aprender, porque no pienso impartirlos a persona alguna; pero la fabricación del oro es algo menor para los versados en el Arte, y lo considero poca compensación para el aprendizaje que recibí de vuestro abuelo referente a la caza del jabalí.

—Fuera de este bosque se tiene al oro en gran estima, y se le valora en mucho más que la caza del jabalí.

—Fuera de este bosque abunda lo erróneo, y la finalidad de mis estudios es la de extirparlo. Por ello mi lámpara está siempre encendida para lamentación y queja de los buhos, y muchas veces no se apaga hasta que se escucha el canto de la alondra. De las primeras cosas que aprenderéis aquí, la básica es la de que los filósofos sólo buscan el bien de todos. Hay veces en que el oro ayuda a ello, y hay veces en que hace todo lo contrario. Las enseñanzas de vuestro abuelo dejaban bien claro que la caza del jabalí está entre las cosas que le proporcionan pura alegría al hombre. Esta materia siempre será preferible a aquellas que sólo dan felicidad incompleta, o que se



sabe fracasan en proporcionarla, y la caza del jabalí no fracasa nunca en ello, según aprendí de vuestro abuelo.

—Temo que mi abuelo —dijo el joven, desaprobadoramente— estaba pobremente preparado para conversar con un filósofo, ya que, según tengo entendido, nunca tuvo mucho tiempo para dedicar al aprendizaje.

—Vuestro abuelo era un gran filósofo. No sólo había descubierto el camino de la felicidad, sino que lo exploraba constantemente, hasta que nadie dudó de que estuviera al tanto de todos sus recodos; y es que podía rastrear a los jabalíes desde los campos donde viven hasta lo más intrincado del bosque, sabiendo siempre dónde debía buscar, y a qué hora abandonaban el lugar. Sabía animar a sus perros mientras cazaba, y sabía guiarles hasta por sitios con agua, donde desaparece todo olor y rastro, guiándoles siempre hasta la presa, para poder matarla con un par de lanzadas y llevarse como trofeo la cabeza con colmillos. En esto consistía su felicidad, y por haber estudiado la materia tan a fondo, pocas veces fallaba en obtenerla.

»Yo también he buscado la felicidad, estudiando tanto los métodos utilizados corrientemente por los hombres como los desconocidos por ellos; y la mayoría son vanos, por lo que quedan muy pocos que merezcan ser investigados por alguien que ostenta el rango que yo ostento entre los hechiceros. Entre los pocos que han resistido mis análisis más elaborados, existe el que conozco gracias a vuestro abuelo, que viendo los pocos medios existentes para alcanzar la felicidad, está ciertamente entre las cuatro grandes ramas del conocimiento. Quien domina esas cuatro grandes materias de estudio tendrá acceso a cuatro maneras diferentes de alcanzar el propósito último de la humanidad, y sólo lo alcanzará mediante la completa sabiduría. Por ello honro a vuestro abuelo, alabo su nombre, lo bendigo en encantamientos, y lo coloco muy alto en mi estima, al lado de aquéllos cuya sabiduría ha iluminado al mundo. Lástima que sus estudios no le dieran tiempo para alcanzar una erudición que le proporcionase supervivencia hasta estos días, e incluso más allá de ellos.

El joven sorprendióse al descubrir la manera en que el Maestro valoraba la caza del jabalí. No habiendo aprendido nada sobre filosofía, consideraba estúpidamente que ésta se relacionaba con palabras complicadas; en su joven ignorancia desconocía que su interés real estaba centrado en la felicidad. Rara vez semejante estupidez es patrimonio de héroes, pero como he atraído el interés del lector sobre éste, considero mi deber el narrar hasta la menor de sus debilidades, ya que sin éstas, falsa sería la imagen que daría de él. Por ello expongo su ignorancia a la vista de todos, y en la conciencia de que ahora no se sentiría humillado por ella. Pero entonces, sentado ante las viandas de la mágica mesa, sintió lo triviales que eran las migajas de su conocimiento escolar ante la más ínfima partícula de saber que el mago deseaba impartirle. Lamentó el menosprecio que hizo de su abuelo con toda la intensidad de que es capaz la juventud, y no lo hizo en lo referente a su reverencia por él, no, sino porque ahora lo percibía como alguien al que el Maestro podía honrar abiertamente. Intentó disimular su confusión escanciando vino de una jarra que tenía a su derecha,

elaborada parte de bronce y parte de cristal, y ambos entremezclados por arte de magia; y una vez llenada la copa de transparente vidrio, bebió apresuradamente antes de hablar otra vez.

Era un vino mágico con sabor a flores, pero flores desconocidas en la Tierra, y un aroma a especias, pero especias desconocidas jamás recolectadas en España; y dejaba un regusto a recuerdos y música, mezclándose con la sangre como si fuera un pariente cercano, pero de un parentesco separado por eones y eones en el tiempo. Y el joven se dio repentina cuenta de la locura de sus palabras al considerar que la filosofía prefería los medios al fin, y dióse cuenta de la sabiduría de su abuelo; pero la maravillosa inspiración proporcionada por el vino desvaneci6se rápidamente y sus pensamientos volvieron a la fabricaci6n del oro.

El mago le había contemplado en silencio mientras bebía de tan mágica cosecha.

—No viene de esos viñedos —dijo, e hizo con la mano un gesto tan amplio que pareci6 referirse a unos que no eran de España, ni del reino vecino de Portugal, ni de Francia o África, o las tierras germanas; ni de Italia, Grecia o las Islas.

—De dónde, pues? —pregunt6 Ramón Alonso, inclinándose sobre la mesa en maravillada anticipaci6n.

Y el Maestro extendi6 el brazo, señalando arriba. Parecía apuntar hacia la Estrella Vespertina, esa baja y azul que brillaba al otro lado de la ventana.

—Es mágico —dijo Ramón Alonso.

—Todo es mágico aquí —afirm6 el Maestro.

### 3

## La fórmula cuenta su pérdida

Ramón Alonso cenaba mientras la alta figura mágica le miraba sin moverse ni hablar; así que el joven cenó con celeridad terminando pronto. Se levantó de la mesa, y el mago le hizo una seña con la mano, saliendo a continuación de la sala para que Ramón Alonso le siguiera. Llegaron hasta un fanal, que el Maestro del Arte descolgó de su gancho en la pared, alejándose luego de la puerta verde para guiar a su visitante hacia las profundidades de la casa. Y la curiosa visión de la juventud hizo que, mientras seguía al bulto oscuro del Maestro que se recortaba sobre las sombras provocadas por el fanal, a Ramón Alonso le pareciera que el Maestro lideraba una banda de sombras que le conducían hasta la oscuridad en la que habitaban. Por fin llegaron hasta una escalera de piedra, iluminada por aberturas en la pared a través de las cuales se veían las estrellas, por lo que si el Maestro llevaba el fanal era por deferencia a su huésped. Al joven le resultó evidente, por la conmoción suscitada en los murciélagos, que no solía verse por allí con frecuencia la luz de un fanal. Se pararon ante una puerta no preservada del tiempo por hechizo alguno, y el mago la abrió echándose a un lado para que entrara Ramón Alonso. Al principio sólo vio el bulto informe de la cama, pero luego, cuando el fanal entró en el cuarto, pudo ver los ruinosos paneles de las paredes; y cuando la luz cayó sobre la cama, vio que sábanas y colchas estaban plegadas en un montón, y las cubría una gran telaraña. En el suelo había varias esterillas de caña, pero algo parecía haberse comido la mayor parte de ellas. Una brisa agitaba lo que quedaba de las cortinas, revelando que las polillas debieron cebarse en ellas durante años y años.

—La vejez acaba llegándole a todo —dijo el Maestro con tono explicativo, de disculpa casi.

Entonces se retiró.

Ramón Alonso se quedó a solas con la luz de las estrellas, abundante gracias a la labor de las mariposas nocturnas, y pensó en su anfitrión. La habitación resultaba ominosa y en esta casa encantada bien podía haber hechizos más poderosos que una espada, pero el anfitrión era amistoso y podía considerarse a salvo entre sus encantamientos, a no ser que algún espíritu rebelde turbara la noche, reacio a la magia del brujo. Aceptó generosamente la explicación sobre el estado del cuarto, considerándole alguien tan perpetuamente absorbido en la práctica de sus artes que no le concedía atención a las cosas materiales. Se acostó en la cama para dormir, confiando en las palabras de bienvenida de su anfitrión y en la gratitud a su abuelo, y sin miedo a hechizos o espíritus malvados, pero sin quitarse la ropa, pues no había nada que le guardase contra el riesgo de un enfriamiento.

Estaba dormido, o en ese lugar donde la Tierra queda borrosa por las brumas del país de los sueños y éstos proyectan sus sombras sobre las playas terrestres antes de alejarse del todo, cuando oyó unos pasos cautelosos subir por la escalera de piedra. Y hubo una llamada en la puerta a la que respondió, apareciendo en el umbral una anciana portando el fanal que había llevado antes el mago. La edad había hecho sus estragos hasta más allá de la piedad, y es que sea la que sea la que la juventud sienta por enfermos y heridos, poca siente ante la vejez por no haberla conocido nunca, y los viejos poca sienten hacia sus compañeros, porque la piedad, junto a muchas otras emociones, se seca en ellos como el marchitarse de las últimas flores cuando el invierno se acerca al jardín. Era una bruja anciana, débil y arrugada.

Habló antes de que el joven pudiera decir algo, con un apresuramiento y un fervor que la edad no había podido empañar, alargando hacia él la reseca mano derecha, mientras sujetaba el fanal con la izquierda.

—¡No le déis nada, joven amo! ¡Pida lo que pida, no le déis nada! Su precio es demasiado alto, joven amo. ¡Demasiado alto! ¡Demasiado alto!

—Dispongo de poco dinero para darle.

—¡Dinero! —boqueó, pues su vehemencia la dejaba sin resuello—. ¡Dinero! ¡Eso no es nada! ¡No es más que un juguete! ¡Una ratonera! Su precio es mucho más alto que eso; pide mucho más que dinero.

—¿Más que dinero? ¿Qué, entonces?

—¡Mirad! —gritó lamentándose, e hizo girar el fanal a su alrededor.

El joven vio primero su cara, y la mirada que había en ella era la de alguien que enseña una herida mortal. Entonces, mientras la vieja hacía girar el fanal, se dio cuenta de que la mujer no tenía sombra.

—¿Cómo? ¿No tenéis sombra? —balbuceó, sentándose de golpe en el montón de sábanas y telarañas.

—Nunca volveré a tenerla, nunca. Solía extenderse por el campo, haciendo que la hierba tuviera un color más suave, sin apagar jamás el color de las flores. No le hacía daño a nadie. Puede que asustara a las mariposas y una vez lo hizo con una libélula, pero jamás las dañaba. Protegía a las anémonas del calor de la tarde, evitando que se marchitaran antes. Por las mañanas se estiraba hasta dejar atrás el jardín e internarse en la espesura; pobre sombra inocente enamorada de nuestra verja gris. Y por las tardes se hacía fuerte y osada, internándose en las laderas de las colinas por las que me paseaba cantando, llegando a tocar lugares ocultos por las enredaderas, cada vez más y más hasta que la sombra de mi cabeza desaparecía de mi vista; y las hadas salían entonces de sus escondrijos en los espinosos rosales para jugar con sus bucles. Y estos vagabundeos y correteos y amor al misterio, hicieron que nunca me abandonara, nunca por propia voluntad. Fui yo la que la descuidé, pobrecita sombra mía, pobrecita sombra que me seguía todos los días a casa. Porque estuve con ella cuando las tardes eran llenas de magia, y encantados los valles, y debió de conocer compañeros que eran más afines a ella de lo que podía llegar a serlo mi cuerpo, y

mucho más próximos que mis pies; seres que podían darle nuevas recientes del reino de las sombras, todo el cotilleo del lado oscuro de la luna, y susurrarle cosas que yo nunca habría podido enseñarle; pero siempre volvía a casa conmigo. Y por las noches, en nuestra casita de Aragona, cuando me iba a la cama, solía danzar para mí a la luz de las velas recorriendo techo y paredes. Mi pobre sombra inocente. Y si dejaba un candil encendido, nunca se cansaba de bailar para mí mientras yo estuviera despierta y la mirara. A veces agotaba al candil, y cuanto más vacilaba la llama, más ágil y vivamente saltaba ella, para yacer a continuación y descansar en un rincón con las sombras vulgares de las cosas humildes y triviales. Pero siempre que prendía una luz para levantarme antes del alba, o encendía mi candil a medianoche, allí estaba ella, erguida en la pared, dispuesta a seguirme adondequiera que fuese, concediéndome una compañía que valoraba bien poco cuando deambulaba entre los hombres y mujeres del mundo, y sin la que, he descubierto, no hay bienvenida, compasión o tolerancia por parte del resto de la humanidad.

—¿Acaso no hay compasión? —dijo Ramón Alonso, conmovido por la pena de la anciana, pero incapaz de adivinar por qué resultaba tan grave su pérdida.

—Ni compasión ni tolerancia. Los niños huyen de mí gritando. Los que están más crecidos como para arrojar cosas me tiran piedras; y sus mayores acuden con palos cuando les oyen gritar. Si oso acercarme al pueblo y llego hasta la valla donde solía detenerse mi sombra, ellos aparecen con sus largas y fieles sombras para escarnecerme y reprenderme sin la menor compasión. Pero no hay ninguno de los que se mofan de mí que quiera tanto a su sombra como yo quiero a la mía. No se fijan en ellas, ni se vuelven a mirarla. Ah, cómo la miraría yo si volviera conmigo, mi pobre sombra. Iría a un lugar tranquilo del campo y me sentaría en la hierba dándole la espalda al sol, para contemplarla todo el día. No querría comer ni beber ni pensar; sólo contemplarla. Ver el lento y gentil movimiento que hace a medida que el sol se mueve, contemplarla hasta que empezase a crecer. Entonces alzaría la mano y movería los dedos, todas y cada una de las articulaciones de la mano, para ver cómo la sombra me respondía y respondía y respondía. Y yo me inclinaría ante ella, saludándola y haciéndole una reverencia. Y bailarían para ella. Y haría esto una y otra vez durante todo el día. Admiraría los colores que adquiere cada flor, y cada clase de hierba, cuando mi sombra les tocara. Y todo esto no es más que una centésima parte de lo que haría. Porque esto es amar la sombra de uno.

»¿Qué saben ellos de sus sombras? ¿Qué les preocupa si yacen sobre hierba o terreno pedregoso? ¿Qué saben del color que toman las flores cuando su sombra está entre ellas? Pero no me dejan vivir, hablar o pasear con ellos por haberle sido infiel a la mía. Ah, ya les llegará el día en que ellos también amarán algo demasiado tarde, y cuando se quiere a algo que ha desaparecido, como yo quiero a mi sombra, los días se tornan largos y fríos.

—¿Y cómo la perdisteis? —preguntó Ramón Alonso, todo maravilla y compasión.

—Él se la llevó. Él se la llevó. Se la llevó y la metió en su caja. ¿Qué sabía yo de lo que necesita uno a su sombra? Que por carecer de ella no querrían hablarme, ni dejarme vivir. Nunca me dijeron tener en tanta estima a sus sombras. Nunca lo hicieron. ¡Nunca!

Los sentimientos del joven se vieron conmovidos como si hubiera sido partícipe en todo ello.

—Acudiré con mi espada —exclamó—, y tendrán que hablaros con cortesía.

La anciana sonrió por primera vez en esa noche. Sabía que los celos unidos al miedo no hacen olvidar una pérdida como la suya. Al principio no supo que se trataba de celos, pero acabó aprendiéndolo a fuerza de meditar en ello. Los aldeanos consideraban que había traspasado los límites que les constreñían, y evadido una regla de la que nunca habían podido liberarse. Nunca podrían liberarse de sus eternas sombras, ni triunfar sobre ellas. Ella lo sabía muy bien, por lo que sonrió.

—Joven amo —dijo queriendo ayudarle más que nunca por su explosión de generosidad—. No le déis nada.

—Pero ¿es que le disteis vuestra sombra a él?

—Sí. Fui una loca. No sabía que la necesitaba.

—¿Y a cambio de qué se la disteis?

—Por una clase de inmortalidad —dijo.

Y lo dijo tan tristemente, con una mirada tan reveladora, que el joven supo con certeza que había sido el don de Tithonus.

—¡A cambio de eso!

—De eso.

—Pero ¿por qué?

—El mago necesitaba una fórmula.

## Ramón Alonso aprende un misterio conocido por el lector

Cuando la vieja reveló el fin abyecto y trivial por el que el Maestro del Arte habíala dejado indefensa para el resto de sus años, dejó de vocear sus lamentaciones, aunque no sin advertir una vez más al joven contra los precios del mago. Luego dio media vuelta con el fanal en la mano y salió del cuarto, sin sombra que la acompañara. Ramón Alonso había oído relatos, sin darles importancia alguna, sobre hombres que habían pagado con sus sombras a cambio de ciertos tratos en el ámbito del Arte, pero nunca se detuvo a considerar el valor de las sombras. Pensó que sería pagar en demasía por la fabricación del oro el perder la sombra y añorarla cuando no se tuviera, perdiendo asimismo los saludos que se reciben diariamente de tu propia especie; no oír más chismorreos sobre cosas triviales, ni ver más sonrisas, ni escuchar cómo se pronuncia tu nombre en tono amistoso, sin tener otra compañía que la de los seres sin sombras como esta mujer, los espíritus errantes y los sueños. Sí, así era, y ahora que estaba advertido, decidió que pasara lo que pasase jamás se separaría de su sombra. Hasta decidió, en su gratitud, pedirle al mago algún alivio para esta pobre anciana en su labor de fregar suelos año tras año.

Entonces sus pensamientos volvieron al propósito de su viaje, a cuáles serían los metales idóneos para la transmutación, y en si podría convertirlos en oro si no resultaba demasiado alto el precio impuesto por el mago. Otros hombres habíanlo conseguido, así que ¿por qué no él? Y una vez encaminado hacia el absurdo por esta deliciosa esperanza, sus pensamientos se hicieron más y más grandiosos hasta tornarse sueños.

, El sol atravesó las ramas superiores de los árboles, cayendo en la cama cubierta de telarañas, y despertó a Ramón Alonso. Entonces vio por vez primera un conjunto de enormes robles, que parecían ser más viejos que el resto del bosque, y que la casa estaba entre ellos. Se hallaba en un lugar secreto. Ahora vio que había una segunda ventana en la habitación, pero las ramas apretaban tanto las hojas contra ella que no entraba luz alguna, a no ser un ligero resplandor verde; parecían un centenar de manos protestando contra la existencia de la casa.

Se aseó todo lo posible a la luz que entraba por la ventana del sudeste, cepillándose con las manos para eliminar todas las telarañas que pudo. No recorrió las cortinas temiendo que si agarraba una parte el resto le seguiría, y porque no quedaba suficiente tela como para tapar la luz que se filtraba por entre los árboles. Así que, estando ya vestido, abrió la puerta y bajó los escalones de piedra. Cada estrecha abertura que iluminaba la escalera en penumbra seguía mostrando los vastos

conjuntos de robles que se pegaban a la casa, entendiendo entonces el extraño ruido que oyó esa noche sin comprender de qué se trataba. Y es que tanto se pegaban a la casa que, aquí y allá, había ramas colándose al interior de la torre, conformando como otros escalones entre los escalones de piedra, produciendo dos o tres sonidos huecos a cada paso que se daba en la escalera. Las noches de tormenta, los escalones de madera debían de agitarse ligeramente.

Cuando bajó la escalera, llegó hasta pasillos llenos de oscuridad y vigas en el techo, similares a los rincones que los niños descubren bajo las escaleras viejas, excepto que éstos eran más grandes, extraños y oscuros, e iban en una u otra dirección. Guiándose por la débil luz de una ventana lejana, acabó llegando al recibidor donde estaba la puerta verde que conducía al bosque. Y allí le esperaba el mago, enfundado en su capa de seda negra.

Estaba de pie, inmóvil, y habló en cuanto vio al joven.

—Confío en que hayáis dormido a gusto.

Y es que sus estudios le concedían tiempo para cortesías semejantes, pero eran demasiado profundos como para permitirle otra relación con los vulgares asuntos materiales, como el quitar telarañas para ver en qué estado se encontraba la ropa de cama amontonada en el lecho de sus visitantes.

En cuanto a la fámula, tenía ya bastantes lamentaciones encima viendo el tiempo cebarse en su cuerpo, como para molestarse en ver lo que podían hacerle treinta o cuarenta años a unas sábanas y colchas.

—He dormido estupendamente, señor —dijo Ramón Alonso, inclinándose con una gracia que sólo se consigue cuando se ha acostumbrado a las articulaciones y músculos a hacerlo por sí solos.

—Me congratulo de ello.

—Maestro, ¿os dignaríais mostrarme un ínfimo fragmento de vuestra sabiduría, una brizna que no tenga nada que ver con los profundos misterios, alguna bagatela que pueda aprenderse pronto? Quizá la fabricación del oro a partir de otras vilezas, algo que pueda estudiar y aprender para, con el tiempo, llegar a ser más sabio.

—Para eso vayamos a la habitación consagrada al Arte —dijo el mago, indicando el camino con un gesto—. Tantos libros he estudiado allí que hasta el polvo está más lleno de conocimiento que este polvo de aquí; y si es cierto lo que dicen algunos y los ecos no mueren (aunque hay otros que reclaman un fin para todas las cosas), las arañas de los rincones, cuyos oídos están acostumbrados a sonidos que nosotros no percibimos, siguen oyendo los ecos de cuando musitaba desvelando misterios que no son para los oídos del hombre. Allí hablaremos de las cosas importantes.

Y el joven le siguió. Y volvió a encontrarse entre vigas de roble ennegrecidas por los años y retorcidos corredores que llevaban hasta una penumbra que la forma del mago, que iba ante él, tornaba antinaturalmente negros. Llegaron hasta una puerta negra con pomos de madera, en la que el mago tamborileó con los dedos, y se abrió. Cuando entraron, Ramón Alonso se dio cuenta en seguida que era el taller de un



mago, y no sólo por los vulgares aparatos o instrumentos mágicos, sino por las diferentes capas de oscuridad que parecían bajar del techo atravesando el aire y la natural penumbra del cuarto. Abundaban los instrumentos de magia, los cocodrilos disecados que yacían tumbados como si estuvieran en los barrizales de África, las hierbas secas semejantes a plantas que crecen en campos cultivados pero con un aspecto que jamás tuvo flor conocida, las brillantes joyas de la cabeza de los sapos, enormes papiros escritos por maestros que aprendieron el arte en China, pequeños pergaminos con hechizos en persa, hindú o árabe, el cuerno de un unicornio que había matado a su amo, raras especias, condimentos, y la piedra filosofal.

Esto fue lo primero que vio Ramón Alonso al cruzar la puerta, pese a que apenas imaginaba la utilidad de cada cosa, y es lo primero que acude a su memoria cada vez que, años después, rememora la siniestra habitación.

A medida que acostumbraba los ojos a la penumbra, más y más elementos y útiles del arte mágico salían a la luz. El mago se dirigió hacia una silla de respaldo alto situada ante un atril donde yacía un enorme libro mostrando columnas de escritura china en sus abiertas páginas. Éste se sentó en la silla ante el volumen de Catay, y habló a Ramón Alonso mientras cogía una pluma de ave desconocida.

—Es el momento —dijo, como si volviera sobre el tema, o al sentarse en la silla adquiriera nueva relevancia—. ¿Qué rama del Arte deseáis seguir?

—La fabricación del oro.

—La fórmula de las cosas materiales ya ha sido probada y no se ha encontrado más que vanidad. Y la del oro está entre las primeras fórmulas fallidas en su investigación y que demostraron ser vanas. Pero dado que deseáis estudiar el Arte desde sus principios, de la cruda transmutación de las cosas materiales hasta la grave y sólida materia de la transmigración, concedo en instruiros primero en el frívolo tópico que elijáis. Al fin y al cabo, no es algo que carezca enteramente de valor, pues el observar los cambios en las cosas materiales puede llegar a proporcionarnos alguna indicación que nos guíe en estudios más serios. Pero el camino entero es largo hasta para los maestros, que cuentan el tiempo de manera diferente. ¿Seguís queriendo empezar por esos rudimentos primarios?

—Quiero.

—Sabed entonces que mis honorarios nunca consisten en cosas materiales, sino en sueños, esperanzas e ilusiones, o cualesquiera otras fuerzas que controlan la fortuna de las naciones y que ya enumeraré más tarde. Pero mientras estudiamos la mera transmutación de los metales, no pediré más que una de las cosas inmateriales, la más pertinente al asunto, la que hasta cierto punto...

—Mi sombra —gritó Ramón Alonso.

El mago sintióse fastidiado ante el descubrimiento por parte de su huésped de los honorarios, pese a que iba a proponérselo, pues todavía le quedaban por decir algunas palabras sobre la nula valía de las sombras, y la repentina revelación de ese punto no concordaba con su manera de conducir un trato; por lo que, al igual que hacen

muchos hombres en tesitura semejante, negó fuera a pedirle precisamente eso. Al poco, volvió al tema dando un largo rodeo y diciendo:

—Incluso eso sería pedir poco en concepto de honorarios, y éstos serían mucho mayores de no mediar mi gratitud a vuestro abuelo; porque una sombra comparte necesariamente el destino que sobreviene a toda materia, es algo más común que la fe, y la menor de las cosas inmateriales.

—Pero yo la necesito.

—¿Para qué fin?

—La necesitaré cuando vaya a las aldeas —respondió—, o en cualquier parte donde me encuentre con los hombres.

—Aprended que lo que tiene algún valor se atesora en sí mismo, y para nada cuenta la opinión del populacho, pues suele desear estúpidamente lo que no tiene valor y cuyo único fin consiste en distraer a la plebe.

—¿Mi sombra no tiene valor alguno, pues?

—En absoluto.

—Entonces ¿por qué me la pide su Excelencia?

—Dirigios a mí llamándome Su Misterio —dijo el mago para ganar tiempo.

Ramón Alonso se disculpó con la cortesía debida y utilizando la denominación correcta.

—La necesito —dijo Su Misterio— porque los hay que me sirven mejor cuando van equipados de una sombra que goteando indolentemente en su vacío nativo. No tienen otra conexión con la Tierra excepto las sombras que yo les doy, para lo que suelo guardar muchas en una caja. Pero vos habéis nacido en la Tierra y ni tenéis necesidad de una sombra ni perderéis ninguno de vuestros privilegios mundanos si os desprendéis de ella.

Pero por mucha que fuera la sabiduría del mago, el joven parecía conmoverse menos por sus bien razonados argumentos que por la pena y la palabrería de la fámula.

Así que continuó apegado a su sombra, negándose a desprenderse de ella, y cuanto más probaba el mago su inutilidad, más cabezota se volvía. El joven estaba decidido a quedarse allí para estudiar antes que volver a casa con las manos vacías, pese a que el mago no conseguiría sus honorarios; quizá para ganar tiempo, quizá para aprender algún día el secreto de la transmutación, quizá pensando en volverse tan erudito que podría descubrir la fórmula por sí solo. El caso es que habló de la siguiente manera:

—¿Hay algún otro misterio que pueda aprender por una tarifa diferente?

—Hay muchos —respondió el Maestro.

—¿Cuál es su precio?

—Varía según el misterio. Vuestra fe, vuestra esperanza, la mitad de vuestra visión, alguna ilusión de valor. Tengo muchas tarifas, tantas como ilusiones.

No cedería su fe ni su esperanza, porque ambas cosas serían igual de malas. Y

siempre se había aferrado tenazmente a sus ilusiones, tal y como hacemos todos.

—¿Qué misterio enseñaríais por la mitad de mi visión?

—El misterio de la lectura —respondió el Maestro.

Ramón Alonso tenía una visión tal que podía contar las puntas de la cornamenta de un ciervo a quinientos pasos, y consideró que le bastaba con la mitad. El mago le explicó que no tenía por costumbre tomar sus honorarios por adelantado, pues la agudeza de su visión disminuiría apreciablemente a medida que dominara los intrínquilis del misterio.

Esto era algo que le convenía a Ramón Alonso, pues siempre se había preguntado cómo podía dormir durante eras el pensamiento de los hombres al ser escrito, y alegrar mentes nuevas con el regocijo de hombres muertos hace siglos. Los buenos padres no se lo habían enseñado en su escuela, temiendo quizá que se vulgarizaría su saber si otorgaban libremente sus fuentes. Y creyendo, al igual que muchos, que la sabiduría no es más que una cuestión de lecturas, pensó poder encontrarse tras la pista del conocimiento que tuvieron esos filósofos que en épocas antiguas transmutaron metal base en oro, llegando así a lo que deseaba sin perder la sombra.

—Maestro —dijo Ramón Alonso—, os ruego que me enseñéis ese misterio.

—Por ese pago —respondió el Maestro, cerrando el libro— no os enseñaré a leer el chino, pues esta escritura esconde secretos demasiado importantes como para aprenderse con tan bajo costo. Por ese pago sólo enseñaré a leer el lenguaje castellano. Claro que por otro precio...

—Estoy contento así, Maestro.

Y el mago empezó a enseñarle, con voz sonora y magnífico gesto, los secretos del leer. Explicó uno a uno los misterios, dejándolos desnudos ante su pupilo, enseñándoselos en la grande manera en que él había aprendido por maestros más ancianos y que compartieron su conocimiento con él. Le enseñó el uso de las consonantes, el porqué de las vocales, la manera en que funcionan los acentos, el momento de utilizar las mayúsculas, la coma o los dos puntos, y la razón de la jota, con muchos otros misterios.

Bien merece detallada descripción la primera lección impartida en la penumbra de ese cuarto, para poder desvelar así todos y cada uno de sus misterios, pero ahora caigo en que mi lector está necesariamente versado en ellos, por lo que no diré una palabra más sobre tan magnífico tema. Baste decir que el mago desveló el misterio de la lectura ante los ojos atónitos y maravillados de Ramón Alonso, con toda la pompa y la dignidad requeridas por la aproximación a la fuente primaria del aprendizaje.

Y mientras uno enseñaba y el otro aprendía, oyeron en el pasillo el triste lamento de la mujer sin sombra que cuidaba de esta horrible casa.

## Ramón Alonso descubre la existencia de la caja

Ramón Alonso aprendió el alfabeto antes que terminara el día. No lo dominó en una lección, pero cuando el mago hizo una pausa en medio de las maravillas para que el discípulo tomara su comida del mediodía, éste sintió abierto el camino que llevaba a las ilimitadas tierras felices por el pensamiento de los muertos. Y qué hechizos podría dejar de descubrir en ellas, estando entre ellos el de la fórmula para la fabricación del oro. Si el mago comía alguna vez, lo hacía en secreto. Ramón Alonso acudió por petición suya a la sala donde comió y bebió la pasada noche, descubriendo una vez más que allí le esperaba comida caliente.

Al entrar en la habitación creyó oír un rumor de pisadas en la otra puerta, pero no vio nada. Comió y, a continuación, movido por un impulso de la juventud, siempre curiosa hasta estar segura de saberlo todo, empezó a rondar por las tinieblas de la casa a fin de descubrir al que había servido la comida. Cuanto más se alejaba, más bajaba el techo de los corredores y pasillos, hasta que debió inclinarse para evitar las enormes vigas del techo.

A veces llegaba hasta altas puertas que destacaban en la oscuridad, abriéndolas para descubrir grandes salones apenas iluminados por la luz que se filtraba entre las hojas del bosque que por todas partes parecía presionar contra las ventanas. En dichos salones había sillas tapizadas dispuestas como para una gran reunión, con escudos de armas e inscripciones talladas en los respaldos. Las telarañas iban de una silla a la otra cubriéndolas por entero, y bajaban del techo como si fueran enormes tapices, cubriendo y enmascarando el esplendor que se adivinaba en las paredes. Fue de puerta en puerta, pero no logró encontrar la cocina. Y toda su búsqueda la realizó en silencio a excepción del sonido de sus pisadas.

Por fin, al volver por los serpenteantes corredores, oyó en la distancia, delante suyo, el trabajo de la fámula. Había dejado de barrer y fregaba la piedra. Siguió el sonido y consiguió encontrarla; el único ser viviente con que se había tropezado desde que dejó al mago. Estaba en un pasaje frotando una piedra en la que, según pudo ver, había trabajado a menudo con anterioridad, ya que estaba gastada de tanto frotar. En la piedra había sangre, pero por mucho que la desgastara y ahuecara el continuo frote, ésta se internaba más profundamente que el ahuecado, tanto que Ramón Alonso preguntó por qué la limpiaba.

—Era sangre inocente —respondió.

El joven no pidió que le contara su historia. Había tanta maravilla en esa casa. En cambio, preguntó lo que había andado buscando.

—¿Quién sirve la mesa?

—Duendes —dijo.

—¿Duendes?

—Duendes que captura en el bosque —respondió, levantando la mirada de su trabajo en el suelo.

—¿Y cómo los captura?

—No sé. Con hechizos, imagino. Dice que en el bosque no sirven para nada, así que los caza.

—¿En este bosque hay duendes?

—Está lleno de ellos.

—Estoy aprendiendo un misterio del Maestro —dijo cambiando a un tema más provechoso.

—¿A qué precio? —preguntó apresuradamente—. ¿A qué precio?

—Sólo por la mitad de mi vista.

—¡Oooh, vuestros brillantes ojos!

—Puedo ver tan lejos que es algo de poca importancia. Uno debe pagar algo por aprender.

Pero ella sólo miraba anhelante a sus ojos.

—Cuando haya aprendido este misterio, buscaré otros por mi cuenta —dijo Ramón Alonso alegremente—. Sabéis, esos frascos con polvo que hay en las estanterías, con nombres escritos en ellos... Pues pronto podré leer lo que contiene cada frasco.

Y habría seguido largo rato, contando los muchos misterios que parecían abrirse para él, pero ella le interrumpió cuando mencionó los frascos.

—No sé nada de lo que hay en esa habitación. Colocó un hechizo contra mí en el dintel, por lo que no me es posible pasar.

—¿Por qué? —preguntó, recordando las telarañas que necesitaban limpiarse.

—Tiene mi sombra en esa habitación, dentro de una caja.

—¡Vuestra sombra! —dijo, perturbado por el pesar en su voz.

—Sí, y pronto tendrá la vuestra.

—No la conseguirá.

—Igual que la luz de vuestros ojos —dijo con tristeza.

Pero Ramón Alonso, que ya conocía medio alfabeto, estaba más preocupado por el desvelar nuevas maravillas que por el precio que debería pagar, y se alejó del parloteo de la fámula, impaciente por dedicarse a cosas más serias. La mujer suspiró y volvió a su trabajo en la piedra manchada de sangre.

Cuando el joven retornó a la habitación donde nunca entró fámula alguna, vio que el mago estaba allí, esperándole ante un libro que iluminaba los secretos del leer. Una vez más, volvió a dedicarse al misterio y al atardecer conocía todo el alfabeto. Lo que el día anterior eran veintiséis secretos y una barrera a los pensamientos, era ahora un camino despejado que le llevaba no sabía dónde. Cuando por fin dominó la letra Z, le pareció que allí residía el primero y más importante de los misterios, porque así los

vivos podían oír el pensamiento de los muertos, y permitía a su vez que los vivos le hablaran a las generaciones por nacer. Pero profetizando con ello que si los magos extendían su poder en exceso, no sería algo que al mundo le conviniese. Al atardecer, la penumbra de la habitación se mezcló con la natural oscuridad cubriendo todos sus misterios, y con ellos los secretos del leer. Y las glorias de días pasados se retiraron al esconderse éstos, refugiándose en los rincones oscuros donde yacieron entre las tinieblas de las eras.

Entonces inclinóse el Maestro de las Artes haciendo un amplio gesto con la mano que abrió la puerta al tiempo que señalaba el camino hasta ella, indicando a Ramón Alonso que saliera, siguiéndole a continuación y cerrando la puerta tras ellos de la misma mágica manera. Volvieron hasta el cuarto donde les esperaban las carnes asadas, y una vez más Ramón Alonso se sentó solo. Parecía que el Maestro del Arte no permitía que le vieran realizando algo tan mundano como el comer. El joven expresó la gran satisfacción que le causaban las maravillas que le habían sido reveladas.

—No es más que algo debido a cualquier retoño de vuestro abuelo. Pero el arte de la lectura no es nada comparado con la práctica del cazar jabalíes. Así me lo aseguró el encuentro con tan gran filósofo.

Retiróse entonces, dejando al joven a solas con sus planes. Y cuanto más pensaba en la fabricación del oro, más acudía otra idea a su mente, alejando continuamente sus fines originales. Un plan lo bastante fantástico, un plan juvenil, sentimental, generoso, que no era otro que encontrar la caja del mago, abrirla, coger la sombra de la fámula y dársela para que volviera a bailar en sus talones o flotar sobre los tulipanes. Pero era algo demasiado vago como para llamarlo plan, pues ni siquiera había visto la caja.

Se levantó y salió fuera para llamar a la mujer, dándose cuenta en el umbral que no conocía su nombre. Así que acudió hasta la losa manchada de sangre, no encontrándola allí pero hallando en cambio su balde. Caviló un poco, y se acercó hasta el cubo para golpearlo ruidosamente, sabiendo del potente cebo que suele ser el celo que siente la gente por sus propiedades, y sospechando que esto sería lo más cercano a todo lo que tenía la pobre mujer. Pronto apareció corriendo.

—Mi balde —dijo, sujetándose los brazos.

—¿Cómo puedo encontrar vuestra sombra para devolvéroslo?

—Está en una caja.

Y dijo la palabra caja como si las cajas no se abrieran nunca y todo lo que se pusiera en ellas fuera para siempre.

—¿Dónde está la llave?

—¿La llave? —preguntó, sorprendida por semejante pregunta—. No se abre con llave alguna.

Lo dijo tan segura que Ramón Alonso sintió que no tenía otra cosa que hacer en esta casa más allá de ganar tiempo y esperar a que se presentara algo. Pero hasta

entonces debía saber su nombre, por lo que se lo preguntó.

—Acedera —dijo ella.

—¿Acedera? ¿Vuestros padres os bautizaron con ese nombre? No eran gente con muy buena voluntad.

—¡Mis padres! —gritó—. Pobres almas inocentes. Ellos nunca me llamaron eso. Mis padres no. Siempre me llamaron por un nombre juvenil y encantador, uno de los primeros de la primavera. Pero todo ello fue hace mucho tiempo y ahora mi nombre es Acedera.

—¿Quién os llamó Acedera?

—Él lo hace.

—Pero no es vuestro nombre.

—Es el amo del lugar.

—¿Y cuál era vuestro propio nombre?

—Era un nombre juvenil.

—Os llamaré por él.

—Eso ya no importa.

—¿Cuál fue el nombre con que os bautizaron? —volvió a preguntar.

—Con el de Anémona.

—Os conseguiré vuestra sombra, Anémona.

—Está en el fondo de la caja —gimió.

La mujer sin sombra se alejó del fanal que Ramón Alonso había descolgado del gancho de la pared y dejado en el suelo al lado del balde; y éste reflexionó que resultaba más sencillo pronunciar sus galantes y confiadas palabras que desentrañar los secretos de esta casa oscura. Entonces hizo muchos planes pero, uno a uno, todos le parecieron inviables y volvió a pensar en la espera de alguna oportunidad. A medida que hacía y deshacía planes iba subiendo por la vieja escalera de piedra y ramas, y acabó llegando a su cuarto.

En éste se había hecho toda la limpieza posible. Se había retirado de la cama la gran telaraña y las sábanas habían sido alisadas todo lo posible, teniendo en cuenta que tanto sábana como colcha eran una sola. No habían sido tocadas las telarañas de las cortinas, porque de haberse hecho, éstas se habrían ido con ellas, pero las roturas habían sido reparadas con telas floreadas. Poco más habría soportado la tela.

Encontró una palangana y una jarra de loza con agua clara, y supo que Acedera, que había sido Anémona, la había recogido en los frescos arroyos del bosque. Se lavó siguiendo la costumbre que era común a finales de la Edad de Oro, y se tumbó en la cama tras aflojarse las ropas. Como el cirio del fanal estaba a punto de consumirse decidió no apagarlo. Prefirió contemplar cómo bailaban las sombras con cada soplo de brisa, dando grandes saltos cuando la mecha se consumió y la llama flotaba sobre un charco de sebo. Contempló su gracia, su alegría y su libertad, y pensó en la sombra de Anémona, perdida en la oscuridad de la caja.

Los pájaros trinaron en el bosque sorprendentemente pronto y Ramón Alonso vio

que la noche había pasado.

Este día se sentó a trabajar con la cabeza llena de planes para rescatar a la sombra, pero no por ello dejó de trabajar con ahínco, pues consideraba que la mejor manera de enfrentarse a los poderes del mago era conociendo al menos uno de sus misterios. Al principio sintió una punzada de culpa al pensar que se armaba con una de las armas de su adversario, pero consideró que el Maestro iba a recibir un pago por ello. La oscura habitación parecía más iluminada que el día anterior, por lo que pensó que esta ligera brillantez, si de brillantez se trataba, podía ser algo de la luz que se había ido de sus ojos y que el mago utilizaba para iluminar este lugar. Pero ni siquiera con esta luz pudo ver entre las sombras del suelo, bajo las telarañas, o tras los cocodrilos, rastro alguno de una caja que pudiese contener una sombra. Así que aprovechó el tiempo para aprender el misterio durante todo el día, y el Maestro le enseñó bien.

Ese día volvió a buscar a la fámula, encontrándola frotando la losa.

—Anémona, ¿cómo reconoceré la caja donde está vuestra sombra?

—Es larga y estrecha —respondió.

Y sacudió la cabeza con tristeza antes de volver con su frotar, pues desesperaba de que consiguiera encontrar su sombra. El joven prefirió no turbar su desespero y siguió su camino concibiendo un plan tras otro.

Al día siguiente volvió a mirar con atención, pero siguió sin distinguir caja semejante a la descrita entre la suciedad que inundaba el lugar, pese a que la habitación volvía a parecer más luminosa aún. Las sombras seguían siendo muy densas y había demasiados cocodrilos.

Trabajó muy duramente durante esos días y pronto fue capaz de leer las palabras cortas que sólo tenían una sílaba. Y mientras se esforzaba por desvelar la totalidad de este misterio, había otras maravillas que se revelaban a él mediante lo que decía el mago o lo que aprendía de Anémona. Supo cómo su comida era cocinada por duendes en una hoguera del bosque, pequeñas criaturas de unos sesenta centímetros de altura capaces de prodigiosos saltos y cabriolas. También supo cómo habían sido atraídos desde la India los cantos hindúes que hechizaban el aire que rodeaba el hogar del mago; una maravilla de poca significación para nosotros, que podemos oír esos cantos en Europa en el mismo momento que son cantados en el Ganges, pero lo bastante curioso en aquella época, máxime pensando en los muchos años que llevó recogerlos desde la India, de tal modo que los cantos oídos ahora por Ramón Alonso habían sido entonados por jóvenes actualmente arrugados por la edad, o mujeres y hombres que yacían desde hace años en tumbas hindúes. También supo que la gratitud hacia su abuelo era genuina, pese a creer que le enseñaba los misterios del leer no tanto por agradecimiento como deseando que eso le atrajera hacia otros estudios, por lo que tendría que pagar por ello, engañándole hasta poder apoderarse de su sombra.

Y los días pasaron, llegando el momento en que no necesitaba más que una mirada para leer las palabras de una sílaba, mientras que las de muchas sílabas cedían



sus misterios tras breve examen, pareciéndole que tanto los muertos como el pasado ya no tenían secretos para él. En esto estaba, mientras ansiaba ávidamente el poder escribir e ir más allá de las grandes letras del libro del Maestro, pues añoraba el desentrañar sus propios misterios. Pero no había libro alguno en la casa que no estuviera en la oscura habitación consagrada a la magia.

Y sucedió que un día que trabajaba en una palabra de cuatro sílabas oyó una tímida llamada en la puerta, acudiendo el Maestro a abrir dando grandes zancadas como si fuera una gran sombra negra movida por una brisa. Y allí estaba Pedro, el que trabajaba en los jardines de la Torre y el Bosque Rocosos barriendo las hojas en otoño y adornando la cerca en primavera, portando una carta del padre de Ramón Alonso dirigida a su hijo. Y le entregó el pergamino al mago, tartamudeando disculpas, y hasta con lágrimas en los ojos, por haber turbado la paz de su puerta.

## 6

### Se habla de González

Por ser la última casa que hay a campo traviesa, raramente llegan rumores a la Torre junto al bosque. Por un lado el bosque la aísla completamente de la conversación con otra gente, y por el otro sólo llegan tan lejos los rumores más sonoros que se oyen entre las gentes. Pero estos días llegaban muchos rumores hasta la Torre, y cada uno de ellos contenía el nombre de González.

González era un hacendado de magras tierras, situadas a seis kilómetros de la Torre, que habitaba en un castillo y mantenía dos soldados. Su nombre era conocido en la Torre y se sabía que llevaba sus cerdos al mercado de Aragona, consiguiendo buenos precios, pues eran famosos los cerdos de González.

Pero ahora se oía decir que el Duque del Valle Sombrío estaba a una jornada de distancia y que haría noche en el castillo de González. No se extinguió este rumor como solían hacerlo los que llegaban tan lejos, sino que otros más lo verificaron. Decían cómo el Duque envió mensajeros a González rogándole que le recibiera en el plazo de diez días, cuando pasara por allí camino de casa.

Éste era el famoso y magnífico segundo Duque del Valle Sombrío, de cuyo ilustre padre se habla en las Crónicas de Rodríguez. Gobernaba sobre todas esas frondosas tierras que antaño pertenecieron a su padre, y entre otros muchos honores tenía privilegio para detener cualquier corrida de toros mientras acudía a su lugar en la plaza, en caso de que le complaciera llegar tarde; y esto lo hacía con el mero gesto de levantar su izquierda, después de que uno de sus soldados hiciera sonar un cornetín. Era un raro privilegio que escasamente ejercía, pero estaba en su derecho el llegar a hacerlo y tras él todos sus herederos y descendientes.

La nueva de que un príncipe tan distinguido visitaría a González se extendió por el condado tan rápido como podía difundirla el cotilleo, llegando finalmente hasta la Torre que se alzaba junto al Bosque Rocosó como la última ola de una riada repentina.

—Gonzalo —dijo la Dama de la Torre dirigiéndose a su señor—, creo que ya es tiempo de que se case el Señor González.

—¿González?

—Ya ha pasado los treinta y cinco.

—Pero su castillo es oscuro y pequeño y casi todo él es de roca desnuda. ¿Quién querría vivir allí con él?

—El Duque del Valle Sombrío lo hará en una visita.

Y así hablaba todo el mundo que mentaba a González, y mucha gente que lo hacía ahora no le había dedicado muchos pensamientos con anterioridad.

El Señor de la Torre y el Bosque Rocosó reflexionó un silencioso momento antes de proseguir:

—Es un hombre avaricioso y pedirá una dote que no podría dar hombre alguno.

—No nos toca a nosotros castigar su avaricia. Los que no puedan pagar esa dote deberán seguir sin él.

—Pero el cofre que tengo apartado para la dote de Mirandola está vacío. Lo comprobé hace poco.

—Ramón Alonso lo llenará para nosotros —respondió con una fe en el plan de su marido igual a la que tuvo él cuando acababa de concebirlo.

Y esa esperanza le dejó cavilando sobre lo que había de bueno en ese plan. Cuando terminó sus cavilaciones, decidió que ya era hora de apremiar a su hijo, aunque nada le dijo a su esposa.

Mandó llamar por este motivo a Pedro para que llevara un mensaje a cierto padre José, que no vivía muy lejos, pidiéndole que acudiera a la Torre. Necesitaba al padre José para que escribiera una carta a Ramón Alonso, no juzgando la ocasión como propicia para utilizar su habilidad con la pluma, arte aprendido largo tiempo atrás. Y antes de que llegara el padre, hizo llamar a Mirandola y habló con ella en la misma habitación donde charló largamente con su hijo, la habitación donde colgaban los colmillos de jabalí.

—Mirandola —dijo—, seguramente casarás algún día, ahora que has pasado los quince, y no siempre acaecen los casorios cuando se debe, llegando a una edad en que nadie las desposa y acaban siendo solteronas hasta el fin de sus días. ¿Qué piensas de nuestro vecino Gonzálvez, al que algunas consideran buen mozo?

Una mirada similar a los relámpagos que se ven en tormentas demasiado lejanas para tronar brilló por un momento en los ojos de Mirandola. A continuación volvió a sonreír.

—¿Gonzálvez? —le dijo a su padre.

—Sí. Quizá sea algo avaricioso —dijo, porque creyó ver algo en los ojos de su hija—, pero hay pecados peores que ése, mucho peores, si es que es un pecado, cosa nada clara; pero no temas, que le preguntaré al padre José por ti. Yo personalmente creo que no es un pecado, y sí una falta. Pero lo preguntaremos, lo preguntaremos.

—Como deseéis.

—Te gusta entonces. No es desagradable a la mirada; dos mujeres dijeron que era guapo no hace mucho. Y además es amigo del Duque del Valle Sombrío.

—Aun así no me gusta. Pero si casualmente viniera...

—Oh, sí. Vendrá a visitarnos.

—Si viniera con su amigo.

—No podemos pedirle eso —dijo, reprobándola gentilmente—. No puede traer al Duque a visitarnos.

—Entonces no es amigo suyo —dijo Mirandola.

Así de fácil se apartaron las pretensiones de Gonzálvez al interés de todo el

vecindario.

El Señor de la Torre alzó la mano para ocultar su sorprendida expresión mientras pensaba en las palabras adecuadas con las que reprobar su error. Cuando no encontró palabras adecuadas para mostrarle a su hija que se equivocaba, y sintiendo necesidad de decir algo, aseguró que consultaría con Gonzálvez al respecto, cosa que no tenía pretendido decir. Más tarde, conferenciando con su mujer, no encontraron entrambos una razón para negarle a su hija de cabello negro tan curioso antojo; decidiendo finalmente el animarla, juzgándolo como lo mejor que se podía hacer en ese momento, dado que ambos recelaban ante la posible llegada de tan temido e ilustre príncipe, el sereno y poderoso Duque del Valle Sombrío.

Entonces fue cuando llegó el padre José. Había caminado una milla escasa, pero se había apresurado a satisfacer los deseos del Señor de la Torre y, al no estar ya delgado, resoplaba con fuerza; y su tonsura estaba roja y húmeda de tal modo que brillaba toda. Había antepuesto esta labor a todas las del espíritu, pues deseaba el triunfo de éstas sobre la faz de la Tierra, apresurándose siempre a atender al Señor de la Torre, que en este vecindario del linde del bosque ostentaba todo el poder posible permitido por Dios en el mundo. Un poder que el padre José esperaba utilizar con fines celestiales. He aquí por lo que acudió corriendo.

—¿En qué puedo servirlos?

El Señor de la Torre le indicó una silla.

—Hace ya mucho tiempo, aprendí el arte de la escritura por si se daba la ocasión en que resultara necesario utilizar la pluma.

—Un noble arte en verdad. Hicisteis bien en aprenderlo.

—Pero nunca se presentó semejante ocasión, por lo que mi pluma ha tenido bien poca práctica, a excepción de las veces que la cojo por aburrimiento y miro como fluye la tinta. En suma, mi escritura es lenta y trabajosa, mientras que la vuestra, ejerciéndola diariamente en muchos y sagrados usos, es sin duda tan rápida como el pensamiento.

—Mi pluma es modesta, y vieja mi mano, pero efectivamente así es.

—Y ahora necesito que se escriba una carta con cierta prisa —continuó el Señor de la Torre—, por lo que he considerado que vuestra pluma es más adecuada que ninguna otra, y si queréis escribir lo que deseo expresar, el trabajo quedará realizado con celeridad.

—De acuerdo —respondió el padre José, cuyo aliento fluía con más facilidad por el descanso que había tenido en la silla—. Lo haré encantado.

Cogió entonces un cuerno lleno de tinta que colgaba en su regazo, y sacó de entre las ropas un pergamino enrollado en una pluma, pues llevaba esas cosas consigo. Y cuando el Señor de la Torre le pasó un cuchillo y pudo preparar el extremo de la pluma, todo estuvo listo para la labor. Llevó todo ello hasta una mesa, humedeció la pluma en tinta y estuvo preparado antes de que Gonzalo pudiera pensar. Pues había una dificultad en la carta que pensaba enviarle a su hijo: deseaba exhortarle a

continuar sus estudios con redoblado vigor, un mensaje que haría sonreír al padre José en cuanto lo oyera, sonrojándose durante un rato por la satisfacción. Pero esos estudios eran ni más ni menos que del Arte Negro, y la consecuencia de ellos no era vulgar lucro, sino una escoria que podría parecerle procedente de las manos de Satán. ¿Cómo podría pedir que enviara con rapidez algo de esa escoria, para poder atar confortablemente a su hija con los sagrados lazos del matrimonio, sin asustar al buen hombre refiriéndose demasiado abiertamente al método de manufacturación? Le costó algunos momentos de pensamiento y reflexión. Empezó a continuación, y la pluma del padre José se deslizó siguiendo sus palabras:

—Querido hijo, espero que te apliques diligentemente en tus labores y que hayas avanzado en los estudios, especialmente en la materia que te encarecí siguieras. El cofre que te mostré el día anterior a tu partida sigue en el mismo estado, y necesitamos urgentemente algo con que cubrir el tejido de raso que está en tan mal estado. Tus estudios te habrán enseñado cuál es el mejor material para ese propósito, y estarás más capacitado que nosotros para conseguirlo, enviándonos el necesario. Pronto vendrá un vecino a visitarnos, queriendo, sin duda, ver el cofre, y si llega a ver el forro de raso (en su presente estado), nos avergonzaría a Mirandola y a nosotros. Te encarezco, por tanto, que te apresures a enviarnos algo del material idóneo para recubrirlo. Y tendría que ser en gran cantidad, pues este vecino tiene ojos muy sutiles. Tu madre te envía su cariño, e igual hace Mirandola. Tu padre que te quiere, Gonzalo de la Torre y el Bosque Rocosó.

—¿Qué estudios sigue vuestro íntegro hijo? —preguntó el padre José.

—Está estudiando para hacerse cargo de su posición. Aprendiendo a ser un hombre. Le enseñan todo aquello relacionado con su lugar en el mundo, preparándole para las responsabilidades que recaerán sobre él; está aprendiendo a interesarse en las cosas adecuadas, a preocuparse por las cosas que importan.

—Comprendo.

Pero el Señor de la Torre sentía que se necesitaban más palabras, y pronunció todas las que conocía y que, pese a no tener sentido, podían ser utilizadas en la conversación. En aquel entonces había menos que ahora por lo que pronto las agotó, sustituyéndolas por toda clase de proverbios y dichos populares y circunloquios que acudían a él tras haberle servido en tiempos pasados.

—Comprendo —dijo el padre José.

El Señor de la Torre cogió entonces el pergamino y puso su sello en él. Y el padre José permaneció sentado ante él, rubicundo, afable, parpadeando, aparentando no pensar en nada especial. Años familiarizándose con confesiones incompletas le habían proporcionado un don con las historias incompletas que le permitía desentrañarlas sin apenas reflexión. Eso era lo que había hecho con la historia que se desarrollaba ante él, pero deseaba estar seguro, pues era hombre prudente.

—Yo dispongo de alguna tela que podría forrar ese cofre —dijo—, un cuero muy antiguo, o alguna tela de Damasco que...

—No, no. Nunca se me ocurriría privaros de cosas tan bellas.

Y por la prisa en rehusar su oferta y el apresuramiento en enviar la carta con rapidez, el padre José supo que había desentrañado la historia de Ramón Alonso. Tras la beatífica sonrisa que puntualizó sus palabras, meditaba algo con la velocidad en que los pensamientos pueden ser superados por aquéllas:

—¡El Arte Negro! Un asunto diabólico éste de obtener o incluso fabricar oro por medios oscuros. Veamos por que se ponga al servicio de causas dignas, haciendo que no sea enteramente malvado ni en su finalidad ni en su origen.

Y empezó a planear usos para el oro que Ramón Alonso obtendría tan pecaminosamente, usos sagrados y benditos, para que así no todo íuera malvado en este aciago asunto y el bien pudiera surgir de él como la flor que brota en abril bajo las tinieblas de la espina. De esta manera se llevaría a los Poderes de las Tinieblas a la confusión más vergonzante.

## Ramón Alonso aprende el Arte

Tan rápido fue el mago en volver al cuarto con la carta que le entregó Pedro, que el ojo de Ramón Alonso apenas tuvo tiempo de vagar, por lo que no encontró la caja larga que había empezado a buscar. Cuando el mago le entregó la carta de su padre, sólo un único pensamiento llenaba su generosa mente, el de rescatar la sombra de la fámula. Leyó la carta él solo, pese a la ayuda que le ofrecía el mago, pues estaba ansioso por utilizar su nuevo saber. El Maestro del Arte observó su cara mientras la leía, y descubrió tanto de ella como había adivinado el padre José, pues los pensamientos de los hombres son algo que les concernía a ambos.

Ramón Alonso suspiró tras leer la carta. Adiós a mi sombra, se dijo, empezando a pensar en ella como nunca lo había hecho antes. Le asaltó un estado de ánimo similar al que nos asalta en ocasiones durante un atardecer, cuando las sombras son muchas y alargadas; pero nunca pensamos en las sombras como él lo hizo de la suya. A su mente acudían imágenes de esa compañera delgada e intangible; empezaba a aprender cómo se puede llegar a amar la propia sombra. El encaprichamiento que a veces tenemos por una golondrina que se va de nuestro lado, la sensación que recorre a los hombres cuando ven los fiordos del país en el que han nacido y al que están abandonando, la añoranza que sienten los escolares por su hogar el último día de las vacaciones estivales... Eso era lo que sintió por primera vez por su sombra.

Pensó entonces en su espada y reflexionó que para él no sería igual que para esa pobre mujer, pues los hombres, a diferencia de las mujeres, no necesitan de la protección que brindan las cosas apreciadas por los vulgares. Si no querían hablar con él por haber perdido la sombra, podría discutir el asunto cortésmente y con la espada; y en cuanto a las piedras, estimó que nadie osaría arrojárselas, ni le preocupaba si lo hacían. Así que miró al mago y le habló con una cierta pena vibrando en el tono.

—Maestro, aprendería gustosamente la manera de fabricar oro.

El Maestro consultó un libro mágico, para refrescar su memoria un momento.

—Vuestra sombra es el precio —dijo.

Y Ramón Alonso pensó una vez más en la gracia de su sombra y en los años que habían pasado juntos. Recordó su ligereza, sus travesuras, su paciente seguimiento; pensó en las largas caminatas hechas juntos y en cuando volvían con el crepúsculo, él más cansado a cada paso que daba y la sombra fortaleciéndose más y más. Dudó un momento y el mago lo vio, por lo que cerró el trato haciendo una repentina concesión, con tal de poder agarrarla con índice y pulgar para añadirla al grupo del que ya era dueño.

—Os daré una sombra falsa para que la llevéis en sustitución de la otra. Todo ello

por la gratitud que le debo a vuestro abuelo.

Una sombra es tan buena como otra, pensó Ramón Alonso, a no ser que sea malvada o de forma siniestra.

—¿Será igual que la mía?

—Le daré la misma forma, igual que los artistas pintan los retratos.

Bastaba con eso. ¿Quién no habría hecho un trato semejante? ¿Cómo podría haber imaginado la verdad sobre su sombra?

—Haré la copia antes de recibir mi pago —dijo el mago—. Quedaos aquí, junto a la ventana, para que la copia pueda ser exacta.

Y Ramón Alonso se quedó donde le dijo.

Luego, el Maestro cortó una copia de la penumbra que pendía del aire, con los ojos clavados en la sombra del joven, utilizando un cuchillo que sujetaba entre índice y pulgar, demasiado pequeños para usos terrenos, mientras sujetaba fuertemente a Ramón Alonso con la mano izquierda para mantenerle rígido y que su sombra no temblara. Cortó de la penumbra una sombra tan parecida a la humana que cuando la colocó en el suelo al lado de la auténtica nadie habría adivinado quién era quién, a excepción del hecho de que los talones de la nueva no estaban unidos a nada mortal. Un hueco de luz con la forma de Ramón Alonso pendió un tiempo en el fondo oscuro del que había sido recortada, y poco a poco fue rellenándose de penumbra.

—Mirad —dijo el mago señalando las dos sombras.

El joven volvió la cabeza. Ciertamente nadie que quisiera separarse de su sombra habría deseado copia mejor.

—El parecido es admirable.

Entonces el mago se agachó para llegar a los talones del joven y le separó de su sombra con el mismo curioso instrumento utilizado para recortar la otra de la penumbra. La sujetó con una mano, mientras con la otra colocaba cerca la copia. En cuanto la sombra falsa estuvo cerca de los talones de Ramón Alonso, corrió hacia ellos.

Éste se movió de su sitio y la sombra falsa se movió con él. No había cambio apreciable, y había pagado al mago, por lo que iba a recibir el aprendizaje que había sido el objetivo de tantos filósofos.

El mago, que seguía manteniendo bien sujeta la sombra, se inclinó sobre un cocodrilo y, tras revolver un momento, cogió una caja larga y estrecha de la oscuridad de las telarañas. Por su gran longitud, su estrechez y ligereza, pues el mago la levantó fácilmente con una sola mano, Ramón Alonso supo que se trataba de la caja de las sombras. Tenía un candado, pero en él no había agujero para la llave. Se fijó en cómo acudía el Maestro hasta el atril y pasaba las páginas del gran libro de Catay, tras dejar a un lado la caja; observó en qué página descansaba la mirada, una con un hechizo escrito en tres caracteres chinos; y escuchó, a continuación, cómo le musitaba el hechizo al candado, pero en voz tan baja que no pudo oír palabra. El candado se abrió, el Maestro alzó la tapa y allí fue la sombra. El joven pudo ver una masa de



serpenteante color grisáceo un momento antes de que cayera la tapa y se cerrara el candado sin llave.

A continuación, el Maestro cogió de una estantería la piedra filosofal. Era un objeto no mayor que un pájaro pequeño, de textura y color parecidos a lo que conocemos como arcilla pero de un tono algo más amarillento, con una forma parecida a los trozos de piedra pómez que se utilizan habitualmente. La llevó hasta el atril, poniéndola al lado del libro, pero antes de leer lo relativo a su uso, le contó a Ramón Alonso aquello que en el mundo sabía era ansiado por muchos, pero que muchos habían descubierto sin que éste lo supiera.

Los filósofos fabrican oro al tocar con esto ciertos metales, de los que hablaría más tarde, y al tocarlos de una manera especial, que también más tarde explicaría. Cuando terminan con él y ya no lo necesitan más, suelen enterrarlo en los extremos de África, o en un continente que siempre está al sur, o en lugares donde España no tenga posesiones, para que el resultado de sus experimentos no corrompa a los hombres. Después de esto habló del poder que tiene el oro para corromper a los incultos, pero era tema ya aprendido por Ramón Alonso en la escuela de los buenos padres, por lo que dejó que sus pensamientos vagaran más allá de la triste casa, donde su cuerpo no había estado desde que entrara allí hace ya muchos días. Pensó en el pueblo de Aragona, en sus flores y en sus casas, en los árboles de frondosas ramas extendiéndose sobre las venturosas veredas y en los simples mortales que se dejaban llevar por sus terrenas naturalezas. Así, pronto planeó el volver a ver ese mundo, con su luz del sol, sus movimientos y sus voces, de las que había sabido pocos días antes, mediante las negras letras de los libros.

Cuando el mago terminó su discurso sobre el poder corruptor del oro, y llevado por la fuerza de la costumbre, el joven murmuró la palabra «amén». El mago retrocedió echándose a un lado, e hizo rápidamente al quite un signo para protegerse que no era la señal de la cruz. Ramón Alonso volvió a sentir la confusión que sintió aquella vez en que profirió un juramento, sin darse cuenta de que tenía al lado al obispo de Salamanca. El obispo no le había oído y nada había pasado.

El breve silencio fue roto por el Maestro del Arte.

—Mañana os hablaré de esos metales cuya estructura tanto se asemeja a la del oro y que son más susceptibles a los cambios de la transmutación.

—Maestro, os ruego que me concedáis medio día libre.

—¿Con qué fin?

—Para ver el mundo y llegar hasta Aragona.

—Nada hay en el mundo que no pueda ser enseñado dentro de esta casa. Y lo que es más, nada erróneo hay en este bosque, pero si os alejáis de él encontraréis mucho y os confundiréis en el aprendizaje.

—Espero corregir con vuestras enseñanzas todo lo erróneo con que me encuentre fuera del bosque.

La anciana mente del mago, perpetuamente rejuvenecida a través de las eras y

repleta del conocimiento que muy pocos pueden adquirir, reconoció la adulación que conllevaba esta frase, pero no era inmune a esta seducción terrena, así que dejó que Ramón Alonso se fuera.

—Marchad por la mañana y volved antes de que el sol empiece a bajar.

Ramón Alonso se congratuló. Pero al mago sólo le importaba que por fin tenía la sombra del joven. Y es que supremo era su poder sobre todas las cosas sombrías, y ansiaba nuevas sombras como otros ansian lo sustancial, porque con los años había descubierto la vanidad de las cosas sustanciales. Consideraba bien negociado el cambiar la sombra por el secreto del oro, pues sabía cómo los hombres cifraban sus esperanzas y corazones en el oro, y cómo les fallaba éste, y que ninguna de esas esperanzas podría convertirse en una sombra.

Ramón Alonso fue en busca de la fámula con el corazón alegre, para mostrarle lo poco que creía haber perdido cediendo su sombra.

El mago volvió a su caja y sacó todas las sombras, divirtiéndose con ellas durante un rato, con el poder absoluto que tenían los antiguos monarcas, por no haber leyes que los controlaran, ni vecinos hostiles que temer.

Mientras el mago disfrutaba con su poder en la tranquila penumbra de su habitación, su discípulo, movido por sentimientos más humanos, fue a decirle a la fámula que había visto la caja de las sombras, que sabía dónde estaba, entre las telarañas de detrás de un cocodrilo, y que esperaba abrirla algún día para rescatar su sombra. Ella gimió y negó con la cabeza varias veces mientras él caminaba arriba y abajo frente a una ventana para que pudiera ver la sombra, comprobando que nunca sospecharía el precio que había pagado por el vistazo que le echó a la caja. Y al ver esa copia perfecta moverse con él, creyó con la ceguera que da la juventud que no había pagado nada.

## Ramón Alonso comparte la indolencia de las doncellas de Aragona

La mañana siguiente Ramón Alonso bajó alegremente los escalones de piedra y ramas, y pronto estuvo escuchando las palabras del mago con sus pensamientos vagando en el pueblo de Aragona. El mago le explicaba que todas las cosas estaban compuestas por un solo elemento, y que los fragmentos de dicho elemento eran los que conformaban la materia al unirse de manera variada y distinta. Cuando esos fragmentos están asociados muy fuertemente adquieren una masa pesada y suave al tacto, pero cuando están unidos de forma más liviana, la materia formada es más ligera y su superficie más áspera. Al cambiar la disposición de esos fragmentos se mutaba un metal en otro, al menos según la apreciación del vulgo, que no sabe de la existencia de un elemento único y que no es posible un cambio semejante, tratándose sólo de los múltiples aspectos de un elemento eternamente inmutable. Hasta el agua y el aire estaban hechos de ello.

—De aquí viene la superioridad de las cosas espirituales —dijo el Maestro del Arte—, que son de una vasta multiplicidad mientras que la materia no es más que una. Los espíritus poseen gran control sobre la materia, mientras que ésta no tiene ni voluntad, ni conocimiento, ni poder para afectar a un espíritu, aunque resulte que tras un día de viaje llegue a verse todo un mundo.

Y así continuó durante largo rato, y nunca estuvo mejor defendida la causa del espíritu, ni más humillada la materia, ni mejor expuestas todas sus pretensiones. Pero la imaginación de Ramón Alonso rondaba por los alrededores de Aragona y no volvió hasta que el mago no miró atentamente la altura del sol y le dijo:

—Ahora podéis ir a donde gobierna lo erróneo hasta que el sol empiece a ponerse. Concluyo por ahora esta lección. Estaos seguro que habéis adquirido gran sabiduría al aprender de la unicidad de la materia que se encuentra al cambiar de su manifestación en plomo hasta esa otra tan apreciada por el vulgo.

Avisó al joven contra una posible tardanza, y éste se apresuró alegremente a alejarse, franqueando la vieja puerta verde por la que cruzó con anterioridad una sola vez, pareciéndole ver en su sombra una felicidad primaveral ansiosa por salir a la mañana estival y dejar atrás la penumbra de la casa.

El joven y su igualmente joven sombra se alejaron por la ladera de la colina cantando y saltando juntos, y pronto avistaron Aragona por entre los troncos de los árboles, un pueblo que se calentaba al sol de la dorada atmósfera española. Al salir del bosque se sumergió alegremente en la brillante atmósfera, con su sombra retozando en la hierba y las flores, sintiendo una suave caricia de hojas que no había

conocido antes.

Ya era la tarde cuando llegó a Aragona, un poco antes de la hora en que el Maestro hizo la sombra; ya tenía casi un día de vida. Ramón Alonso se volvió entonces y la examinó cuidadosamente para ver si había palidecido en veintitrés horas, pero seguía siendo de un gris tan fuerte como siempre. Entonces entró virilmente en el pueblo sin que le perturbara ansiedad alguna, y su sombra iba a su lado. La miró un par de veces para comprobar que seguía allí, hasta que la olvidó por completo.

Pronto vio un grupo de doncellas que habían salido para divertirse juntas, y donde debía haber silencio pues todos los hombres estaban trabajando en los campos. Rieron al verle venir por el camino del bosque, pues nadie venía por ese camino. Se paró a corta distancia de ellas y se ajustó el sombrero, haciendo que la pluma cayera y flotara largo tendido. Y volvieron a reírse.

—¿Quién sois? —preguntó una, y se rió al oírse hablar con un forastero.

—Don Ramón Alonso de la Torre y el Bosque Rocosó —se limitó a responder.

—Eso está por allí —dijo una—, pero vos habéis venido del bosque.

—Estoy estudiando con un hombre sabio —respondió.

—Que los santos nos protejan —gritó otra—. No hay hombres sabios en el bosque.

—¿Conocéis el bosque, señorita? —preguntó.

—¡Los santos no lo permitan! Nadie va al bosque. Puede que no haya nada aquí, pero allí no hay hombre sabio alguno.

—Su casa está al otro lado del bosque —añadió al ver la alarma en sus caras.

Y el miedo huyó de sus rostros y volvieron a estar alegres.

Mucho después le confesó al padre José el haber dicho esta frase que distaba de la verdad o más bien, y para ser exactos, que pasaba sobre ella. El padre José restaría importancia al asunto con un gesto de la mano y las palabras «un error geográfico». Mucho tendría que hacer ese día para conseguir la absolución por tratar con el Arte Negro.

Y una o dos de ellas le hicieron una pregunta.

—¿Qué es lo que estudiáis?

—Las diferentes ramas del saber —respondió.

Y le hicieron preguntas como las siguientes:

—¿Cuánto es tres veces veintisiete?

—¿Y nueve veces noventa?

—¿Podéis dividir ciento ochenta por siete?

—Eso es Aritmética —dijo Ramón Alonso.

Y se asustaron por sus conocimientos, pero no dejaron de reírse.

Pensó entonces en decirles algo que las complaciera, y muchas frases felices acudieron a su mente, pero no dijo ninguna de ellas por haber demasiadas doncellas y temer por sus frases más amables si reían todas a la vez, pues eran de las que deben

decirse con voz suave y al atardecer, cuando las voces están apagándose y la risa ha sido sustituida por una gran luna en el firmamento.

En vez de ello, les hizo una pregunta sobre lo que hacían, sin siquiera desear una respuesta.

—Esperamos a que pasen forasteros —dijo la más alta.

—¿Por qué? —preguntó, pues esperaban a que dijera algo.

—Para divertirnos —repuso.

No podía evadirse a su risa.

Cuando dejaron de reírse volvieron a su anterior ocupación, consistente en mirar un escarabajo que se arrastraba por el suelo, dejando un rastro en el espeso polvo blanco. Y permitieron que Ramón Alonso lo mirara con ellas, pues durante todas las risas ninguno de los frívolos ojos habíale mirado mal, y había sido juzgado favorablemente. Si hubieran sido menos frívolas, e incluso instruidas, habrían llevado trajes y pelucas, solicitado evidencia y utilizado abogados, y usado días o semanas en vez de momentos, el juicio no habría sido más sabio.

Se oían campanadas de vez en cuando, y sus ecos vibraban suavemente en el ambiente, los halcones reposaban en el pesado aire estival, los insectos brillaban en él... Tenían toda la indolencia que encantaba esas tierras sureñas y la Edad de Oro para jugar con ella, y permitieron que el joven la compartiera.

Tornaron su atención a otras cosas cuando se desvaneció la novedad del escarabajo y sus huellas, y cuando se cansaron de éstas volvieron a cambiar, buscando cada vez algo novedoso. Y pasó la tarde, y el sol empezó a inclinarse sobre su feliz holganza cuando Ramón Alonso se dio cuenta de que pronto empezaría a anochecer y recordó la advertencia del mago. Una mirada a su sombra le mostró que no era tan tarde como temía, así que se encaminó hacia la penumbra de los árboles.

No le resultó fácil encontrar la casa del bosque pese a conocer ya el camino. Cuanto más se acercaba más difícil parecía. Y cuando sabía que no podía estar más que a unos pasos, seguía sin ver rastro de ella. Rodeó entonces un cedro y allí estaba. La puerta verde se abrió ante él y entró en la casa, donde se encontró con la oscura forma del mago rodeada de penumbra.

—Llegáis tarde —dijo el Maestro del Arte.

Ramón Alonso se deshizo en corteses disculpas.

—¿Ocurrió alguna cosa? —preguntó el mago.

—No —dijo el joven, intrigado.

—Está bien, pues.

¿A qué se referiría el Maestro?, se preguntó Ramón Alonso. ¿Qué tenía que haber pasado?

Estuvo intrigado durante toda la cena. Luego bebió de ese vino mágico que le iluminaba tanto la mente durante un momento, pero el vino sólo le llenó de miedo a la sombra forastera.

Cuando se desvaneció el miedo, que lo hizo rápidamente, le quedó algo más sobre

lo que cavilar, pues le había prometido a las doncellas que se reuniría con ellas dos días más tarde, para no se sabe qué propósito, demasiado trivial para mencionarlo aquí. Cavilaba sobre la manera en que podría pedirle permiso a Su Misterio para ir una vez más a los frívolos lugares que había fuera del bosque, y buscaba razones que no fueran demasiado ligeras ante el escrutinio de la mágica sabiduría que había acumulado el Maestro del Arte durante siglos. La noche llegó al bosque mientras cavilaba en todo ello y la penumbra antinatural de la casa se vio intensificada por causas naturales.

Habría buscado a la mujer para animarla diciéndole de su alegre excursión y contándole noticias de Aragona y los campos que la rodeaban, pero no sabía dónde podría estar, y la habitación que frecuentaba no había sido hollada por sus exploraciones. Era hora de acostarse y pronto estuvo dormido en su arácnida habitación soñando con Aragona.

Y en el país de los sueños no vio al grupo de doncellas con las que había disfrutado esa dorada tarde, sino un rostro mucho más agraciado que el de ellas, uno que nunca había visto antes, pero que supo con la sabiduría que dan los sueños que era el rostro de la fámula.

## 9

### La técnica de la alquimia

Ramón Alonso se despertó en una mañana tan brillante que llegaba hasta el bosque atravesando capas y capas de hojas. Lo primero que hizo fue buscar a la fámula, encontrándola donde trabajaba más a menudo, en la losa manchada de sangre.

—Anémona —dijo—. He estado en Aragona.

—Ah, Aragona —respondió anhelante—. ¿Estaba bonita?

Y le habló de su belleza, de sus veredas y sus árboles, de las planicies que los rodeaban, iluminados por miríadas de flores; y de las torres que se alzaban por encima de los árboles y las casas, recibiendo la luz directamente de la cara del sol como si fueran planetas flotando en el éter. Habló de los alegres vozarrones de las campanas, vibrando en el aire de verano, tan parecidas a la alegría de un grupo de solemnes ancianos. No resultaba difícil ensalzar la belleza de Aragona.

Y le habló de los nombres que había oído mentar a la gente del pueblo, y las historias que cuentan los más viejos del lugar que le relataron las doncellas. Pero agitó la cabeza con tristeza ante esto y pidió oír más de las veredas y los campos. Así que le habló de ellos y de los bosquecillos de granados, pero de vez en cuando aparecía esa mirada triste, y dejaba caer la cabeza murmurando: «Todo está cambiado, todo». El contento sólo descendió sobre ella como la bendición de un sacerdote otorgada con manos extendidas una serena tarde, cuando habló de las lejanas colinas y del vallecito por donde discurre el río que recorre Aragona. Entonces escuchó inundada por una serena alegría.

Y cuando el joven vio su cara, estando allí arrodillada para trabajar, sentada en sus talones, con brazos inmóviles, manos ligeramente cruzadas, escuchando extasiada todas y cada una de las palabras que le decía sobre la Aragona que vivía en sus ancianos recuerdos, decidió que debería volver a su pueblo y que debería hacerlo con una sombra que mostrar de cara a los hombres.

—Os conseguiré una sombra —le dijo—. El Maestro os hará una de falsa.

Tenía la confianza de la juventud en que el mago haría eso por él en cuanto se lo pidiera, y si no, lo haría por la memoria de su abuelo que le enseñó el arte de cazar jabalíes.

Pero la mujer gritó, negándose:

—¡Una sombra falsa! Eso no sirve para nada. No es más que un trozo de oscuridad. Tiene mi sombra. ¿Para qué quiero sus trozos de penumbra?

Y todo el rato su sombra descansaba en el suelo ante él, tan buena como la de cualquier otro hombre. Sonrió en silencio y no dijo nada.

Apresuróse entonces hasta el cuarto consagrado a la magia, pues sabía que el mago le esperaba allí. Y lo primero que dijo cuando vio la oscura masa del mago sobresaliendo de la eterna penumbra fue:

—Maestro, ¿me haríais una sombra para dársela a la fámula?

—¿Qué haría ella con una sombra?

—No lo sé, pero me gustaría darle una.

—La holganza tiene su origen en regalos semejantes —replicó el mago—. Iría a las ciudades con ella y haría ostentación de ella entre las cosas vulgares y mundanas. Acabaría inclinándose hacia lo terreno, pues ¿qué hay más vano o vulgar que una sombra?

El joven no supo qué responder a esto.

—Quisiera hacerle un regalo, alguna bagatela.

—Para eso están los broches y otros fastos terrenales —replicó el Maestro—. Los conocimientos conseguidos durante tantos siglos no son para eso.

—Os ruego que me lo concedáis —dijo Ramón Alonso—, en gratitud a lo que os enseñó mi abuelo sobre la caza del jabalí.

—Lo que aprendí del gran filósofo no es algo que deba mencionarse al tiempo que la vanidad de una sombra de fámula, pero os haré la sombra que deseáis ya que habéis invocado su honrado nombre. Decidle que venga a mi puerta para poder copiarle la sombra a modo de los artistas.

Ramón Alonso salió en seguida de la habitación consagrada a la magia para llevarle a la fámula la buena nueva, y la encontró todavía ante la losa.

—Os hará una sombra. Una nueva y hermosa.

Pero en el gastado rostro no encontró reflejo a su alegría.

—Un trozo de vulgar oscuridad —se limitó a repetir con triste desprecio—. Sé muy bien de sus recortes de penumbra.

—¿Es mi sombra acaso vulgar oscuridad? —dijo entonces Ramón Alonso—. ¿Es mera penumbra?

Y señaló a donde ésta estaba, ahí, a su lado.

—¡No! La vuestra no. La vuestra es una sombra como Dios manda, flexible, hermosa, brillante y joven. Una sombra buena y ágil. El disfrute de la hierba silvestre. Sí señor, ésa sí es una sombra. Dios nos bendiga, pues todavía quedan sombras en el mundo.

Y él se rió al oírla.

—Esta sombra mía no es más que la que él os hará a vos —dijo alegremente—. La hizo él.

—¿La hizo él? —gritó con repentina sorpresa.

—Sí —rió—. La hizo hace dos jornadas, y vos la habéis visto varias veces sin saberlo hasta que no os lo he dicho.

—Ah, vuestra pobre sombra. Y eso que os avisé. Vuestra dulce y joven sombra encerrada en esa detestable caja. ¡Vuestra sombra alargada y gris! Y os avisé. Os



avisé. ¿Por qué lo hicisteis? Os avisé. Una sombra tan buena. Y ahora vaga más allá de este mundo, o donde sea que las envía cuando las saca de la caja, ya sea para impíos viajes o mercadear con demonios.

—¿Es que esta sombra... —dijo señalando la que yacía a sus pies, algo pálida dentro de la casa, pero sabía que lo bastante gris a la luz del sol y en la hierba—... no es lo bastante gris y alargada? Acabáis de decir que sí.

—No lo sabía. No lo sabía.

—¿Es mejor que cualquier otra sombra? —preguntó.

Pero ella sollozaba inclinada al lado de su balde. Ramón Alonso esperó a que se le pasara, pero no ocurrió así.

—Venid —dijo—. El Maestro os hará una sombra.

Pero ella se limitó a negar con la cabeza y continuó llorando. Y cuando él vio esto se dio cuenta que, por el motivo que fuera, lo hacía por su sombra, así que acabó marchándose con la sombra que sólo le provocaba llanto.

Cuando entró en la habitación consagrada a la magia, volvió a ver al Maestro rodeado de la penumbra del lugar.

—No vendrá —dijo el joven.

Y el Maestro del Arte obvió el tema con rapidez. —Estudiaremos entonces las diferencias y las afinidades que tienen diversos metales con el oro, para poder elegir aquellos que pueden ser transmutados con la menor molestia posible, conformando más fácilmente el orden de elementos que constituye el raro metal. Como todo el mundo sabe, la manera de conseguirlo es mediante la piedra filosofal y su adecuado manejo, cosa sobre la que os instruiré mañana, junto a los hechizos pertinentes; pues hay que seguir en todo ello una fraseología especial, un estudio en hechizos, que sólo conciernen al uso de esta piedra.

Dirigióse entonces a su atril o facistol donde enseñó a Ramón Alonso distintos trozos de metales, todos de tamaño conveniente para su manejo. Disertó sobre ellos con toda la erudición que había acumulado durante su larga vida en la Tierra y concerniente a las rocas que componen nuestra planeta.

—La disposición del elemento está más cerca del plomo que puede estarlo de la estructura del oro. Y es una disposición, una juntura de partícula con partícula, fácilmente conseguible de no ser por una sola cosa. Y si no fuera por ella la transmutación se llevaría a cabo con facilidad. Esta cosa es el color. En la disposición final de partículas, cuando todo está comprendido, hay un aspecto de ellas que produce un color determinado; y esto siempre ha sido lo último en ser comprendido.

—¿El color? —dijo Ramón Alonso con su juvenil y vagabunda atención volviendo aceleradamente hasta la habitación, por haber oído cómo el Maestro consideraba maravilla al color, algo con lo que había convivido toda la vida.

—Sí. La primera manifestación de las cosas que llaman nuestra atención y, sin embargo, aquélla cuya naturaleza más ha frustrado, y frustrará, los estudios de los hombres más eruditos de la humanidad. Por esa razón se ha descartado tantas veces el

estudiar esa materia, considerando que no merece la pena luchar con tanta facilidad en algo tan trivial como el buscarle significado a las cosas materiales. Y es que resulta más atractivo dedicarse a otras ramas del saber, por muy difíciles que sean, ya que ofrecen perspectivas superiores a lo imaginable. Pero son algo que no os concierne, habiendo elegido la materia que tratamos en este momento.

»El color, iba diciéndoos, es algo que depende de la disposición más sutil del elemento. Si hubiera un solo color, podríamos considerar que éste dependería de la manera en que la luz toca las superficies. Pero hay cuatro, y no obstante deben depender de una variante en las superficies profundamente intrincada.

»En la naturaleza del oro existe la cualidad de que por mucho que se le trocee, hágase polvo, fundiese o rompiere, la superficie sigue siendo amarilla; por lo que hay que superar la delicada disposición de partículas que hace de color diferente a otros metales en cuanto se les modifica, pues si no, no habría acaecido transmutación alguna. Y si no fuera por este problema del color, el cambio de plomo en oro estaría entre las cosas más sencillas que hace el hombre cuando trafica con cosas materiales. Y si la plebe aceptara al oro por lo que es prescindiendo de si su color es negro, las cosas serían mucho más sencillas; pero está comprobado que hasta en esto son seres testarudos.

Entonces cogió un trozo de piritita, y le explicó cómo mezclar diversos metales para que el estudiante pudiera conseguir el color de uno, la dureza o blandura de otro, y fundirlos de tal manera que el peso del conjunto fuera el deseado. Y todos estos cambios eran más susceptibles de ser aceptados por el metal que el provocado por el uso de la piedra filosofal.

La clase impartida aquel día sobre los preparativos de la transmutación, ha debido ser superada bastante a menudo, pues sólo tenía consigo la sabiduría de los siglos que le precedieron, mientras que el estudio de la piedra filosofal cayó en desuso unos siglos más tarde. Pero ¿quién podría valorar la relativa excelencia de las clases de transmutación si siempre eran impartidas en la penumbra y en secreto a alumnos en cantidades de uno o dos?

Ramón Alonso escuchó dócilmente; pero no por ser lo que lo había llevado hasta allí, como sería lógico pensar, sino porque esperaba una oportunidad favorable, un relajo en el mago, y aprovechar para pedir licencia y volver una vez más a los campos de la frivolidad. El mago le retuvo hasta que cayó la tarde. El joven sabía que le despachaba para poder entregarse a no sabía qué secreto juego con las sombras cautivas, pues, con las agudas intuiciones de la juventud, había descubierto que al Maestro le importaba más el precio cobrado y guardado en la caja que todos los conocimientos que pudiera impartirle.

No buscó a Anémona esa tarde, pues diose cuenta de que la turbaba su sombra, quizá atribulada por la pérdida de la propia, y decidió que cuando estuviera más calmada, dentro de algunos días, renovarían la oferta del mago. Estaba decidido a que volviera a tener sombra para poder pasear por los caminos de Aragona sin daño ni

vergüenza alguna.

Esa noche subió por la escalera de piedra hasta su habitación con una vela de mecha deshilada e imperfecta que chisporroteaba continuamente, y por un momento le pareció que algo estaba mal en su sombra; pero volvió a mirar sujetando con más firmeza la luz, y se desvanecieron el presentimiento y el miedo.

## La impostura de la falsa sombra

El trabajo de la mañana consistió en aprender el modo de aplicar correctamente la pulida piedra filosofal a superficies de metales, previamente mezclados para asemejarse en textura y color a la textura y color del oro y ya preparados para sufrir los cambios que tendría el elemento cuando la piedra lo tocara.

—El cambio sería demasiado violento sin esta preparación —le advirtió el mago a su pupilo—. Y ha habido ocasiones en las que no sólo ha destrozado, sino transmutado enteramente toda la casa de varios filósofos, perdiendo así la humanidad no pocos conocimientos.

»No resulta bueno intentar el cambio del elemento en gran cantidad y de una sola vez, pues ha habido hombres que, atraídos por la avaricia, intentaron cambiar montañas enteras, lo que lejos de convertirlas en oro, ha provocado volcanes.

»Ahora bien, la aplicación de la piedra filosofal se hace de la manera siguiente: primero se eligen los metales adecuados para evitar un cambio excesivo, y en cantidad precisa para no causar calamidades, pasándose a continuación la piedra por toda su superficie, siempre con el ritmo exacto contenido en el hechizo que se está utilizando. Y hay tantos hechizos como metales.

Y extrajo dos puñados de pergaminos de una caja.

Ramón Alonso, que creyó se le iba a mostrar el secreto y contemplaba cómo el mago sacaba lentamente los pergaminos, diose cuenta de que todavía le quedaba mucho por aprender. Había sido paciente durante todo el día anterior, pero el sol que ahora brillaba por entre las hojas, derramando torrentes de verdor, le llamaba de manera tan imperiosa que casi diríase que la España toda y el musical verano, y el glorioso sol y el espacio azul del éter, ansiaban porque el joven saliera hasta Aragón a retozar con las ociosas doncellas durante vacuas horas de diversión. Y en ese momento cantó un pájaro en el bosque, y Ramón Alonso sintió que debía ir.

—Maestro —dijo—, ¿puedo ir una vez más a donde reina lo erróneo? Tengo allí asuntos que no merecen vuestra atención, pero que son urgentes para mi persona.

El mago hizo exhibición de cierta renuencia, para esconder la verdad de que importábase bien poco aquello que no fuera el pago de su sombra y que deseaba enviar lejos al joven, contento por haber adquirido los secretos de la transmutación. Acabó concediendo el permiso, pero volviéndole a prevenir que regresara antes del atardecer, y haciéndolo con un interés y una vehemencia mucho más reales que los que dejaba traslucir el permiso en sí.

Y Ramón Alonso se fue más veloz que el polvo que se colaba de vez en cuando por los sumideros que bostezaban en las habitaciones, y tan alegre y ligero como las

hojas de un árbol. Y cuando salió al bosque, la mañana estuvo una vez más ante él, y Aragona resplandeció en la distancia. Y su corazón estuvo lleno de una risa frívola y de una sensación solemne y extraña, pues las torres de Aragona conmovían al joven hasta la solemnidad, pero nadie sabe por qué, pues las torres eran alegres y brillaban.

Dirigióle una mirada a su sombra para ver que todo iba bien con ella, y caminó de prisa por la hierba con la sombra caminando detrás suyo. Llegó sin cansarse a los lindes del pueblo, viendo al grupo de doncellas donde habían prometido estar. El aire transportó la alegría de su recibimiento. Y la mañana azul no se vio turbada por la ligereza, y la vanidad no turbó los pensamientos que estaban en todas las mentes, y le dieron la bienvenida, y se divirtieron con él, como si fuera un recién llegado. Y así pasaron la mañana, y cuando arreció el calor del día se acercaron a un campo donde había un árbol para resguardarse en su sombra y comer fruta que llevaban en canastas y se turnaron para contarse historias ociosas. Y la recompensa de cada historia era la risa, y no se permitieron en los cuentos ni conceptos de aprendizaje ni enseñanza alguna. Y Ramón Alonso disfrutó de cada frase dicha y de cada brizna de risa que siguiera a la frase, pues tras la sabiduría que abarrotaba la casa del bosque, y las enseñanzas impartidas en su penumbra, con su gran acumulación de dichos y refranes y fórmulas, se sentía como el viajero del Sahara que da la bienvenida a las charcas de las montañas y los enjambres de mariposas que revolotean en ellas.

Y rieron y hablaron continuamente a la sombra del árbol, mientras alrededor suyo España dormía las horas medias del día. Y contaron muchas historias de sobresaliente futilidad, demasiado fútiles como para perdurar con los años y llegar hasta nuestros días, perdiéndose con todas las cosas que se lleva el Tiempo, acumulándose en las playas del Olvido, junto a las canciones sin cantar, los sueños de los niños y los cetros de fracasados emperadores.

Pero salieron a la luz, y corrieron hacia las colinas cuando los dardos del sol se sesgaron, y se oyeron voces al otro lado del camino indicando que España despertaba, y el sol pasó su cénit y sus rayos volvieron a fortalecerse. Y cuando llegaron allí, se les unieron otros hombres, hombres jóvenes de piel oscura con fajines escarlata alrededor de la cintura, que dejaban el trabajo para la siguiente mañana, pues dijeron que mañanas hay muchas. El grupo se separó entonces como se separan los ríos al llegar a lugares soleados y arenosos, cuando el agua toma muchos caminos, todos ellos dorados y cargados de luz. Ramón Alonso también se apartó con una doncella alta y morena, y otra más delgada que ella; la primera se llamaba Ariona y la segunda Lolun. Y la alegría se encaprichaba muchas veces de Ariona, que era la que siempre guiaba al grupo de doncellas, pues la mayoría de ellas eran nuevas y forasteras. Y la delgada forma de Lolun se dejaba llevar por cualquier clase de alegría, por una canción, o por cualquier otro tipo de felicidad, y pese a tener menos peso que todas esas cosas intangibles, de la misma manera que el muérdago pesa menos que el viento del sur.

Pero cuando se alejaban hacia las colinas que se veían al oeste, Ramón Alonso

diose cuenta de que el sol estaba poniente y recordó la advertencia del mago.

—Debo marchar —dijo.

—¿Marchar? —dijeron las dos doncellas, como si internarse en el bosque con tan poca luz hiera algo monstruoso.

—Debo regresar con el hombre sabio que vive al otro lado del bosque. Quería que volviese al atardecer.

—¡Oh! —dijo Lolun, sorprendida al oír tal petición.

—Desea investigar conmigo una de las ramas del aprendizaje.

La risa de las dos chicas vibró en el aire oponiéndose al aprendizaje, y reverberaron hasta las colinas, haciendo que su eco volviera a los campos, sonando cada vez más lejos y más débilmente; y ninguna de las veces había pensamiento de aprendizaje alguno. Y las intenciones de Ramón Alonso se perdieron con esa risa de la misma manera que unos días antes los elementos destruyeron a la Armada, y olvidó toda intención de volver a la casa del bosque. Recordaría mucho esos trinos de feliz risa, pues no se vería libre de inquietudes durante largo tiempo.

Llegó a las colinas guiado por esas ráfagas de risas como las barcas lo son por la brisa, y el sol estaba bajo. Subieron la ladera riendo y hablando y caminando sin destino premeditado, guiados por la alegre ocurrencia que guiaba a Ariona. Y ésta era la de ver el paisaje del otro lado de la colina, cuya hierba y árboles adquirirían aspecto extraño al atardecer. Sentía que en un sitio así y en momento semejante, podría verse claramente a los duendes y hadas, en caso de que realmente existieran. Y cuanto más arriba subían, más ansiosa estaba Lolun de encontrar lo que buscaba Ariona. Y Ramón Alonso las seguía, pues habíanle contagiado esos impulsos.

Y así llegaron hasta la cumbre de la colina y contemplaron el paisaje. El sol brillaba en sus rostros sin ser ya una cegadora fuente de poder negada a los ojos humanos, habiéndose convertido en un misterio, un encantamiento, casi compartido por el hombre, y plenamente compartido por los árboles solitarios, y los grupos de matojos que se alzaban a lo lejos, en la agreste planicie que ahora, cuando los campesinos se abrigan con capas, se llenaba de misterio. Miraron silenciosos durante un rato esas tierras extrañas que no podían contemplarse desde las ventanas de Aragona, intentando desentrañar ese misterio tan cristalino, que se acercaba poco a poco hasta ellos, y casi consiguiéndolo, de no ser por los minúsculos arbustos y sombras que seguían escondiendo un encantamiento secreto. Ningún agitarse de risas vino a turbar la calma de su maravilla, mientras contemplaban tanta rareza, parte hechizo y parte bendición, abatiéndose al atardecer sobre tantos kilómetros de terreno.

Un viento frío sopló durante un momento, despertándoles de su trance y perdiéndose en dirección a lejanos veleros; y se estremecieron cuando el viento pasó, y su búsqueda terminó.

Se volvieron para mirar a Aragona, de resplandecientes ventanas y torres brillando con el crepúsculo, y vieron a los hombres abandonar los campos para volver a sus

casas. El pequeño grupo de tres, con un joven en medio, se quedó inmóvil un momento contemplando lo lejos que habían llegado, esperando ociosamente el siguiente antojo que guiaría sus pasos. La ladera por la que acababan de subir habíase tornado del color del oro.

Entonces Ariona gritó. Y volvió a gritar antes que Lolun siguiera la mirada de sus aterrorizados ojos. Y de Lolun también se oyó un grito tras otro.

Ramón Alonso permaneció sorprendido y en silencio entre ellas. Las dos se apartaron de él haciendo la señal de la cruz. Y en el momento que se alejaron pudo ver su sombra entre las de ellas, yaciendo sobre la dorada hierba. Las de ellas estirándose hasta más allá de la ladera y llegando a tocar los campos cultivados. La suya de sólo metro y medio.

## 11

# El frío del Espacio

«Así que no crece», se dijo Ramón Alonso amargamente.

Las chicas habían huido y se había quedado solo en la colina. Solo con un mero recorte de penumbra, con una cosa rechazada por la fámula. Así que ésta era la sombra que recibió tan confiadamente, creyendo no pagar por obtener algo de magia. Un mero trozo de oscuridad que ni se encogía ni crecía. Su memoria retrocedió hasta la sospecha que tuvo en la escalera, y recordó la manera en que la sombra de los árboles había escondido más tiempo el maligno secreto. Recordó cómo hacía dos tardes no le pareció tan avanzado el día. Fue su sombra mentirosa. Pero no pensó más en ella como en una sombra; no era más que un artificio, y originado en el Arte Negro. Aquel día fatal había comerciado con lo que era su propia sombra, y ésta no podía crecer más allá de lo que crecen las sombras en los cuadros.

¿Qué podría hacer? Una gélida brisa recorrió la tarde, deprimiendo sus pensamientos, y por su mente rondó la larga y estrecha caja mágica donde yacía su sombra. La imaginó encerrada en a penumbra, con otras sombras perdidas y esclavizadas por la magia. Pensó en su alegría al amanecer, recorriendo las primaverales colinas recubiertas de rocío, y miró a la siniestra cosa que tenía al lado, una extraña entre las alargadas sombras, como ahora lo era él entre los hombres. En ese momento habría preferido no tener sombra y ser como la fámula, a tener esta falsaria lúe parecía burlarse de él en medio del sombrío paisaje, provocándole con la locura cometida tras tanta advertencia. Le dio la espalda y su mirada se posó en el paisaje que se abría a la izquierda del sol, y miró con celos a los árboles. Sus largas sombras parecían casi plateadas al extenderse sobre la hierba de la tarde; y vio la belleza de las sombras que no supo ver antes, y la contempló con envidia. Hasta a eso había llegado, a estar celoso de los árboles.

Miró una vez más las torres de Aragona, evitando a la impostora que tenía a los pies, dando la espalda a las grandes formas sustanciales de los árboles, y a esos oscuros camaradas que los marcaban como seres materiales. Pero no por mucho levantar la mirada pudo escapar al pensamiento de lo que pasaba, pues ahora veía a Lolun y Ariona apresurándose por llegar a casa, y supo que había perdido su lugar entre las cosas materiales.

Lolun se detuvo un momento, con algo de pena, pero en un lugar donde no podía verle Ramón Alonso. El joven sólo sentía que todas las cosas tangibles estaban contra él.

—¿Debemos dejarle ahí? —dijo Lolun, tras correr un rato.

—No es un ser terrenal —gritó Ariona.



—Podríamos quedarnos sólo un poco.

—Imagina por un momento que sea pecado.

—¿Es que no podemos pecar nunca? —suspiró Lolun.

—Pecar sí, claro... siempre se puede conseguir la absolución. Pero eso... —y le recorrió un escalofrío.

—¿Esto? —susurró Lolun, medio con terror, medio con curiosidad.

—Ha traficado con lo que no podemos nombrar.

Y lo que quedaba del óvalo del sol desapareció tras la colina en cuanto Ariona dijo esto, y el frío llenó la noche, y sus dudas se tornaron miedos en la hora de los murciélagos. Así que se apresuraron sin pararse a reposar, por lo que llegaron cansadas a Aragona. Y las nuevas se difundieron más rápido de lo que podían hacerlo sus pies cansados, y Ramón Alonso había comerciado con lo innombrable y estaba condenado a la maldición eterna.

Y él estaba solo en la colina, en la creciente penumbra, con esa triste mercancía obtenida en el trueque, planeando inútiles ardides humanos que esperaba pudieran ayudarle contra la magia. Le quedaba su espada, todavía no utilizada en algo serio. Podría amenazar al mago con su aguzado extremo y obligarle a abrir la caja de las sombras. ¿Acaso no estaba destinada a luchar por los oprimidos? ¿Por qué no hacerlo por esas sombras indefensas que yacían en la caja con la suya? Y todavía le quedaba el hechizo del libro, el que utilizó el maestro para abrir la caja.

Pero no podía leer el hechizo por estar en chino, ni sabía qué arte mágico enfrentaría el mago a su vana y terrenal espada. No eran más que planes fútiles que se desvanecían nada más hacerse.

Entonces se puso el sol, y Ramón Alonso encontró consuelo en la repentina pérdida que sintieron todas las cosas, en la débil melancolía que tiñe la hierba silvestre y los cultivados jardines. Por un momento le pareció no haber perdido nada que la naturaleza no hubiese perdido. No sabía del rumor sobre «el hombre sin sombra» que se extendía rápidamente, ni que tendría que caminar mucho, y más rápido que el rumor, para llegar a un sitio donde le recibieran amistosamente. Pero ya era la hora en que todos los seres sienten nostalgia de sus casas, y se encaminó al bosque.

Llegó al bosque antes de que se desvaneciera la penumbra, pero las sombras entre los robles eran oscuras como la noche. Una vez más rogó por encontrar la casa, y una vez más se abrió repentinamente la puerta tras rodear un árbol. Se mantuvo abierta como tentando a lo que hubiera en el bosque para que entrara y así poder robarle la sombra.

Otra vez volvió a cruzar la puerta encontrándose con la presencia del mago aumentando la penumbra del recibidor.

—Llegáis tarde —dijo el mago.

—Llego tarde —afirmó Ramón Alonso, y pasó al lado del mago con la mano izquierda colgando cerca del pomo de la espada.

El Maestro del Arte quedóse incómodo al ver su humor, y pensó en respuestas con que contestar lo que pudiera decir su huésped, pues supo que se había detectado el gran defecto de la sombra artificial, y siempre andaba ansioso porque ningún mortal estuviera al tanto de sus manejos con las sombras. Pero Ramón Alonso no dijo nada, internándose silenciosamente en las profundidades de la casa, por lo que el mago encaminóse sombrío hasta la habitación consagrada a la magia. Allí abrió su caja de sombras, y, ejerciendo su poder sobre las pobres indefensas, pronto olvidó el malestar que sintió porque descubrieran su engaño.

El joven llamó a Anémona por toda la casa, y ella le oyó en el rincón donde descansaba y acudió a su encuentro en uno de los oscuros pasillos, y le llevó de vuelta a su rincón. Era un lugar situado bajo una escalera de madera que llevaba no sabía a donde. Una vez por generación, la mujer oía los pasos del mago resonando sobre su cabeza, subiendo por la escalera que no le permitía franquear, y bajar enérgicamente por ella un poco más tarde. Un lado del lugar estaba abierto para el paso y, en la parte tapada por la escalera, tenía un jergón de paja donde yacer por las noches, y todos sus barreños y baldes. Las escobas viejas apoyadas contra la pared parecían contribuir a la tristeza del lugar. La mujer le condujo allí antes de hablar, pues le veía en difícil actitud y estaba demasiado oscuro para verle la cara. Así que se sentaron en la paja, y la anciana encendió una vela hecha con trozos de sebo.

—He descubierto lo de su sombra —dijo el joven.

—Ah, sí, un vulgar trozo de penumbra.

Al notar que volvía tarde, supo que debía haberlo descubierto.

—No crece.

—Ni un centímetro.

—Me avisasteis —dijo Ramón Alonso.

La mujer se limitó a suspirar. Sabía que el mago iba tras su sombra, pero no conocía todas sus triquiñuelas. Le habría avisado de imaginar que ofrecería un trozo de penumbra como parte del trato por la sombra del joven. Ahora lamentaba no haberlo hecho, y un temblor la recorrió al suspirar. Y el temblor llegó hasta la vela que sujetaba, haciendo que se sacudiera la llama recién encendida, y tembló una y otra vez hasta que la paja sobre la que estaba sentada crujió por la agitación. Y de pronto, Ramón Alonso tembló también, igual que había temblado anteriormente en esta casa, achacándose a las corrientes y la humedad. Pero esta vez, los temblores eran más violentos.

—Son nuestras sombras —dijo la fámula, inclinándose sobre el joven y hablando con dientes castañeteantes.

—¿Nuestras sombras?

—Están llevando a cabo un tenebroso viaje.

—¿Adónde?

—¿Quién sabe? Estamos sintiendo su terror.

—¿Tan grande es su poder? —se sobresaltó.

—Lo es. Ahora estará sentado ante su caja de sombras, sacándolas friera, y obligándolas con sus temibles hechizos a llevar mensajes a lejanos espíritus. Y nosotros sentimos todo su sufrimiento y terror, porque así pasa con las sombras.

Ramón Alonso temblaba ahora con un miedo que le resultaba extraño, y la anciana le contempló un momento antes de continuar.

—Sí, sí. Tiene a nuestras sombras fuera.

—¿Están muy lejos de la casa? —preguntó mientras también le castañeteaban los dientes.

—Más allá de la Tierra —respondió.

Apenas podía creer esto último, pero una nueva oleada de escalofríos asaltó a la mujer, y él también notó el mordisco del frío.

—Ahora están más allá de los planetas. Conozco este frío. Es el frío del Espacio. Sí, seguro que es el Espacio. Poco calor consiguen de los planetas, apenas algo de los más grandes. Pero esto es el Espacio. Lo sé. Ya deben de estar allí.

Ahucó las manos alrededor de la vela pero no sirvió para nada, pues los escalofríos provenientes de las sombras perdidas entraban hasta más adentro de la piel y los huesos. No congelaban sólo la sangre, también el espíritu.

Y el frío y el terror del espacio también se apoderaron de Ramón Alonso.

—¿Por qué las envía allí? —susurró, pues a eso se había reducido su voz.

—Ah, no lo sabemos. Es demasiado profundo y extraño. Pero el caso es que tiene amigos por allí, y envía a las pobres sombras a visitar a uno de ellos, para que se inclinen, le den un mensaje, y bailen para él antes de hacer que vuelvan a la caja.

—¿Las trae de vuelta? —preguntó rápidamente el joven.

—Oh, sí. Siempre las trae de vuelta. No hace tratos con sus sombras.

—¿Qué clase de seres son?

—Espíritus malignos.

Entonces se sentaron un rato en silencio, pálidos y temblorosos, mientras sus nervios se veían flagelados por un frío ultraterreno. Y si el viejo esqueleto de la fámula parecía ser el más castigado por los temblores, el joven corazón de Ramón Alonso era el que parecía sentir más vividamente las angustias de su sombra.

—Hay ocasiones en que los espíritus pasan cercanos a la Tierra, y él envía a las sombras para saludarles. Pero no es eso lo que están pasando ahora las pobrecitas sombras.

—¿Por qué las envía tan lejos?

—Por sed de poder. Cruel salvajismo. Estoy al tanto de sus métodos y estados de ánimo, y no le ha gustado que descubrierais la jugarreta que os hizo. Sé de ocasiones en que ha tenido bailando durante horas a las pobres sombras, por no haber trabajado yo lo bastante. Y cuando acababa con ellas, yo estaba muy cansada y agotada y había envejecido varios años.

El valor que mostró hablando contra el hombre a cuya tiranía estaban sujetos, mientras se veía estremecida por los temblores, infundió ánimos al joven.

—Ya vuelven —dijo ella de repente.

Entonces ambos esperaron en silencio, y desapareció el terror, y el frío que les atenazaba pareció resquebrajarse por algo demasiado leve como para ser considerado calor. Ni Ramón Alonso, ni la sabia fámula sabían si era algo de calor que las sombras recogían de Júpiter, o si era el mismo sol, pero al fin, la mujer se inclinó hacia adelante con cierta alegría en el arrugado y anciano rostro.

—Ya están en la caja —afirmó.

Y Ramón Alonso se levantó de golpe, con la mano izquierda agarrando el pomo de la espada, adquiriendo un heroico aspecto hasta con tan poca luz.

—Tomaré vuestra sombra, y no la atormentaré más. La mía seguirá en la caja por el trato que hice con él y por la necesidad que tengo de oro, pero os devolveré la vuestra y él dejará de atormentarla.

Ya había pronunciado con anterioridad esas palabras, y ella había sonreído descartándolas, pero ahora era tan vehemente que si bastara con su resolución, la cosa ya estaría hecha. Pero siguió sacudiendo la cabeza con pesar.

—Tengo mi espada.

La mujer lo miró compadeciéndole.

—Él tiene cosas más terribles —respondió con tristeza.

Y ante esto, diose cuenta de que la tenebrosa casa contenía más cosas inmateriales de las que podía manejar un hombre. Y pensó en el hechizo.

—Entonces abriré la caja cuando esté ausente. Y vos recuperaréis la sombra, mientras la mía se queda dentro.

Y ella volvió a advertirle que la caja de las sombras no se abría con llave alguna.

—He visto en un libro el hechizo que abre la cerradura.

—¿Y podéis descifrarlo?

—No. Está escrito en chino.

Y en aquellos tiempos no había chino alguno en las tierras de España. Ni España traficaba con la China. Pero Ramón Alonso cavilaba sobre esta débil esperanza, y se marchó pensando en ello, y dejando atrás escobas y baldes.

## Mirandola pide un filtro amoroso

Al día siguiente, el mago le esperaba en la habitación consagrada a la magia.

—Tenéis una hermosa sombra —dijo el mago.

Y en verdad que se extendía a sus pies osada y oscura, y como quedaban muchas horas para el mediodía, y había sido hecha después, ahora era como las sombras de los demás hombres. Ramón Alonso no dijo nada en respuesta, yéndose a sentar donde siempre para recibir más del conocimiento que había pagado tan caro. Necesitaba el oro para la dote de su hermana, aun a costa de temblores y terrores contra los que nada podía la fortaleza que tan bien sobrellevaba los padecimientos del cuerpo. Y si fallaban otros planes, siempre podría volverse tan rico con el aro que fabricase como para comprar su sombra, y en caso de que el mago despreciara el oro, siempre podría encontrar otros que no lo hicieran, a los que armaría para ir contra la casa del bosque y apoderarse de la caja de sombras y hechizos. Pero tenía la cabeza llena de demasiados planes como para que alguno madurase.

La voz del mago llegó hasta él rompiendo sus ensoñaciones.

—Una vez hecha la mezcla de metales necesaria para que su textura sea próxima a la del oro, habremos hecho los preparativos precisos. A continuación, los filósofos eligen de entre todos los pergaminos el encantamiento más adecuado al material con que se trata, leyéndolo luego en alta voz, sea el que sea el lenguaje con que esté escrito. Y es que estos encantamientos están siempre escritos en la lengua del sabio que los compuso por primera vez; y los persas siempre han sido adeptos a ello, igual que los que adoran a Vishnú...

El mago hizo una pausa tras mencionar el nombre e hizo una reverencia. Alguien llamó a la puerta del bosque en el preciso momento de inclinarse, y los ecos de la llamada vagaron como perdidos por toda la casa.

El mago salió de la habitación al oír la llamada, recordándole al joven, una vez más, a la araña cuando nota que algo toca su tela. Y Ramón Alonso quedó solo en la habitación consagrada a la magia, pensando en su oscuro maestro, al que ya consideraba su oponente, y al que debía arrebatarse la sombra de la fámula. El Maestro seguía manteniendo su parte del trato, y era un trato doloroso, y en el caso de la sombra falsa uno tramposo, y el Maestro sabía que ya había descubierto eso.

Su mirada se posó en el gran libro, por lo que dejó a un lado sus especulaciones, que en lo que al Maestro competía no habían avanzado mucho. Se levantó movido por un sentimiento más práctico, y pasó las orientales páginas hasta llegar a las tres grandes sílabas del encantamiento que abría la caja. Lástima que estuvieran en chino.

Una idea acudió a él. La cerradura conocía el chino, pues la había visto abrirse.

Cogió el libro y lo llevó hasta la caja de las sombras, mostrándole la página abierta a la cerradura, sujetando el volumen con firmeza mientras se inclinaba sobre un cocodrilo. La cerradura no se movió. Levantóse entonces del polvo y la penumbra, y devolvió el libro a su atril. Justo a tiempo, pues los pasos del mago ya resonaban en esa dirección, y en seguida abrió la puerta de la habitación consagrada a la magia. Le dirigió una desdeñosa mirada al libro, sabiendo que había sido movido, y la desilusión de Ramón Alonso aumentó al ver el desprecio de esa mirada, pues supo que no sólo había fallado, sino que cualquier intento era vano.

—Hay un paleta en la puerta del bosque —dijo—. Tiene un mensaje para vos que el muy zopenco sólo entregará en persona.

Ramón Alonso se dirigió en silencio hasta la puerta del bosque, lamentando todavía su fracaso, y ahí afuera estaba Pedro, que había llamado a la vieja puerta verde, retrocediendo luego hacia el bosque. Desde allí había hablado con el mago, y desde allí miraba esa temida puerta por la que vino su joven amo, pese a que sus temores esperaban cualquier cosa que no lograba adivinar.

—Joven amo —gritó Pedro—, joven amo. Os he traído una carta de doña Mirandola. ¿Os tratan bien aquí? ¿Os dan bien de comer? Ya debéis ser todo un sabio, amo. Vuestro sabueso come todos los días y bien.

—¿Está fuerte?

—Tan fuerte como siempre.

—Que los santos sean loados —dijo Ramón Alonso, tornando a una manera de hablar que no usaba en esta casa.

—Aquí está la carta, mi amo —dijo Pedro, sacándola de su capa—. Pero hay una palabra con manchones, y esa palabra debe ser «filtro amoroso» y no la que está escrita bajo los manchones.

—Filtro amoroso —repitió Ramón Alonso.

—Sí, amo. Ésa y no la que hay bajo los manchones. Doña Mirandola me instruyó para que os lo dijera así.

—Muy bien.

La carta estaba escrita con la misma letra clara que la que llegó de su padre, y era corta, cosa que el joven recibió con alegría, pues no deseaba leer demasiado lentamente ante Pedro, y tampoco podía hacerlo rápido. La carta decía así:

«A Don Ramón Alonso. No envíes oro, pero envíame un libro de rezos. Tu amante hermana, Mirandola».

«Libro de rezos» era la palabra que tenía huellas de pequeños dedos manchados con tinta.

—Decidle que enviaré el libro.

—Sí, amo. ¿Alguna cosa más?

—Cuidad bien del sabueso —dijo Ramón Alonso.

—Ya lo hago, amo —respondió Pedro.

—Adiós.

—Adiós, joven amo, adiós. Quiera Dios que cacemos jabalíes este invierno.

Y Pedro dio media vuelta caminando despacio unos cuantos pasos, apresurándose poco a poco, y cada vez más, hasta salir del bosque.

Ramón Alonso reflexionó amargamente que había vendido su sombra por el oro, y que ahora ya no se necesitaba el oro.

Todavía no había aprendido todo el arte de la transmutación. ¿Le devolvería el mago su sombra?

Y Mirandola debería tener su filtro amoroso, y la fórmula su sombra fuera de la caja. Todavía le quedaba mucho que hacer para que fructificaran sus planes.

—No tengo necesidad de oro —dijo, cuando volvió a la habitación consagrada a la magia.

—Es un metal sin valor —dijo el mago—. Los filósofos lo buscan por el interés que suscita la reordenación del elemento único. Pero el metal en sí carece de todo interés para ellos. Lo entierran donde ya he dicho, y previenen al hombre sobre la inutilidad, de lo cual testimonian los escritos que han perdurado hasta nuestros días.

—No quiero aprender más de ello.

—¿No?

—Por tanto os ruego que me devolváis la sombra.

—Pero es mi precio.

—Puedo aprender otras cosas, por otros precios, pero os ruego que me devolváis este pago.

—Pero habéis aprendido mucho ya.

—Nada referente a este asunto.

—Yo diría que sí, pues habéis aprendido de la unicidad de la materia, y que no hay más que un elemento. Y ése es un gran secreto para el vulgo, que cree son cuatro. Y sin duda insistirá en su yerro, descubriendo hasta más de cuatro antes de saber que no hay más que uno, cosa que ya sabéis, y por la que sigo conservando vuestro pago.

E interrumpióse y tamborileó con los dedos en la caja de las sombras, algo agitado.

—Me disteis una sombra para llevar en su lugar —dijo el joven.

—Os haré una más larga —replicó el mago.

Ramón Alonso comprendió que no lo conseguiría con palabras, y que todo lo que dijera sería igualado verbalmente con gran astucia.

—Dadme entonces un filtro amoroso.

—Yo no proveo de esas cosas —respondió el mago con soberbia.

—Enseñadme entonces la manera de hacerlo, en vez de la fabricación del oro.

El mago ponderó un momento. Todo estaba a su favor. Tenía la sombra a salvo en la caja. Despreciaba igualmente al oro y al amor, y lo mismo le daba enseñar una cosa que otra. Otro mago más antiguo habíale enseñado unos rudimentos de etiqueta y eso le impulsaba a dar algo por un pago ya recibido.

—Conforme —respondió al poco.

Ramón Alonso sentóse entonces sin una palabra, y pensó en Mirandola.

Nunca había preguntado la razón de todo lo que Mirandola le pedía. Era Mirandola, la de ojos como una tarde de tormenta. Tras esos ojos pasaban pensamientos que nunca tuvo él. Mirandola sabía. Resulta difícil explicar cómo le dominaban esos ojos. Nunca ansió saber, ni preguntó el porqué de las peticiones de Mirandola.

—La base de todos los filtros amorosos parte de la mixtura de las lágrimas de cocodrilo con la baba de los caracoles —llegó hasta él la voz del Maestro—. A esto hay que añadirle un polvo que se obtiene de moler plumaje quemado de ruiseñores. Se le aromatiza con esencia de rosa. Añades una pizca del polvo de un hombre que fue rey, y dos del de una mujer que haya sido hermosa, mezclándolo todo con vulgar rocío. Haced todo esto a la luz de las luciérnagas y musitando los encantamientos adecuados.

Ramón Alonso siguió los gestos que hacía el Maestro mientras hablaba, viendo en las estanterías los ingredientes mencionados. Bajo un frasco conteniendo «Polvo de Helena» vio otro conteniendo esencia de rosas. Vio dos redomas una al lado de la otra etiquetadas con «Polvo de Faraón» y «Polvo de Ozymandias», uno de los cuales sería Ramsés. Vio un recipiente conteniendo «Lágrimas de Cocodrilo». Todo lo necesario parecía estar allí, y afuera, en el bosque, brillaban las luciérnagas y había multitud de caracoles.

La lección continuó de manera sombría, con el mago entonando diversos encantamientos que el joven aprendió de memoria, o creyó aprender, y mencionando diversos ingredientes alternativos que de antiguo se usaron en lugares más tórridos. Ramón Alonso estaba tan seguro de los ingredientes que no habría error posible; de haberlo, sería con los encantamientos.



## Ramón Alonso confecciona el filtro

Ramón Alonso levantóse temprano a la mañana siguiente todo impaciente por cumplir el encargo de Mirandola, y ansioso por ejercitar su nuevo conocimiento. Ese día, el mago tenía que enseñarle más encantamientos e ingredientes alternativos, sin duda acompañados de comentarios a expensas de la Materia, chanzas a costa de las vanas ambiciones humanas, citas de antiguos filósofos, y conocimiento adquirido por su cuenta. Era una oportunidad que no se le otorga a cualquier muchacho, pues este maestro no sólo había heredado los conocimientos de anteriores filósofos, sino que había recolectado durante muchas eras los frutos de su propio trabajo.

Cuando entró en la habitación consagrada a la magia, vio con repentina alegría que la oportunidad era suya, pues había bajado la escalera de ramas y piedra con la primera luz del alba, y el mago no había aparecido todavía. Recorrió los estantes con mirada confiada en el nuevo aprendizaje, todavía fresco y brillante en su mente, y vio los ingredientes que necesitaba. Tomó un poco del polvo de Ozymandias, mezclándolo en adecuada proporción con algo del polvo de Helena. Su joven y aguda mente adivinaba bien los aforismos que escondía el mago tras las pizcas de polvo, pues tenía pocas oportunidades de burlarse de las ilusiones humanas, sintiéndose seguro con sus dosis de *elixir vitae*. Los frascos de esencia de rosa y lágrimas de cocodrilo estaban cercanos, y la piel seca de un ruiseñor colgaba de un gancho a su alcance. Se procuró una llama y quemó alguna de las plumas, para reducirlas luego a polvo y mezclarlas con el resto. Apresuróse entonces hacia el bosque, ansioso por llegar a la puerta antes de que llegara el mago, y poder hacer el trabajo sin ayuda alguna, pues sabía que los mayores suelen tener ideas propias, y plantean las cosas a su manera y con citas poco provechosas, retrasando el trabajo que los jóvenes harían con más apresuramiento.

Llegó hasta la puerta del bosque y escuchó un momento. Ningún sonido llegaba de los corredores; el mago todavía no estaba en pie. El rocío seguía en los árboles, y tomó un poco, recogiénolo gota a gota de las inclinadas briznas de hierba. Y allí encontró caracoles, y al poco una luciérnaga. Y llevó ambas cosas hasta un roble hueco, donde la oscuridad era bastante para que brillara la luciérnaga, y terminó la mezcla recitando el encantamiento que tenía gran reputación en Persia. Escanció la viscosa sustancia del vulgar mortero donde la había mezclado a una redoma, tapó ésta con un corcho, y volvió a la casa del bosque. Y empezaron a perseguirle cosas pequeñas del bosque, atraídas por el canturreo del curioso encantamiento persa o por el filtro amoroso. Oyó el ruido que hacían sus pies detrás de él, pero si se volvía, siempre estaban al otro lado de los robles, y cuando se acercaba a un árbol donde

estaban escondidos y lo rodeaba, siempre oía el raspar de sus uñas al otro lado, y sabía que se habían subido al árbol y daban vueltas a su alrededor mientras él hacía lo propio, manteniendo siempre el tronco entre ellos y todo lo que fuera humano. Sólo eran duendes, criaturas luminosas compuestas de la ociosidad y el misterio del bosque, y que se movían por la curiosidad como única motivación. Pronto cesó el ruido de pasos, pues no se atrevían a rondar cerca de la casa del mago, limitándose a sentarse bajo los árboles profiriendo gritos de maravilla. Cuando el joven retornó a la casa quiso ver en seguida a la fámula, encontrándola en su rincón, rodeada de sus baldes.

—Anémona. Vuelvo a casa, pues mi hermana tiene necesidad de un filtro amoroso.

—¿Y para qué propósito lo necesita?

—Eso no lo sé, pero necesita uno.

—¿Acaso no es joven?

—Sí, pero quizá quiera asegurarse.

—Ah, sí que son seguras esas pociones o filtros —dijo la fámula, pues sabía mucho de magia de tanto vagar por la casa—, o dejad que él la vea antes de beber la poción, o que esté cerca cuando lo haga, y entonces no habrá escape alguno del mágico amor. ¿Tenéis ahí la poción?

Ramón Alonso llevaba la redoma en la mano.

—Sí. Yo mismo la hice en el bosque.

—¿Os enseñó cómo hacerla?

—Sí.

—Y por esto cedisteis vuestra sombra —dijo la mujer con pena.

Le habría explicado que había aprendido mucho más que eso, pero no le habría escuchado, limitándose a seguir sentada en la paja con la cabeza abatida, llorando por su sombra.

Y viendo entonces su apenado rostro, la tristeza del oscuro rincón, y la sombría melancolía de todas las cosas que la rodeaban, intentó persuadirla para que huyera de la casa, escoltándola él hasta Aragona.

—El mundo es más cruel que esta casa —se limitó a decir.

Razonó con ella, diciéndole de las cosas agradables del mundo, pero ella se limitó a responder:

—Allí no hay sitio para mí.

—Entonces volveré por vos, y cuando regrese os devolveré la sombra.

Y ella volvió a negar con pena como siempre lo hacía cada vez que hablaba de ello.

—Pero tengo un plan —insistió.

Al ver que volvía a negar con la cabeza, decidió contarle cuál era el plan.

—Vi el hechizo cuando abrió la caja de las sombras, y lo he visto una vez más desde entonces. Está en chino y desconozco este idioma, pero recuerdo muy bien

cada sílaba, y aprenderé el arte de la pluma, y podré imitar una de las letras en un pergamino. Son tres sílabas, pero al principio sólo imitaré una de ellas, escribiendo luego otras de mi invención, haciéndolas cuadradas y extranjeras. Y acudiré hasta él y le diré: «Maestro, un pagano que encontré me dio esta escritura. Espero que la leáis para mí».

La mujer escuchó al principio, pero cuando habló de escribir palabras de su propia imaginación volvió a tornarse melancólica.

—Pero escuchad —dijo el joven, ganándose la atención por su ansiedad—. Suele murmurar cuando lee, y murmurará con toda seguridad si la habitación está oscura y la escritura es pequeña, y yo oiré las palabras que murmure. Y no lo hará con la escritura que le resulte extraña sino con sólo una palabra. Seguramente murmurará ésta y se detendrá a cavilar, y yo podré oírla y recordarla. Y pasará un tiempo bastante, y otro día diferente le mostraré otra escritura, conteniendo la segunda sílaba, y mucho tiempo después la tercera, y por fin tendré el encantamiento completo.

La mujer le escuchaba ahora con una mirada en el rostro que parecía de esperanza, pero ésta habíase ausentado tanto tiempo de su rostro, que si ahora brillaba en sus ojos era demasiado débil para que Ramón Alonso estuviera seguro de su existencia. Tras un rato habló a Ramón Alonso de la siguiente manera:

—No aprendáis de él el arte de la pluma. Hay hombres buenos que podrán enseñaros ese arte, además de él.

—¿Porqué?

—Porque sí resulta que no conocéis el arte de la pluma, nunca podrá sospechar que lo habéis escrito vos.

Y el joven supo que tenía esperanza, pues había participado de su plan. Y hablaron de él durante un rato. Y la débil esperanza de la fámula fue en aumento, y sus ojos brillaban en la agostada cara con una desacostumbrada luz, nueva y resplandeciente.

De una cosa le advirtió, y Ramón Alonso la recordaría bien, y era la de devolverle la falsa sombra al mago antes de abrir la caja de las sombras, si es que alguna vez conseguía abrirla; siendo el mago el único que podía separarla de su cuerpo al poseer los útiles necesarios. Pues si no lo hacía así nunca podría librarse de ella, teniendo siempre dos, una verdadera y otra falsa. Y así confabulaban juntos, pero Ramón Alonso no pensaba en su propia sombra, planeando rescatar sólo la de ella, con los pensamientos vagando por un futuro indeterminado donde sólo existía la imagen de su viejo rostro iluminado por una débil sonrisa causada por la felicidad de tener otra vez su sombra.

La mañana estaba vistiéndose de la hora en que se levantaría el mago, y Ramón Alonso deseaba marcharse antes de que éste apareciera. Pues con su juventud, había adquirido el conocimiento de evitar siempre a los hombres ancianos cuando se planean cosas felices, y es que los ancianos aparecen con su sabiduría y lentitud de pensamiento, y se hacen otros planes, o al menos se dilatan los ya hechos. Así que

estaba impaciente por marchar, pero no obstante se retardaba, reacio a que cualquier palabra fuera la última, reacio a abandonar el plan fraguado entre los dos, y reacio, en suma, a dejar a la anciana, que habíase ganado su simpatía de una manera que nunca le enseñaron pudiese sentirse por los ancianos.

Así que hablaron de tonterías, tal y como suele hacer la gente en el momento de partir. Le habló de los duendes del bosque que nunca había visto, pero cuyos pasos había oído siguiéndole. Y ella le contó cómo ver un duende, y era cosa sencilla. Pues un hombre puede ver tres lados de un árbol, y vaya por donde vaya, el duende siempre está en el cuarto, y allí seguirá hasta estar seguro de mirar sin ser descubierto.

—Pero si pasáis el sombrero por el lado derecho del árbol —dijo—, él correrá rápidamente hacia el izquierdo, y así podréis verle.

Hablaron un rato de cosas semejantes. Pero Ramón Alonso despidióse al fin, temiendo ver en cualquier momento la oscura forma del Maestro, u oír el eco de sus zancadas resonando por los corredores. Pero antes de dirigirse hacia el bosque llevando su capa y espada, dejóle a la mujer unas últimas palabras de buenaventuranza.

—Cuando haya rescatado vuestra sombra os llevaré lejos de esta casa, y seréis fámula en la torre de mi padre, donde el trabajo será ligero y podréis hacerlo con sosiego, y nadie os molestará, pudiendo descansar cuando os plazca, y dormir todo lo que deseéis.

Buscó alguna mirada de gratitud en su rostro, encontrando sólo una sonrisa tan extraña iluminando su cara y hechizando sus ojos que le dejó pensativo todo el camino que tomó desde que abandonó la casa, salió al bosque y llegó a campo abierto.

## El pueblo de Aragona ataca por la Fe

Cuando Ramón Alonso salió del bosque, vio que las sombras estaban acortándose ya. Diose cuenta entonces de que se había retrasado demasiado con la fámula, y que debió salir cuando las sombras eran largas, recorriendo la oscuridad del bosque mientras la suya era antinatural, pudiendo ir por caminos transitados cuando fuera como la de los demás hombres. Se avergonzó de su tardanza, pues no le había retrasado alguna chica hermosa, cuya belleza hubiérale obnubilado tanto que no viera pasar las horas, sino la fascinación que sentía por una fámula enormemente vieja. Cosa ésta que le parecía tan indigna de sus ambiciones caballerescas que le dolió la cabeza de pensar en ello, pero siguió fiel a su firme propósito de rescatar su pobre sombra.

Caminó un poco más, pero pronto vio hombres en la distancia de los campos, y pensó que sería mejor no ir más allá de los últimos robles, hasta que la sombra de los demás fuera algo más larga, evitando así el tumulto que parece formarse entre la gente cuando no todas sus sombras son iguales. Ya sentía un fuerte desdén hacia la absurda importancia que los demás le otorgaban a las sombras. Pues los jóvenes argumentan rápidamente a partir de las premisas disponibles, y a veces con bastante claridad, sin molestarse en averiguar si son requeribles más premisas. He aquí alguna de las utilizadas por Ramón Alonso: una sombra no tiene valor para nadie, ni nadie supone que lo tenga, y de tenerlo, la pobre mujer que perdió la suya debería ser compadecida. Él mismo tenía ahora una sombra, y si era demasiado corta, las de los demás también lo eran una o dos horas antes; y la misma gente que diría era demasiado corta por la tarde, afirmarían que era demasiado larga al mediodía. En la raza humana hay gran cantidad de banalidades que habitualmente suelen pasar desapercibidas, pues todas ellas forman parte de nuestra ilusión; pero deja que un hombre se sienta molesto por algo que hacen los demás, tanto que se vea separado de ellos y tenga que dejarlos; este hombre reflexionará sobre lo que hacen los demás, y acabará dándose cuenta de todas las cosas absurdas que no había notado antes. Y así, Ramón Alonso, sentado a la sombra de un roble esperando a que pasara el mediodía, tornóse desdeñoso respecto a la actitud que tomaba el mundo en relación a las sombras.

Nadie pasó a su lado, y si alguien le hubiera visto a lo lejos, habríale visto practicando una costumbre española, la de la siesta, o pausa realizada para pasar las horas más calurosas del día.

Y cuando las sombras volvieron a crecer, dejó la que le había cobijado contra el calor del sol y la persecución de los hombres, y caminó por la vereda, protegido por

una sombra tan buena como la de cualquier otro hombre con que se encontrara. No había pensado mucho en lo de cifrar su protección en algo tan nimio, o en todo lo que concurría en cosa tan ligera y vana; pero estaba aprendiendo el valor que el mundo le otorga a cosas que son bagatelas, habiendo gente que el mero hecho de negligir estas cosas acaba considerándolo sacrilegio.

Una mirada al paisaje poco antes de llegar hasta Aragona le indicó que era la hora en que todas las sombras eran más largas que las cosas materiales. No vio esto con ninguna clase de medida, sino por cierto aspecto extraño que adquiere todo cuando las sombras se hacen mayores que sus dueños, y éstas parecen dominar los asuntos terrenales en vez de hacerlo la buena y sólida materia. Hora extraña que conocía de antiguo, sintiendo su influencia más de una vez, pero cuyos pensamientos conscientes nunca habían notado, o dicho, como hacían ahora, que era la hora de las sombras, el momento en que cada una sobrepasaba la estatura de su amo; pues así agudiza la observación nuestros sentidos. Probablemente nadie se habría dado cuenta de haber seguido caminando, pero crecía rápido en él el sentimiento de proscrito y, pese a despreciar en mucho la importancia que la gente otorgaba tan vanamente a las sombras, no sólo notaba su defecto sino que lo exageraba grandemente, haciendo que le asaltasen ganas de resguardarse, y empezando a conocer los impulsos naturales que son parte y hábito del rechazado y el cazado.

No se acercó a Aragona más allá de donde estaba, y viendo una pequeña azalea que crecía un poco más lejos fue a sentarse allí, protegido por su sombra, que era la justa para ocultar su deficiencia. Si alguien le veía allí, pretendería estar comiendo, pese a haber olvidado coger comida de la casa.

Frente al sol pasaron nubes pequeñas en diversas ocasiones, pero no se quedaron lo suficiente como para permitir su viaje hasta Aragona, por lo que continuó bajo la protección de tan humilde matorral que poseía lo que a él le faltaba, y deseando no haber tenido nunca que ver con la magia. Algo hacía que la tarde pasara muy lentamente y muy fría, y Ramón Alonso no sabía que era el hambre.

Por fin el sol se acercó al horizonte y todas las sombras se hicieron largas y oscuras, y Ramón Alonso, más consciente que nunca de su trozo de oscuridad gris, sintióse entre esas sombras como habríase sentido en una fiesta donde tanto hombres como mujeres vistiesen sus mejores galas, y él se moviese entre ellos con las ropas más viejas y chillonas posibles. Y el sol se escondió, y su espíritu se animó, y dejó la humilde protección de la azalea, sintiéndose igual a todas las cosas materiales y se encaminó hacia Aragona.

Nada más llegar a los campos y jardines que rodeaban al pueblo, le vieron los ociosos y levantáronse en seguida para avisar a la gente del pueblo, pues su holganza era una guardia perpetua cuyo propósito se veía ahora satisfecho. «El hombre de la sombra maligna», gritaban todos, y supo que habíase difundido su historia, y que ése habíase vuelto su nombre. De las calles y las pequeñas ventanas llegaron voces en respuesta, y se oyó el sonido de pies corriendo. Y alguno corrió hasta la torre donde

colgaban las cuerdas del campanario, para hacer sonar las campanillas que siempre repican avisando magia o tormenta, y sus musicales voces se extendieron por los campos protestando contra Ramón Alonso. Parecían llenar la oscuridad de recuerdos, llevando a su soledad memoria tras memoria de tiempos y ocupaciones para las que ahora estaba imposibilitado por culpa de una sombra. Sintió amor por sus doradas voces llamándole desde esta tierra que había perdido, donde moraban hombres felices que no se relacionaban con la magia. Pero cuando las campanas sonaban y sonaban y hasta él llegó el ruido de la muchedumbre crecida que armaba tanto jaleo por una sombra, no le quedó más remedio que echarse la mano a la espada. Pero entonces vio mujeres y niños entre el gentío que se aproximaba, y supo que no era tumulto que pudiera solucionarse con la espada. Dio media vuelta y se fue por donde había venido, y pronto su figura se hizo demasiado pequeña en la oscura colina como para ser vista por la muchedumbre que hablaba y maldecía desde el pueblo; y dejó de oír sus voces, no escuchando más sonido que el de las campanas que prevenían a esas tierras contra él.

Rondó durante un rato por la ladera de la colina, estremecido por la noche, inmerso en esos pensamientos que suele despertar el hambre, y que te hacen presa del frío y la fatiga que ésta conlleva; dudas, miedos y desesperación. ¿Qué era ahora que había perdido su sombra?, se preguntaba. ¿Seguía siendo algo material? Pensó desesperadamente en todas las clases de materia conocidas. ¿Había alguna sin sombra? Hasta el agua y las nubes la tenían. ¿Y qué era esta cosa siniestra a la que estaba unido, el trozo de penumbra del mago? ¿Hasta qué punto conspiraba contra él? ¿Cuán maldito estaba ya?

Y sus pensamientos llegaron hasta los sufrimientos del Día del Juicio Final. ¿Hasta qué punto sería necesaria una sombra para obtener la salvación? ¿Le darían importancia los santos a algo tan liviano e insustancial como una sombra? Pero en seguida le llegó el pensamiento de que habían renunciado a las cosas materiales, convirtiéndose en algo inmaterial y espiritual, pudiendo darle más importancia de lo que podía imaginar.

Y las dudas le asaltaron todo el tiempo que anduvo por la oscura colina, y suscitaban preguntas que replicaba desesperadamente, sin que ninguna de ellas llegara a ser pronunciada, y pensaba continuamente en que debió llevar algo de comida en la bolsa. Y el azul del cielo tornóse más oscuro, y las mariposas nocturnas sobrevolaron la hierba con un vuelo bien diferente al de las moscas cuando es de día, y se oyeron gritos y ruidos desconocidos por la luz del día, y entonces, sobre el terciopelo del crepúsculo apareció la primera estrella, como si fuera una reina deslizándose hasta su trono por un pasaje secreto.

Era ya la hora que más reverencia la Tierra, ésa en que su misterio toca el corazón de sus criaturas. Un momento en que parecería que va a revelárenos toda su extraña historia, en que podría decidir revelarse en su esencia a todo cometa o espíritu o a cualquier extraño ser que viajase entre los planetas. Envuelto en el frío y la soledad,

Ramón Alonso contemplaba como aparecía estrella tras estrella, sin experimentar felicidad alguna ante tanta magnificencia, y sólo viendo un nuevo horror en todo ello. Pues al mirar la hierba y el musgo donde debió extenderse su sombra, vio que la pieza de penumbra que le dio el mago era más oscura que la oscuridad natural de la hora, siendo así el único ser, de todas las cosas de la noche, que tenía una sombra arrastrándose ante él. Y volvió a recogerse en sí mismo, intentando adivinar cómo acabaría todo esto. ¿Debería compartir el evidente destino de la sombra falsa? ¿Debía renunciar a la salvación por haber perdido la sombra? Y el día oscureció mientras cavilaba en aquesta manera, y pronto estuvo más oscuro que el trozo de penumbra. Cuando Ramón Alonso vio que había desaparecido y que era momentáneamente como todas las demás cosas y hombres, sin sombras en la noche, dejó de meditar en el futuro y se volvió hacia Aragona, pensando en atravesar sus calles como cualquier otro viajero.

Cuando llegó al pueblo era noche cerrada y brillaban todas las estrellas; no sólo las que no entraban dentro del campo de visión, sino la Vía Láctea toda. Las campanadas habían cesado hacía rato, y la quietud reinaba en las calles cuando Ramón Alonso se internó en ellas. Pero era una quietud de susurros, la quietud de los vigilantes. Todas las ventanas superiores estaban abiertas, y los hombres se reunían en oscuras habitaciones. Las mujeres miraban por entre las cortinas, y hasta en los desvanes había vigilantes. Y pese a toda su atención no vieron a Ramón Alonso hasta que no estuvo bien dentro del pueblo. Quizá esperaban un acercamiento más furtivo, diferente a este confiado y honesto caminar, o quizá dedicaron demasiada atención a susurrarse entre ellos, o seguramente, nunca creyeron realmente que sucediera lo que esperaban, y sucedía en ese momento. Pero todos los vigilantes le vieron a la vez cuando se oyó un grito de aviso en una de las ventanas altas. La quietud rompióse en un retumbar de pies bajando por escaleras de madera, un estrépito de vainas y fundas, un ruido de puertas abriéndose, de voces repentinas, y de pisadas en las calles.

—¡Por la Fe! —gritaban—. ¡Por la Fe! ¿Dónde está? Ramón Alonso escuchó voces detrás suyo. Delante tenía cuatro hombres, uno de ellos llevando un fanal. Unos pasos más estaría en el centro del pueblo. Y esos pasos le llevaron a acercarse a los cuatro hombres. La confusión de voces detrás suyo indicaba que no estaban seguros de dónde estaba. Delante no parecía haber más que esos cuatro. Se acercó hasta ellos con rapidez y ellos hicieron lo propio, mostrando no menos prisa, y más entusiasmo. Tanto él como ellos tenían desenvainada la espada.

—¡Por la Fe! —gritaron.

—Uno cada vez, señores —dijo Ramón Alonso, con un barrido de su sombrero, pues se acercaban todos a la vez.

Y ante esas palabras uno retrocedió, pero otro se revolvió contra él.

—Es por la Fe —dijo.

Y se acercaron juntos tres de ellos, mientras el cuarto manteníase a un lado con la espada envainada, sosteniendo en alto el fanal.



—Esto va por san Miguel —gritó el primero que cruzó la espada con Ramón Alonso.

Pero la estocada estuvo bien parada.

—Esto por los Arcángeles —gritó el mismo espadachín, lanzando otro golpe.

Pero Ramón Alonso habíase quitado la capa enrollándola en el brazo izquierdo, y la capa recibió esta estocada. Con la espada detuvo un ataque de otro hombre.

Pero un hombre no puede luchar mucho rato contra tres, y el resplandor del fanal y el entrechocar de aceros habíale dicho a la multitud de la calle dónde estaba el joven, “el hombre de la sombra maligna”, tal y como le llamaban, y estaban ya acercándose. Ramón Alonso apartó a su antagonista bloqueando su espada con la capa, colocándose por un momento entre él y sus dos compañeros. Lo rodeó con rapidez y atacó al hombre del fanal.

Los cuatro hombres tenían un plan preconcebido, y evidentemente estaba planeado que el hombre del fanal no se uniera a la lucha, limitándose a iluminar a los otros. Probablemente debieron de hablarlo largo y tendido mientras esperaban a Ramón Alonso. Y seguramente el hombre del fanal era el espadachín más inexperto. Nunca pensaron que Ramón Alonso pudiera atacarle.

Ramón Alonso pasó ante las espaldas de los tres, y éstos se volvieron poniéndose al momento en guardia, pues bien sabido es lo peligroso que resulta tener detrás tuyo un hombre armado, más si reina la oscuridad. Ese momento fue el aprovechado por Ramón Alonso para lanzarse contra el hombre del fanal. No hubo más que un ataque, un quite, y una nueva estocada.

—Esto por la madre de santa Ana —dijo el hombre del fanal, lanzando su último ataque.

Y la espada de Ramón Alonso entró en sus costillas.

La sombra mágica agitóse extrañamente cuando Ramón Alonso cogió el caído fanal. Al cogerlo con la mano con que sostenía la capa, sus ojos se veían protegidos del resplandor que cegaba los ojos de los tres hombres. Pero ya no eran sólo tres, sino veinte o treinta más que salían de las calles situadas a pocos pasos. Libróse de los tres con una espada siempre vigilante, y un agitar de capa y fanal ante sus caras, dando media vuelta y corriendo cuando aparecía la multitud.

Había conseguido cierta ventaja, pero la luz de un fanal es fácil de seguir en la oscuridad, así que pronto se le acercó el más rápido de sus perseguidores. Corrieron durante un tiempo, pero pronto se dio cuenta de que le alcanzaría, por lo que se detuvo y puso el fanal en el suelo. El otro llegó hasta su altura y pudo ver que no era ninguno de los tres con los que cruzó el acero. Ramón Alonso le arrojó la capa a la cabeza, cogió el fanal y volvió a correr. Ya tendría luego tiempo de luchar con él si volvía a alcanzarle, pensó. Pero la capa había cubierto completamente la cabeza del hombre y su espada habíase enredado en ella, y la muchedumbre le alcanzó antes de que pudiera volver a correr tras el fanal. Y Ramón Alonso corrió más rápido sin su capa, acelerando con ese placer que le sobreviene a Jos atletas en la juventud. La

multitud maldecía ahora al resplandor que veían agitarse delante suyo, confundiéndolo con luces de origen infernal, y olvidando o ignorando que no era más que el respetable fanal de un carnicero de su propio pueblo.

Maldijeron a Ramón Alonso, instándole a que se detuviera y llamándole por los nombres de demonios famosos, pero no les oyó más de lo que lo hicieron los demonios invocados. Y por mucho que le persiguieron con gritos de por la Fe, por san Miguel, san José o san Judas, no el Iscariote, por todos los santos o por la Ley, ninguno de ellos gritó «por una Sombra», pese a ser eso el origen de todo el alboroto. Ramón Alonso reflexionó con irritación sobre esto. Siempre hay dos puntos de vista, hasta para las cosas más banales.

Había ganado algo de terreno desde que abandonó la capa, pero otra vez parecía haber un corredor que se adelantaba a la muchedumbre. Oyó sus pasos por encima del ruido de sus gritos y el correr de sus pisadas. A su izquierda vio un pequeño sendero que pasaba entre unas cercas, y partía del camino. Había llegado el momento de utilizar el fanal para lo que habíalo cogido. Corrió por la vereda hasta encontrar una abertura en la cerca de su derecha, y colocó el fanal en la de la izquierda. A continuación se coló por la abertura de la derecha y corrió de vuelta hacia el camino que había abandonado.

El gentío llegó pronto hasta el fanal. No le oyeron correr de vuelta, reuniéndose alrededor del fanal, apartándolo y dispersándose en todas direcciones al ver que no estaba allí, y algunos de ellos volvieron al camino en persecución de Ramón Alonso. Pero habían desperdiciado demasiados momentos y ya no podían oírle correr. Había sido demasiado fácil seguir el fanal, y cuando éste dejó de guiarlos, no hicieron uso inmediato de su astucia y sentido del oído.

Ramón Alonso oyó durante un rato voces detrás suyo, pero acabaron fundiéndose con los lejanos sonidos de la noche. Siguió corriendo, pero ahora más tranquilamente.

Los grupos de gente volvieron por caminos y veredas, reuniéndose todos en el pueblo, y se habló hasta muy avanzada la noche de lo que se había hecho por la Fe. Y algunos se preguntaron de dónde habría venido, y muchos a dónde habría ido, y otros contaron la historia, pero vista de distinta manera, y sus historias fueron escuchadas por los viejos del lugar, que no habían participado pero que podían aventurar hipótesis con su sabiduría de viejos. Y cuando se compararon todas las historias, viose que había habido más magia de la que era posible creer de no haber acaecido lo que acaeció. Y un sabio anciano que no había hablado hasta entonces, sacudió la cabeza y habló cuando todos le miraron.

—Bueno, ya se ha marchado —dijo—. Que los santos sean loados.

—Sí, ya se ha marchado —asintieron todos.

Y se fueron a dormir.

## Ramón Alonso habla de técnica y confunde a su padre

Ramón Alonso corrió en la noche, bajando luego el ritmo hasta el de una caminata, y terminado con el de un paseo por un camino, cuyo color grisáceo extendiéndose ante él parecía la única luz que había en la Tierra. La blancura de la Vía Láctea parecía sugerirle otros caminos, y sus pensamientos vagaron por tan laberíntica idea hasta que se perdió en ella, y tuvo que volver amargamente a la Tierra. ¡La fámula tenía razón! Toda esta conmoción ridícula por una fruslería, y por una que no les importaba ni a ellos, pues ¿quién valora una sombra?, ¿quién la compara a la de los demás?, ¿quién la exhibe?, ¿quién hace alarde de ella? Una fruslería que sabían era una fruslería, la cosa menos útil de la Tierra, algo que nadie vendería en la tienda más barata, que nadie podría hacerlo si quisiera, y que nadie compraría; algo que ni siquiera tenía un valor sentimental, que ni se oye, ni pesa, ni sirve para nada. Mucho más que esto pensó Ramón Alonso, y creyó probado su detrimento de las sombras. Sin duda exageraba su poca validez. Pero la gente del pueblo se le había enfrentado espada en mano exagerando con sus actos el otro lado de la argumentación, y los extremismos se originan en extremismos. Y en ningún momento recordó en sus furiosos pensamientos la añoranza que sentía tan a menudo por ella desde el día en que la perdió, y que sin duda volvería a sentir otra vez. La lógica se mofaba de ambos lados del asunto, y las espadas estaban hechas para momentos semejantes. Ramón Alonso habíala usado bien, y la limpió con un puñado de hojas antes de devolverla a la vaina. No sabía lo tarde que era, pero desde luego era momento de dormir, así que se tumbó a un lado del camino. Pero notó frío sin la capa pese a ser noche veraniega, así que se levantó y siguió vagando. Encontró un riachuelo y bebió en él, percibiendo quizá por primera vez el efecto vivificante del agua.

No merecen mencionarse ni su solitaria caminata, ni los pensamientos que le proporcionó en soledad hasta que el débil color del amanecer empezó a animar su viaje, y la proximidad de un nuevo día hizo que sus pensamientos volvieran al futuro. Y recordar que llevaba el filtro solicitado por su hermana le alegró la mente.

Y en el suelo reapareció la falsa sombra, apenas visible de no bajar los ojos para mirarla, menos todavía que la sombra más débil que suele originarse de un pequeño e inesperado foco de luz, pero lo bastante para advertirle a Ramón Alonso que debería esconderse y escabullirse y moverse como los proscritos. Ya no estaba lejos el bosque que rodeaba su casa, y por encima de su oscura silueta pudo ver en la mañana un refulgente alero de la casa de su padre. Pero ahora no podía acercarse. Debía esperar a que las largas sombras que cubrían los caminos se encogieran hasta tener un tamaño

menor al de un hombre. Apresuróse en llegar más cerca antes de que el amanecer le descubriera su deficiencia a cualquier persona que pasara por allí. Así que dejó el camino y se encaminó al bosque.

El sol salió antes de que llegara a la sombra de los árboles, pero no vio hombre alguno en los alrededores, y sólo un perro de un cobertizo cercano vio al hombre de la corta sombra apresurarse por la hierba donde ninguna sombra era más pequeña que su dueño. El perro se acercó entre sombras más enormes que las rocas que las proyectaban, sospechoso más por la apariencia ultraterrena que le proporcionaba esa sombra a Ramón Alonso que por observar que no era del tamaño correcto. Pero esto es algo de lo que no podemos estar seguros, pues ni la sabiduría de los perros ni la de los hombres han conseguido hacerse entender los unos a los otros, y ello pese a los grandes avances hechos sobre el terreno; no hay más que recordar nombres como Arnold Wilkinton, sir Murray Jenkins, Rover, Fido, y Towser.

Al principio el perro siguió olfateándole, se acercó y olió largamente la pierna izquierda de Ramón Alonso, deteniéndose luego y sentándose con satisfacción. Profirió cuatro o cinco ladridos cortos para satisfacer su deber, pero le bastaba con el olor humano olfateado, y no mostró nada de la furia, sospecha o rabia de que hicieron gala los hombres de Aragona. Ramón Alonso sintióse enormemente emocionado por ello, pues supo que su cuerpo seguía siendo humano, pese a estar relacionado con la magia y no proyectar sombra natural. En eso se fiaba del perro. Entonces éste ladró tres o cuatro veces más, considerando que no había advertido lo bastante a este intruso que caminata tan temprano cerca de la casa de su amo. Pero ello no turbó la incipiente alegría de Ramón Alonso, pues consideró que el perro bien podría haber aullado. El joven siguió adelante y llegó a las sombras del bosque, mientras el perro se levantó y volvió al barril donde estaba cuando le atrajo la curiosa y espiritual silueta de Ramón Alonso recortándose contra el paisaje de esa hora, no pareciéndole satisfactoria al primer vistazo.

El joven apresuró su marcha mientras caminaba por el bosque hacia su casa, pero la prisa no le resultó de utilidad, pues cuando llegó cerca del jardín seguía siendo una hora próxima a la anterior, y no pudo acercarse con seguridad. Se tumbó en el musgo cerca de la balaustrada blanca, aguantando el hambre, violando las ventanas de su propia casa, escondiéndose hasta de sus padres y hermana, y esperando una hora en que las sombras humanas fueran un poco más pequeñas que los hombres. Y mientras esperaba vio como bajaba Mirandola al jardín, la vio caminar por veredas y arbustos que ambos conocían bien, y pasear por el césped donde habían jugado durante lo que parecía una eternidad. Deseó llamarla desde el bosque, pero no lo hizo, pues él sabía qué decir, y no quería que supiera el precio pagado por obtener el filtro necesario. Y no atrevióse a ir hasta ella, y se quedó donde estaba, y las sombras se acortaban lentamente.

Al bosque no llegaba la suficiente luz para juzgar la longitud de las demás sombras, así que intentó vigilar la de Mirandola, que seguía caminando por el jardín.

Pero cuando Mirandola llegó al extremo del jardín que estaba más cercano al linde del bosque, Ramón Alonso no pudo levantar la cabeza y mirar, sin quebrar algunas ramas que habrían hecho que ella le viera; y cuando Mirandola dio media vuelta en su paseo, fue incapaz de ver claramente su sombra pese a ponerse en pie. Así que dedicóse a contemplar una pequeña estatua de mármol que había en el jardín, y que representaba una ninfa como las que hechizaron el lugar en tiempos pasados; y vio cómo decrecía su sombra. Abandonó su escondite cuando se acercó la hora en que todas ellas serían similares a la suya, y podría salir sin que la gente notara la diferencia. Mirandola le vio al momento en el claro que separaba la balaustrada del oscuro bosque, y corrió hacia él por los caminos del jardín. Pero no todas las cosas tienen sus momentos de perfección, y su padre y su madre aparecieron dirigiéndose a esa parte del jardín justo cuando corrían a encontrarse.

—Tengo el filtro —dijo Ramón Alonso.

Y Mirandola cogió la redoma, escondiéndola sin decir una palabra. Y tan rápido pasó la mano de la suya al vestido que apenas vio como la tomaba. Y miró a su cara, donde quedan registrados todos los actos humanos, buscando un reconocimiento por su regalo, pero nada había para indicar que había recibido algo. Su hermana sonrió con toda su belleza, y volvióse hacia los padres.

—Ramón Alonso ha vuelto a casa —dijo.

Y hubo saludos, y preguntas que no hacía falta que Ramón Alonso respondiera, pues había tantas que hacer que no podía responder una sin interrumpir la siguiente. Y cuando empezaron a ser menos, y llegó el momento de responderlas, pudo elegir las que tenían contestaciones más sencillas. Y vio que Mirandola le ayudaba en ocasiones, cuando se le preguntaban cuestiones difíciles concernientes a la fabricación del oro. Ciertamente la mayoría de ellas eran bastante frívolas, pero no sabía si eran debidas a frivolidad o a sabiduría.

—¿Es difícil la magia? —preguntaba su madre.

—¿Has hecho ya mucho oro? —decía su padre.

—¿Sabes sacar un conejo de un sombrero? —interrumpía Mirandola.

Pero hay demasiadas preguntas como para registrarlas todas, y la mayoría no eran más que una forma de dar la bienvenida, y no buscaban respuesta alguna.

No obstante, el Señor de la Torre y el Bosque Rocosó intentó apartar a su hijo del pequeño grupo, y así poder hablar de negocios con él. Y acabó consiguiéndolo, pero no fácilmente, pues Mirandola le entretenía. Y aun entonces, Mirandola intentó escuchar lo que decían, y su padre tuvo que llamarle la atención.

—Estamos hablando de negocios, Mirandola —dijo.

Y ahora que no estaba su hermana, Ramón Alonso encontró difícil el poder replicar acertadamente a las preguntas específicas relativas a la fabricación del oro. Se fiaba tanto de las percepciones de Mirandola que en verdad creyó le aprovecharía más el filtro amoroso que el oro solicitado por su padre, pero no podía revelar ese secreto, así que encontró dificultoso dar cuenta, con convencimiento real, de un oro

que no había llegado a existir.

Se escudó expertamente tras la técnica de la magia, sin esconder a su padre secreto alguno sobre la transmutación, más bien al contrario, proporcionando demasiado, y percibiendo que esos tecnicismos le confundirían como lo hacen los caminos de un laberinto que parecen ir en buena dirección, pero acaban llevando a perderse cada vez más. La conversación continuó durante un rato, y Ramón Alonso consiguió evadir la cuestión de la ausencia del oro, y proteger el secreto de su hermana, todo ello teniendo en cuenta que no poseía capacidad ni para redactar un prospecto. Así hablaron mientras se encaminaban a la casa, y entraban en la pequeña sala de banquetes. Y mientras su hijo saciaba su hambre, el Señor de la Torre le habló sobre Gonzálvez.

—Temo que sea hombre ambicioso —explicó—. Y uno con el que negociar largamente la cuestión de la dote de Mirandola, cosa por la que resulta urgente el oro.

Ramón Alonso no dijo nada, pensando en el hombre vulgar y grueso que vio una vez, y del que tanto había oído hablar.

—Y si le rehusamos, ¿a quién encontraríamos para Mirandola por estos lares? ¿Llegará alguien desde el bosque? No. Ni tampoco podemos acercarnos hasta Madrid. La peor petición de Gonzálvez nos costaría mucho menos que eso.

Y dejó caer intencionadamente la mano sobre el vacío cofre de plata, que se guardaba en la habitación donde colgaba los colmillos de jabalí, y a la que habían ido tras comer.

—¿No puede posponerse un poco? —preguntó Ramón Alonso.

—No, no —dijo su padre, sonriendo y negando con la cabeza—. Es demasiado fácil posponer las cosas cuando se es joven. Así es como se pierden las grandes oportunidades. Hasta la juventud se acaba mientras se espera. Ay, sí, así es.

Nada más dijo Ramón Alonso, y su padre se sumió con tranquila alegría en una silenciosa contemplación del futuro; y con ello el día se hizo más cálido, y volvióse somnoliento, y apenas notaba la presencia del hijo, que decidió volver al jardín mientras el estado de las sombras le permitiese pasear sin llamar la atención.

Habló un poco con su madre, deseando quedarse a solas con Mirandola; y, mientras, las sombras cambiaban de tamaño. Por fin su madre volvió hacia el frescor de la casa y el joven se despidió apresuradamente, hablando de la urgencia de su trabajo y prometiendo volver pronto, y dejándola antes de tener que explicar el porqué de su visita; y ella le avisó que no depositara mucha confianza en la magia, más allá de lo necesario para complacer a su padre. Acudió entonces a otra parte del jardín, donde le esperaba Mirandola. Y las sombras se hacían más y más cortas.

Para poder ganar la protección de los robles, cuyas poderosas sombras había empezado a envidiar, hízola caminar hasta el bosque mientras charlaban. Y cuando llegaron allí, así le dijo a su hermana:

—Nuestro padre ha arreglado que te cases con el Señor Gonzálvez.

—Así ha hecho.

—¿Acaso no es algo grueso y vulgar el Señor González? Y de no serlo y resultar agradable a primera vista, ¿acaso no se tornará aburrido con los años, y pese a ser posible que nunca sea insoportable, no perdería cada vez más encanto y elegancia?

Pero Mirandola rompió a reír, y su cálida risa continuó hasta que se dijeron adiós, y Ramón Alonso se internó en el bosque.

## El trabajo del padre José

Mirandola volvió cavilando al calor del jardín, dejando atrás el lindero del bosque. Siempre supo lo que hacía su hermano, e igualmente todo lo que pensaba. Pero ahora no sabía cuáles eran sus pensamientos, y sobre ello iba cavilando. Consideró todas las cosas que creyó afectaban a su hermano, y el amor el primero de todos; y por un rato creyó que sería éste, pensando luego que había algo más. Pero no había hablado con él lo suficiente como para adivinar que su prisa en volver al bosque, con un paquete de carne en la bolsa, era por haber perdido lo que tienen todas las cosas materiales cuando se enfrentan al sol, y que no quería mostrar su miserable recorte de penumbra de sólo metro y medio, mientras las demás sombras se hacían más cortas. Mirandola había oído historias sobre hombres que vendieron sus sombras, y sabía que su hermano tenía tratos diarios con la magia, pero no adivinó el pago que recibió el Maestro. Ya le había dicho que no se necesitaba el oro. ¿A qué venía entonces tanta prisa? Volvió al jardín mientras meditaba en todo esto.

¿Quién podría ayudarla? Sólo una persona. Sólo había una entre todas las conocidas por Mirandola capaz de resolver enigmas semejantes, y ésta era el buen padre José. Y en cuanto pensó en él, vio su sonriente forma atravesar el jardín. Iba por un sendero que lo atravesaba y que solía tomar cada vez que visitaba al Señor de la Torre. Ahora venía para ayudar en el evento del que hablaba todo el vecindario: la visita del Duque del Valle Sombrío, el glorioso y noble hidalgo.

Y Mirandola le saludó, atrayéndole hacia una parte del jardín, esperando que le diera la clave del comportamiento de Ramón Alonso, y retrasando la labor que venía a efectuar, relacionada con los preparativos que ocupaban desde hace tiempo al Señor de la Torre, sólo interrumpidos por la visita de Ramón Alonso. Mirandola no dudaba que podría despejar la incógnita, y esperaba que quisiera decírsela, pues eran buenos amigos, uno casi diría que camaradas en las cosas del espíritu. Las confesiones de Mirandola eran las más completas de los que habitaban en la Torre, quizá las más completas que había escuchado el buen padre, y siempre era una alegría para él. Numerosas veces recibía en esas confesiones un conocimiento sobre los acontecimientos que acaecían a la comunidad que no le habría llegado de ninguna otra forma, llegando más de una vez a confiar en ellos; por lo que sentía hacia Mirandola una cierta camaradería en esa guerra diaria que enfrentaba a los justos contra el pecado.

—Mi hermano ha venido este día —dijo ella mientras caminaban.

—¿Ah, sí?

—Pero se quedó por poco tiempo y marchóse en seguida.



—Oh, qué pena.

—Charló con todos nosotros, comió un poco y partió en seguida.

—Confío que comiera bien —repuso el buen hombre.

—Muy bien —respondió Mirandola.

—¿Muy bien?

—Sí. Consumió una gran comida.

—¿Más de lo que acostumbraba?

—Sí.

—Ah, entonces debe viajar de prisa.

—Eso imagino.

—¿Y con qué propósito vino?

Mirandola le miró gentilmente antes de responder.

—Vino para vernos —dijo.

Pero antes de que hablara, el padre José vio en sus ojos y en esa sonrisa que no conseguiría respuesta a la pregunta.

—Está muy bien. Me parece encomiable.

—Pero no quiso quedarse.

—Ah. Sí, debió quedarse más tiempo.

—Marchóse muy rápido por el bosque.

—¿Y por qué camino vino?

—Por el bosque.

—Ah, escondiéndose.

El padre José no sólo estaba siempre dispuesto para ayudar a todo aquel que se lo solicitara, sino que también sabía corresponder a los favores, por lo que utilizó alegremente su ingenio en ayudar a Mirandola. Así razonaba consigo mismo: un hombre se esconde o de enemigos o de todo. Hay veces en que un hombre se esconde de la ley, pero la ley no suele aparecer por estas tierras, y nunca en verano, pues los guardias se duermen con el calor. Entonces o de enemigos o de todo. Ahora bien, por las numerosas confesiones recibidas de hombres con enemigos, sabía que ninguno suele marcharse por donde viene, tal y como había hecho Ramón Alonso. ¿Escondíase entonces de todo menos de su familia? Esto podría ser achacable a algún cambio que quisiera esconder, o incluso a sus ropas, pues había conocido a jóvenes tan sensibles a lo que vestían como a la misma forma otorgada por Dios, o —incluso— a la salvación de sus almas. ¿Qué cambio podría ser? No podía haber escapado a los ojos de Mirandola.

—Confío en que estuviera bien —dijo.

—Oh, sí.

—¿Tenía el mismo aspecto de siempre?

—Sí, desde luego.

—El mismo de siempre. Sí, claro. ¿Y vestía igual?

—Sí, a excepción de la capa.

—Ah. Su capa era diferente.

—No la llevaba.

—No —dijo el padre, y reflexionó sobre ello.

Y sus pensamientos eran cada vez más penetrantes y extraños, llegando a tocar los caminos de la magia, de la cual sabía mucho en su calidad de enemigo.

—Hija mía... —dijo, y cogió su mano dándole unos golpecitos afectuosos, como si sus palabras fueran a alarmarla—. ¿Tenía una sombra?

Ella se sobresaltó un poco.

—Sí, tenía una sombra.

Esto era todo lo lejos que podía ir en sus especulaciones. Mucho especuló pero alejándose bastante de la verdad, por lo que decidió que necesitaba más hechos, observar pequeños detalles, y escuchar frases interrumpidas, hasta saber bien cómo reaccionar. Decidió esperar su momento.

—Eso será todo por ahora —dijo para calmarla, pues la vio temer otra pregunta indagando en cosas tan terribles—. Averiguaremos por qué se marchó.

Y dirigieron hacia la casa para participar en los preparativos.

El padre José descubrió que había desaparecido todo reposo del lugar. Había sillas cambiadas de sitio, sillas que antes estaban en tranquilos rincones y que su cuerpo agradecía cuando estaba algo cansado por sus labores espirituales; y los rincones que habían parecido tan reposados brillaban ahora con fiero resplandor por haber desaparecido todas sus telarañas, y mirábanle con extraña vacuidad al haber sido llevadas sus sillas a la sala de banquetes. Los colmillos de jabalí que parecían pertenecer al pasado ya no reposaban plácidamente en los muros, sino que brillaban y refulgían incómodamente, pues habían sido limpiados y pulidos como si hubieran sido conseguidos en el día, perdiendo así esa pátina llena de sensaciones y recuerdos que parecían susurrarle débilmente al padre José cada vez que los veía allí. Y los echó de menos, lamentando su pérdida, pese a que siempre le hablaron de cosas tristes y pasadas teñidas de pena. Pero ese día habían llegado nuevas diciendo que sería mañana cuando Gonzálvez llevaría al Duque del Valle Sombrío, acompañado por cuatro jefes arqueros del Duque y los dos soldados que tenía él. Así que el padre José pronto se vio moviendo sillas con los demás, y pese a ser su cuerpo algo lento de movimientos, su enorme peso movía las sillas como los torrentes de nieve desplazan las peñas pequeñas. Y a la mitad de la tarde, nada parecía quedar de esa misteriosa armonía que constituye la esencia de toda casa, y de haberla visto los lares de los días romanos no habrían podido reconocer la casa que guardaban. Pero antes de que se pusiera el sol, un nuevo cambio aconteció en la confusión, uno que el Señor de la Torre desesperaba de llegar a ver, el de que por fin se creara una nueva ordenación de la casa. Y Pedro, que había acudido desde el jardín para ayudar, lo atribuyó a todos los santos, y en especial a uno que había sido pescador y del que recibió el nombre. Pero no era así, y todo se debió al trabajo de los humanos. Y el padre José se sentó en una de las sillas, y descansó.

Y el Señor de la Torre y su dama empezaron a discutir sobre la recepción del Duque, de dónde deberían recibirle, quién iría con ellos, y los otros cien detalles que requería la ocasión. Y recibieron una ayuda inesperada procedente del hombre grande sentado en la silla, pues la mente del padre José era brillante y ágil, y hacer planes nunca cansaba su cuerpo tanto como el transportar sillas. Les sugirió que las dos doncellas que hacían la limpieza y la chica que se encargaba del servicio, fueran junto con Mirandola y arrojaran flores al camino. Y planeó, o planearon ellos con su apoyo, que Pedro y tres hombres de los establos tomaran una alabarda cada uno y se mantuvieran a los lados de la puerta como si fueran soldados. Y fue el padre José quien pensó que otro hombre cabalgara por el camino para ver llegar al Duque, para dar marcha atrás y avisar a todo el mundo, y que todo estuviera dispuesto. Y le adjudicaron una habitación al Duque, y la Dama de la Torre hizo lo mismo para cada uno de sus cuatro arqueros. Y en Gonzálvez no pensaron hasta el final, descubriéndose que no había habitación para él. Pero acabaron discurriendo en un oscuro cuartucho que había encima de los establos, donde se guardaban las sacas de trigo, y que era más grande que cualquier otra habitación y casi igual de caldeada. Así que dispusieron ésta para Gonzálvez y sus dos soldados.

## Los tres terrenos hermosos

El día amaneció espléndido, y tanto los campos como el aire brillaron toda la mañana por la luz del sol que se extendía por el mundo, deteniéndose sólo en el bosque. Mirandola fue llamada por su madre a la habitación donde la humedad y los tapices mantenían antiguos antagonismos, y ésta le habló de Gonzálvez. Habló un poco de sus méritos, haciendo abundantes pausas pues quería responder a las objeciones de su hija, pero Mirandola no hizo objeción alguna. La Dama de la Torre estaba mejor preparada para responder esas supuestas objeciones que para hablar de los méritos atribuibles a Gonzálvez, por lo que al no haber objeciones que refutar, sus pausas hiciéronse cada vez más y más largas, y acabó por no decirle nada a su hija, limitándose a seguir sentada, y mirarla. Y era una visión por la que muchos habrían viajado alegremente durante kilómetros. Pero al no ver ni dudas ni titubeos reflejados en el rostro de su hija, la Dama de la Torre estaba intrigada, pues tras él había la sombra de una sonrisa que no podía interpretar.

Mirandola salió luego de la habitación de su madre para volver a la suya, mirando por las ventanas mientras iba hacia allá. Cogió la redoma que le diera su hermano de donde la había ocultado esa noche, volviendo a esconderla entre sus ropas. Y al dejar su habitación vio por un soleado ventanal cómo corría hacia la casa el jinete que todos esperaban.

Pronto hubo revoloteo de pies en la Torre. Los cuatro hombres con las alabardas corrieron a la puerta, y llegó el padre José y bendijo su reunión, mostrándoles dónde estar y cómo sujetar las alabardas; y todo el rato había un brillo en sus ojos indicando que el bendecir no era su único trabajo. Y las tres doncellas corrieron con sus canastas llenas de flores silvestres recogidas por ellas en el rocío, y Mirandola llegó con ellas llevando una canasta con pétalos de rosa. Y cuando las doncellas atravesaron la puerta, el padre José bendijo las canastas. Y se alejaron cubriendo el camino con flores.

El padre José volvió a ver en el rostro de Mirandola un aire de maravilla y temor y alegría, como si le hubiera acontecido algo nuevo y extraño. ¿Y qué podía ser sino el amor? Pero caviló que era otra cosa, aunque no supo qué. Y era que llevaba consigo la redoma que le entregó su hermano, la primera cosa mágica que poseía.

El padre José meditó y falló en hallar una respuesta. Y por los campos empezaron a llegar gente de cabañas vecinas, reuniéndose a los lados de la puerta; y empezaron a hablar de Gonzálvez. Era gente normal como cualquier otra gente, pero era como si sólo fuera medio vecindario, pues no había nadie que viviera en el bosque. Quizá porque el cotilleo sólo se preocupa de qué vecinos se tienen, o quizá porque hasta el

cotilleo acaba teniendo un límite, desapareciendo de una manera u otra. Hablaron de González, que había sido honrado de tan extraña manera, opinando algunos que el único motivo de la visita del Duque era porque su castillo pillaba de camino; mientras que otros dijeron que no, arguyendo que González debió de tener alguna excelsa cualidad de joven, alguna excelencia de mente o brazo, que hizo que el Duque le recordara ahora. ¿Cómo si no podría tolerar al vulgar González este exquisito hidalgo, modelo de todos los practicantes de la caza, ya fuese de lobo, ciervo, o jabalí, cuya mente hacía causa común con las canciones más alegres y hermosas de la España conocida, y cuya figura, al ir montada en uno de sus insuperables caballos, era la de un joven centauro? Y así discurría el cotilleo yendo y viniendo de boca en boca.

De pronto se vieron dos jinetes sobre una joroba del terreno que aparecía blanca y recortada contra el cielo azul. El padre José llamó en seguida a los improvisados soldados con voz muy distinta a la utilizada para bendecir. Éstos se enderezaron al oírla, tornándose más parecidos a los guardias que pretendían ser. El Señor de la Torre y su dama salieron fuera, parándose ante la puerta. Las chicas arrojaron flores. Y entonces viose la capa de terciopelo y el sombrero del Duque, y la gran pluma, y el delgado rostro, y su soberbio caballo castaño brillando al sol; y la gorda figura y los groseros bigotes de González. Los dos fueron reconocidos por todos antes de que pudiera verse alguno de los jefes de arqueros. Pero había dos de ellos que estaban más cercanos a la Torre de lo que podían imaginar. Habíanse deslizado silenciosamente de arbusto en arbusto, procurando no destacarse contra el horizonte; dos de ellos adelantándose en mucho al Duque, y los otros detrás de él, y muy cerca. Tal era la manera en que se movían los arqueros. Y un poco más atrás de los jinetes erraban los dos soldados de González. Al principio marcharon al frente, pero los caballos del Duque y de González iban más al paso que caminando, y los dos soldados, con uniforme de verde felpa y corazas, acabaron quedando atrás, con el sol calentando sus yelmos de hierro. Un arquero se dejó ver acercándose al grupo de curiosos que esperaba junto a la puerta de la Torre, y un escalofrío de maravilla recorrió al gentío, pues vieron a dos de esos arqueros verdes que tan raramente se veían, y famosos eran por fábulas e historias. Y los dos se detuvieron a cada lado del camino, y el Duque, que iba con González al lado, pasó entre ellos, acercándose a donde las doncellas extendían flores. En cuanto González vio a Mirandola, bajó la cabeza y le sonrió con una enorme mueca. Mirandola devolvióle la mirada, y quizá sonriera, pero no siempre resulta fácil seguir cada expresión de su rostro. Y siguió derramando los pétalos de rosa con gesto sereno. Y el Duque se quitó el sombrero de oscuro terciopelo azul, y su gran pluma, de un azul más claro, curvóse en el aire del verano; y los azules ojos del Duque se encontraron con un brillo de los oscuros de Mirandola.

Así pasaron González y el Duque ante Mirandola, cabalgando sobre flores y pétalos de rosa, y sin pronunciar palabra alguna. Ella había visto los ojos del Duque y

los dientes de Gonzálvez, y ambos hombres vieron su belleza; y así transcurrió ese momento. De la multitud llegó un grito de júbilo, un grito de rabia del padre José ante algún error de los improvisados guardias, y el Señor de la Torre y su dama recibieron al Duque cuando éste desmontó sobre las flores. Los vecinos se acercaron y ensalzaron la gran capa azul del Duque, las joyas en la empuñadura de su espada, la facilidad con que montaba sobre tan espléndido caballo afectando una indolencia redimida por su gracia, su porte al andar, su rostro, su juventud. Así es, ensalzaban su juventud pese a que ningún hombre merece crédito por esto; pero era tan especial en él, tenía una gracia tan placentera, que ensalzaron con sus corazones inconscientes todo lo que la formaba. Entonces los hombres de Gonzálvez llevaron aparte los caballos, y anfitrión y anfitriona y huéspedes y Mirandola entraron en la Torre.

El Señor de la Torre caminaba con el Duque intercambiando cortesías, mientras su dama le seguía en compañía de Gonzálvez, y Mirandola detrás. Y así llegaron al recibidor y se encaminaron a la sala del banquete, y el anfitrión buscó una oportunidad todo el camino, no encontrándola hasta llegar donde estaba dispuesta la comida, ni hasta que las doncellas que esparcieron flores trajeron un cuenco de plata para que el Duque se lavara las manos en agua aromatizada. Acercóse entonces hasta Gonzálvez, pasando primero ante Mirandola.

—Aquí puedes verle presente —le dijo en voz baja a su hija.

—Sí, aquí presente —dijo la Dama de la Torre oyendo, o mejor adivinando lo que su señor le había dicho a Mirandola.

Los dos creyeron que sonrió obedientemente.

—Tengo un hermoso colmillo que mostraros antes del banquete —le dijo a Gonzálvez—. Pertenece a un jabalí de la última temporada.

Gonzálvez comprendió bien; pues esas palabras escondían un trato, hecho sin sellos ni pergaminos, e inscrito en la comprensión de los dos hombres: que si traía al Duque a visitar al Señor de la Torre, Gonzálvez obtendría la mano de Mirandola. Y había llegado el momento de ratificarlo. Gonzálvez se fue contento con su anfitrión.

El traer al Duque no era parte del trato de Gonzalo, pues había llegado a una edad en que los eventos y ocasiones especiales no hacen más que turbar la placidez de los años; habíale sido impuesto por un antojo de Mirandola. Llegaron a la habitación que más solía usar el anfitrión, y donde efectivamente había colmillos de jabalí que mostrar, pero los dos hombres se olvidaron de ellos.

—Últimamente he empezado a pensar en algo concerniente al futuro de mi hija —dijo el Señor de la Torre.

—¿De verdad?

—En cierto modo.

No pasaron más instantes que los necesarios para que reaccione una mente lenta y Gonzálvez habló del siguiente modo:

—Aprovecharé esta oportunidad para expresar el deseo de desposar cuanto antes a vuestra hija, en caso de que concedáis vuestra aprobación. Confío en que mi castillo

no resulte impropio para alguien de vuestra honrada casa.

El Señor de la Torre expresó alegremente su aprobación, utilizando frases en nada inadecuadas al momento. Pronunció muchas frases amables, corteses, y floridas, y hasta llegó a inventar algunas nuevas, pese a que las artes del buen hablar habíalas dejado atrás hacía varios años; pero temía las siguientes palabras de Gonzálvez y parecía querer retardarlas, esperando, quizá, que así no serían nunca pronunciadas.

—Sin duda le tendréis destinada una dote acorde con vuestro ilustre nombre —dijo Gonzálvez.

—Efectivamente pensaba darle una dote. Y para ese propósito tengo este cofre —y Gonzalo dejó caer la mano sobre el cofre de plata y roble.

Gonzálvez levantó el cofre con una mano enorme con la que podría haberlo abarcado, y lo bajó dejándolo en su sitio. El Señor de la Torre esperó a que hablara, pero Gonzálvez no dijo nada. Al dueño del cofre parecióle que habría sido mejor que la despreciara antes que sopesarla en silencio. Como Gonzálvez seguía callado, su anfitrión siguió hablando.

—No es como si no tuviera el cofre. Está aquí. Lo he dejado aparte. Pero últimamente no he considerado oportuno llenarlo, o siquiera llegar a poner algo en él.

Gonzálvez siguió sin decir nada.

—El cofre está aquí —dijo Gonzalo, y Gonzálvez asintió—. Y tengo intención de llenarlo más tarde. Y si no estuviera listo para el día de la boda, lo mandaría tras Mirandola cuando sí lo estuviera.

Gonzálvez asentía lentamente con la cabeza. Parecíale al Señor de la Torre que los rastrojos castaños que tenía Gonzálvez por bigote casi brillaban al mover la cabeza, como si fueran la piel de un caballo cuando está en buena condición.

—¿Acaso sería demasiado tarde? —dijo Gonzalo.

—Algo —replicó Gonzálvez.

Gonzalo suspiró. Entonces debían ser los tres terrenos hermosos, los pastos que se extendían a la sombra del bosque, allá donde se pone el sol. Quizá con dos..., pero no. Gonzálvez pediría los tres. ¿Y cómo encontraría un marido para Mirandola si rechazaba las demandas de Gonzálvez? Hubo un tiempo en que sí podría haberlo hecho, pues antaño conocía bien el mundo. Pero el mundo había cambiado desde entonces.

—Mi hijo, Ramón Alonso, está estudiando para poder ganarse la vida, y tenemos grandes esperanzas puestas en él.

No recibió de Gonzálvez ningún gesto de ayuda. Sólo una mirada de interés que le compelió a seguir hablando.

—Y en caso de que haya dilación para tener dispuesta la dote, me gustaría ofreceros mis terrenos, mis dos terrenos que os entregaré hasta que se envíe el dinero.

—¿Dos terrenos?

—No, no. Que son tres —corrigió.

—Ah —dijo Gonzálvez.

—Queda acordado entonces —repuso Gonzalo.

—¿Y cuánto dinero habéis estimado conveniente entregarme ese día?

—Trescientas coronas de la Edad de Oro.

Gonzálvez sonrió meneando la cabeza como si meditara.

—Quinientas —dijo el Señor de la Torre.

—Mi respeto por vuestra ilustre casa, y la amistad que me honro en tener hacia vuestra persona me hacen guardar silencio, señor.

—¿Quinientas? —repitió el anfitrión con temor en la voz, pues era una gran suma.

Gonzálvez agitó su mano en la vacuidad del aire.

—No se hable más, señor. Nuestros corazones están de acuerdo. Es un gran honor para mí, y algo que me aturde.

El Señor de la Torre suspiró. Por muchas cosas que pensara, siempre había supuesto que no conseguiría nada mejor que esto, pero negábase a creerlo esperando algo diferente. Ahora el pacto estaba sellado, y ya no tenía los tres terrenos. Nunca le habían parecido más hermosos que ahora.

—Venid. Debemos volver con Mirandola.

Así que volvieron, y Gonzálvez caminó todo airoso, pese a no tener planeado caminar de aquesta manera, y es que un espíritu de avaricia, o de amor, o de triunfo, le animaba elevando su caminar. Cuando volvían al banquete, sus bigotes parecieron brillar una vez más.

«Mis tres hermosos terrenos», pensaba el Señor de la Torre.

Y allí estaba Mirandola, sentada al lado de su madre, con una mano en su ceñidor como si estuviera armada. Y había una mirada en su rostro que el padre José no supo interpretar, pues había acudido a la sala y estaba vigilándola. Era como si fuera a participar en un torneo, y luciera su altanería ante un enemigo fuertemente armado.

Su madre y el Duque ya estaban sentados. Las doncellas escanciaban vino de una copa situada en mesa aparte. El anfitrión y Gonzálvez se sentaron y lo mismo hizo el padre José. Entonces acudieron los cuatro jefes arqueros y se sentaron al final de la mesa. El padre José dio las gracias. Y Mirandola seguía teniendo la misma mirada.

Y Mirandola levantóse y fue con las doncellas que estaban en la mesa aparte, y cogió uno de los cálices donde se escanciaba el vino y se lo llevó a Gonzálvez. Su padre y su madre sonrieron ánte tal error, pues debía habérselo llevado primero al Duque, y sus sonrisas se hicieron más amplias por la mutua comprensión cuando marido y mujer cruzaron las miradas. De estar en pie, Gonzálvez se habría contoneado igual que un pavo real extendiendo sus plumas, y era todo muecas y sonrisas. Iba a hablar, pero Mirandola le dejó para coger otro cáliz. En lo que al padre José concernía, resultaba innecesario que Gonzálvez hablara, pues el sacerdote conocía todas las palabras que pasaban por su cabeza, pero seguía sin adivinar lo del comportamiento de Mirandola.

Y ésta volvió con otro cáliz y se lo ofreció al Duque, y regresó a su sitio junto a



su madre.

—Siéntate al lado del Señor Gonzálvez, niña —le dijo su madre.

Pero Mirandola siguió allí, sin moverse.

Gonzálvez estaba todo orgulloso porque Mirandola sirvióle el vino primero a él, pero no osaba beberlo antes que su augusto amigo. Lo bebieron ambos a la vez, con Mirandola al lado de su madre, entre ella y el Duque. Ella le miró un momento con esos ojos que nunca eran menos que penetrantes, y ocultó el rostro tras una mirada de los azules ojos del Duque, respondiendo tardíamente a su madre, como si despertara de un sueño.

—Sí, madre —dijo, y fue a sentarse junto a Gonzálvez.

Y las doncellas le llevaron vino al padre José y a los cuatro jefes arqueros. Y las viandas se dispusieron ante todo el mundo, y el murmullo de charla aumentó, y los corazones de los hombres se animaron hablando de antiguas cacerías y de los jabalíes derribados. Pero el Duque del Valle Sombrío estaba silencioso y tenía una extraña mirada en los ojos.

## El filtro amoroso

La mirada en el rostro del Duque del Valle Sombrío se hacía cada vez más extraña. Los contornos de su cara parecían desvanecerse, su mirada dejó de explorar la mesa, clavándose fijamente en su plato, y respiraba con fuerza. La Dama de la Torre pensó que sus mejillas palidecían bajo el atezado rostro, pero no estuvo segura hasta que una palidez se apoderó repentinamente de toda su cara, incluyendo los labios. Y el Duque se puso muy enfermo.

¿Veneno?, se preguntó el padre José. No por parte del Señor de la Torre, ni por su dama, ni por Mirandola. Miró a los demás comensales. No. ¿Qué entonces?

El padre José tenía razón hasta aquí, pero nadie habló ni dijo palabra y necesitaba saber más para poder averiguar la verdad. Entonces el Duque volvió a sentirse mal. Los arqueros levantáronse indecisos.

Pero se siguió sin hablar, a menos que los ansiosos murmullos de la Dama de la Torre puedan considerarse como habla.

Mirandola estaba silenciosa como la pequeña esfinge de una antigua dinastía abandonada en una tumba de roca bajo la arena. Gonzálvez pensaba que pasara lo que pasase al Duque, ya había satisfecho su parte del trato.

Y en ese silencio, el Duque volvió a sentirse mal.

Entonces volvió a oírse hablar. Una tempestad de palabras punzantes, furiosas y acaloradas, como cuando África hace que llueva arena en la plateada oscuridad. Era el Duque quien hablaba. Su lengua cortés, conocida en toda España, profería palabras como restalla el látigo desde el mango hasta la punta.

El Señor de la Torre parecía encogerse y arrugarse bajo esas palabras. Los ojos del padre José miraron hacia abajo ensimismándose en su humildad. No osaré repetir esas palabras.

El Duque no dijo nada contra su anfitriona, pero las palabras que le dirigió a Gonzálvez por haberle llevado hasta allí eran tan fuertes que la mujer se estremeció.

Y los arqueros estaban preparados, esperando cualquier orden de su señor. No acusó a nadie de envenenamiento, pues de haberlo hecho las manos de sus hombres se habrían posado al instante en los hombros de la persona acusada; pero declaró sentirse insultado con carne muerta desde hace tiempo, o con vino de tan mortal bajeza que cuando lo destilaron gitanos de innobles cepas ni se permitieron beberlo ellos, ni que los niños se acercaran a él. Y era este insulto el que al noble hidalgo dolía más que el dolor de los retortijones. Y éstos eran severos. Su furia aumentó como si se originara en alguna magia en vez de deberse a causas terrenales. Y su ira habría aumentado más, pero cuando le asaltaron otros retortijones salió temblando de

la sala. Todo el mundo se acercó a él ofreciendo ayuda y condolencias. No aceptó ninguna de ellas, pidiendo sólo que le condujeran hasta su cuarto para poder reposar un poco, antes de alejarse de casa tan maldita. Y el Señor de la Torre se ofreció a mostrársela, inclinándose casi hasta las rodillas, contrito ante la negligencia mostrada en sus deberes de anfitrión, y el insulto proferido en su casa contra tan noble hidalgo. Pero el Duque del Valle Sombrío no quiso nada de él, pidiéndole a sus arqueros que encontrasen el camino hasta su dormitorio. Así se fueron hacia allá, dos de ellos delante, con el Duque siguiéndoles lentamente mientras se apoyaba en el hombro de otro, y el cuarto marchaba detrás con gesto amenazador, guardando a su señor contra todo posible ultraje que estuviera preparándose en esta sospechosa casa. El cuarto arquero era seguido a prudente distancia por la casa en pleno, que intentaba explicarle a los arqueros cuál era el camino al dormitorio del Duque, pero ninguno de los jefes hizo caso a sus palabras. No obstante, por mucho que desdeñaran los gritos de las doncellas y las jaculatorias del propio Gonzalo, algo debieron escuchar pues pronto llegaron a una habitación mayor que las demás, y claramente preparada para recibir a un huésped; y allí condujeron al Duque, que en seguida les despidió para poder quedarse a solas con su enfermedad y su ira.

Y la enfermedad del Duque cesó por la tarde, o al menos eso oyeron los que guardaban la puerta. Pero la ira siguió con él y nadie, ni siquiera sus propios arqueros, pudo llevarle de comer.

Y la tarde pasó, y el Duque estaba débil tras los vómitos, pero ninguno de los arqueros osó entrar para llevarle alimentos, pues rugía de rabia cada vez que alguien tocaba la puerta, y toda mención de comida acrecentaba su ira. Y el mismo Señor de la Torre llevóle de yantar al anochecer, pero cuando llegó hasta la puerta del Duque, éste juró no comer alimento alguno en esta casa, ni beber siquiera agua. Y el hombre se alejó desconsoladamente.

Gonzálvez hizo pocos progresos con tanta ansiedad rondando la casa. Habló con Mirandola, pero ésta siguió con su extraño silencio, habiendo hablado rara vez desde que el Duque bebió el vino que había en el cáliz que le sirvió. También habló con su madre durante un rato, pero dijera lo que dijese, todos los oídos estaban atentos a los sonidos que presagiaran o indicaran algún cambio en la salud o la ira del Duque. Y se hizo tarde, y nadie osaba volver con comida a la habitación del Duque. Así que todo el mundo se dirigió hacia sus propias habitaciones, pasando ante los arqueros que guardaban la puerta con severidad. Pero ni siquiera la medianoche consiguió llevar calma alguna a esta casa, pues toda ella parecía recogerse en la enormidad del insulto proferido a persona tan magnífica, el Duque del Valle Sombrío.

Al día siguiente una nueva ansiedad turbó la casa, pues el Duque seguía rehusando alimento, y yacía débil en la cama, y su ira era más fuerte que nunca, y ni siquiera sus arqueros osaban llevarle de comer o beber. ¿Y es que acaso no moriría el Duque si su debilidad impedía marchar y su furia no le permitía comer o beber en esta casa? El Señor de la Torre le dijo a su dama que lo intentaría una vez más, y fue

con una sabrosa comida y un jarro de vino. Pero retornó tan rápido y tan abochornado, que aumentaron las ansiedades de todo el que le vio. No contó nada de lo que habíale acontecido, limitándose a decirle a su dama, a alguna que otra persona y a sí mismo, que el Duque no quería decir lo que decía. Notando su turbación, el padre José cogió la sabrosa comida y el jarro, llevándolos hasta la habitación, y los que espiaban con ansiedad por las esquinas pudieron escuchar sus suaves frases en la puerta del Duque, sin que por ello nadie dejara de escuchar el rugido de las respuestas del Duque. Y el padre José suspiró y volvió ante el Señor de la Torre.

—¿Cómo os fue? —le preguntó éste, deseoso de ocultar lo que le había gritado el Duque.

—El poder de la Iglesia es cada vez menor. Ya no es lo que era.

—Ya veo —dijo Gonzalo, y miró al padre José con conmiseración.

—Es por todo el pecado que hay últimamente en el mundo.

Y la conmiseración cambió de bando, pues los dos supieron de repente que el padre José conocía todos sus pecados.

La Dama de la Torre cogió el jarro, creyendo que quizá el Duque bebiera si no se mencionaba la comida.

—No lo tocará. No lo tocará —dijo su señor cuando ella se marchó.

Pero no hizo nada, por impedirlo.

El padre José llevó a Mirandola a un aparte.

—Es una ira extraña y desagradable —le dijo.

—¿Lo es? —respondió ella, con una voz poco más alta que el susurro, escondiendo los ojos tras las oscuras pestañas.

—Sí.

Mirandola no dijo más hasta que el padre volvió a hablarle.

—¿Qué fue lo que le diste? —preguntó.

—Un filtro amoroso.

El padre pensó por un momento, pese a que su rostro no mostraba más señales de pensamiento que de sorpresa.

—Me temo que tu hermano hizo mal la mezcla.

—Yo también lo temo.

Y una vez satisfecha su curiosidad, prefirió dirigir la cosa hacia su vocación.

—La Santa Iglesia reprueba ese apoderarse de las cosas buenas del mundo utilizando el intermedio del malvado Arte y de todo brebaje mágico.

—He pecado —admitió Mirandola.

El padre José agitó una mano restándole importancia. Era un pecado pequeño para alguien con sus años y experiencia; pues había bastantes hombres y mujeres en su pequeña parroquia como para poder conocer todos y cada uno de los pecados existentes. Pero lo que sí hacía era cavilar profundamente.

Entonces Mirandola vio como volvía su madre, dejando con un suspiro tanto jarro como alimentos. Y supo que ese espléndido joven yacía en su cama sin comida, y el

pensamiento del daño que habíale causado llegó a su corazón y la urgió a moverse.

—Yo misma le llevaré la comida.

Pero el padre José la sujetó de un brazo.

—Cuando esté más débil.

Mirandola le miró mientras se desvanecía su impulso.

—Sí. Hasta la tarde no —dijo él, con esa seguridad que utilizaba cuando hablaba de la certeza de la salvación.

Y fue esto, más que su mano, lo que detuvo a Mirandola.

Mirandola pasó el día nerviosa, temiendo lo que podrían hacerle la debilidad y la necesidad de alimento a este espejo de caballeros, que en las gloriosas cortes españolas era contemplado con emoción cuando acudía a ver al victorioso rey. Estuvo nerviosa e inquieta durante todo el día. En sólo una ocasión se reavivó en ella una chispa de su antigua alegría. Su madre habíale pedido que pasara con Gonzálvez por el jardín, y Mirandola habló del hambre del Duque creyendo que aceptaría comida de su amigo, y que indudablemente bebería con él. Así que Gonzálvez fue con una gran bandeja llena, de comida y un jarro de vino con dos vasos; y la voz del Duque resonó otra vez con esa furia mágica. Volvió entonces Gonzálvez, denegando todas las cosas que se dijeron en más alta voz, y que debieron oírse más claramente y por encima del resto; y no hubo paseo por el jardín.

Y así transcurrió el día, y nadie pudo llevarle comida al Duque. Y acaeció la tarde, y todo estaba en silencio a excepción de los pájaros; y la luz llegaba serenamente, atravesando las ventanas, con el brillo plateado de los insectos flotando en los rayos del sol. En medio de toda esa calma, Mirandola cogió el jarro, pasó ante los arqueros, llegó hasta la puerta del Duque y la abrió quedándose en el umbral. La ira habló por un momento para decrecer al siguiente, y volvió a reinar el silencio, como si ésta hubiérase desvanecido igual que el día, o tuviera algún origen mágico cuyo poder se hubiera agotado; y yació allí mirando a Mirandola y ella le miró a él. Y así pasó un momento.

Entonces ella se acercó a él, y llenó un cáliz con el vino del jarro. Una vez más le ofreció vino, y esta vez todo era terrenal, del lustre y la gloria de los viñedos españoles, y no había sido destilado por una mano de aprendiz como la de Ramón Alonso. Y él aceptó el vino, yaciendo débilmente en su cama. Y Mirandola habló con él, y a su mente acudió el pensamiento de comida, y se ofreció a traérsela cuando habló de ella. Y cuando pasó ante los arqueros éstos la hicieron preguntas en voz baja.

—Se recobrará —respondió, suspirando cuando lo dijo, pensando en la noche y el día que había yacido allí, débil y pálido.

Fue a la cocina y recogió en una bandeja todas las cosas sabrosas y ligeras que podrían ser comidas por alguien que había estado tan extrañamente turbado, todas ellas con condimentos terrenales y cotidianos que nada tenían que ver con la magia. Y de los susurros intercambiados por los arqueros surgió un rumor que recorrió toda

la casa, y éste decía que el Duque volvería a comer.

Llegóse entonces Gonzálvez hasta la cocina y se ofreció para llevarle la bandeja a Mirandola. Y ésta le dejó hacerlo. Y cuando llegaron ante la puerta del dormitorio del Duque entró la bandeja, mientras Mirandola esperaba sin nada en las manos. Pero resultó que la ira del Duque no había desaparecido, y su sonido retumbó por los pasillos cuando juró que nadie de la casa, a excepción de Mirandola, podría traerle comida; y Gonzálvez menos que nadie, pues hábale traído hasta este maldito lugar donde había sufrido tan vilmente. Y Gonzálvez salió con tal rapidez que la comida temblaba y se resbalaba de la bandeja. Cogióla entonces Mirandola y entró dentro, quedándose Gonzálvez con los arqueros, intentando explicar esas cosas que explican los hombres cuando han sido pillados en justa o injusta falta.

La debilidad del Duque hizo que comiera poco, pero Mirandola siguió junto a su cama, y sus ojos parecían fortalecerle cuando se miraba en su profunda calma, como si encontrara fuerzas en su gentileza. Había veces en que se paraba a pensar en todo el mal que hábale acaecido en esta casa, pero el brillo de esos ojos parecía atravesar su furia apaciguándola, y al poco tiempo volvió a comer otro poco. Y así recuperó algo de su fuerza, y durmió durante breves intervalos. Salió entonces para contárselo a los arqueros, y éstos entraron uno a uno con pies silenciosos y vieron que su sueño era natural, y volvieron a salir; y la quietud reinó en toda la casa, y el Duque durmió hasta la mañana.

## El padre José explica por qué el estado seglar no tiene necesidad de pluma

Gonzálvez y el Señor de la Torre acudieron temprano al dormitorio del Duque para asegurarse de que las esperanzas de la noche anterior eran ciertas y que el Duque viviría. La debilidad seguía postrándole en su lecho, pero su ira reavivóse en cuanto les vio, y era la misma y enorme furia que había conocido los dos últimos días. Y uno de los dos quedábase rezagado tartamudeando educadas excusas, mientras el otro se retiraba con más prontitud, y la furia del Duque se cebaba en el más cercano haciendo que retrocediera balbuceando y adelantándose al otro, y haciendo que éste fuera blanco de sus iras. Así se retiraron ambos, sin respirar de tanta excusa, y la ira del Duque murió en cuanto cerraron la puerta, igual que lo hace el rumor de las olas cuando llega a una playa desierta.

Bajaron hasta la habitación donde estaban los colmillos de jabalí, y allí se unieron a la Dama de la Torre y al padre José.

—Ha dormido y no está más débil. Pero no le han abandonado los humores de la enfermedad —dijo Gonzalo, ante la muda pregunta en los ojos de su dama.

La mujer miró a Gonzálvez, como esperando nuevas más claras del forastero.

—Todavía no ha comprendido cabalmente vuestra hospitalidad. Comprende dónde se encuentra, pero las fiebres de su enfermedad impiden que reconozca todo lo que le concierne, no reconociendo así a los amigos, o viéndolos cambiados por los vanos humores de la fiebre.

En ese momento pasó Mirandola ante la puerta llevando dos platitos, uno con carne y otro con fruta. La Dama de la Torre estuvo a punto de llamarla, perpleja entre la debilidad del Duque y la fortaleza de sus fiebres, pero el padre José la detuvo y Mirandola siguió su camino. Entonces el sacerdote acercóse hasta la puerta y bendijo lo que llevaban los platitos.

Y Mirandola pasó la mayor parte de la mañana sentada al lado del Duque, y a ratos hablaba con ella y a ratos comía un poco de los platitos, y mientras estaba con ella se apaciguaba su enorme furia, pero seguiría sin tomar comida o bebida de cualquier persona de la casa que no fuera Mirandola, ni tampoco los toleraría en la puerta del dormitorio. Y por la casa circuló el rumor de que el Duque viviría, pero lo hizo donde abundaban las dudas y los miedos que encantaban la casa desde que el Duque púsose enfermo, y los hubo que siguieron sin fiarse del esperanzador rumor.

Pero el padre José, ciertamente familiarizado con los asuntos de vida o muerte, vio cómo resultaría la cosa, y sus pensamientos tornaron hacia su propio hogar, y a la gente humilde que acudían buscando ayuda y así poder liberarse de sus diferentes

pecados, y consideró que no había nada que lo entretuviera en la Torre, ni nada importante que hacer, ni había necesidad de él. Así que se despidió de su anfitrión.

—¿Cómo? ¿Ya nos dejáis? —dijo el Señor de la Torre.

—Ya es hora.

—¿No nos ayudaréis a entretener al Duque?

—Afortunadamente pasará un tiempo en cama.

—Pero cuando se recobre daremos un banquete para celebrarlo.

El padre José estaba más seguro de que pasaría la enfermedad de tan ilustre visitante que del desvanecerse de su ira, ya contemplada una vez por él.

—Debo volver a la aldea.

Mirandola entró en ese momento.

—Entonces volveréis para casar a Mirandola con el Señor González.

Y es que Gonzalo tenía una pequeña capilla en la casa.

—Encantado.

—Gracias, padre José —dijo la Dama de la Torre

—Gracias —repitió Mirandola.

El padre José se marchó, y cuando ya andaba por las cumbres de las colinas, su mente pensó en los pecadillos de los aldeanos que eran su parroquia, y en lo que habrían pecado mientras estaba ausente. Mientras caminaba intentó adivinar los pecados que podría haber cometido cada uno de ellos. En ocasiones había alguna chica de antojos extraños y apasionados que le daba algo que pensar, pero la mayoría de las veces los adivinaba con rapidez; y justo cuando se dijo el pecado de su último parroquiano, llegó hasta la entrada de su amada casa con negro techado.

Giró el pomo de la puerta y entró. No estaba cerrada, pues nadie de esas latitudes osaría robar la casa del padre José, ni solía practicarse el robo de casas, dejando ese menester para los caminos. Entró para encontrarse una vez más con los muebles que no había visto desde hacía dos días, y se sentó contento en su silla favorita mientras paseaba la vista de uno a otro. Permaneció sentado largo rato, dejando que su espíritu se sumergiera en la tranquila quietud de la casa, nunca rota por eventos como los que turbaban la calma del mundo. Nunca llegó hasta allí ilustre hidalgo alguno, raramente pasaban cerca, y el sonido de la trompeta o la visión de un estandarte eran cosas que acaecían una vez por generación, dos a lo sumo. Su mirada descansaba ahora sobre una jarra esculpida en forma de oso que reposaba en una repisa, y que a veces llenaba con buena cerveza para bebería durante las solitarias tardes en que anochece temprano. Mirando la jarra, acudieron a su memoria recuerdos de esas tardes, y pensó en la alegre luminosidad que parecía desprenderse de ellas hasta que una furtiva llamada en la puerta de atrás vino a interrumpir sus pensamientos. Imaginó la mano de algún pecador penitente que acudía a liberarse de su pecado, y levantóse para abrir. ¿Y quién estaba allí cuando abrió la puerta que daba al bosque, sino Ramón Alonso?

El joven vestía una fina capa perteneciente a su padre, y que Mirandola había



pedido para él el día que marchó de la Torre sin la suya. La chica le había dicho a Pedro que se la llevara, pero su señor no habíale permitido salir hasta que no se recibiera al Duque en la Torre. Cuando el banquete tuvo final tan repentino, nadie, a excepción de Mirandola, pensó en él, por lo que cogió la capa y llevósela.

—Cuéntale todo lo que has visto —le dijo Mirandola al marcharse.

Y Pedro viajó el resto de ese día y toda la noche, alcanzando a Ramón Alonso en el bosque del mago, pues aquél había ido rodeando Aragona, caminando por campos y brezos silvestres y sólo cuando su sombra parecía humana, habiendo llegado al bosque en el segundo día y tan tarde que decidió dormir en él para entrar a la casa con el alba. Allí fue donde le encontró Pedro al amanecer, y mucho se alegró Ramón Alonso de ello. Cuando oyó la enfermedad que habíale sobrevenido al Duque y que Pedro contó temeroso con todo lujo de detalles, y enteróse que el Duque sólo había tomado un sorbo de vino, supo al instante, con inspiración culpable, que había sido el filtro amoroso, y supuso que algún error de las doncellas había hecho que le sirvieran la copa que debía ser para Gonzálvez. Al instante le sobrevino una furia contra el mago, y con ella un odio hacia todos sus encantamientos, y decidióse a poner ya mismo su plan en práctica. Pero su plan requería de la escritura, pues quería escribir las sílabas del hechizo que abría la caja de las sombras; y una a una entre otros escritos para poder engañar al mago, y que las leyera para él. Así que le dio las gracias a Pedro despidiéndose de él, y en cuanto desapareció de la vista diole la espalda a la casa del bosque, y viajó rápido y cautelosamente rodeando Aragona y al resguardo de la noche, saliendo al día siguiente secretamente del bosque para llegar a la puerta de la parroquia. Y allí el padre José abrióle la puerta, dispuesto a absolver a alguien de algún pecadillo, y siendo recibido con unas palabras muy diferentes a las esperadas.

—Padre, le ruego que me enseñe el arte de la pluma.

Ahora bien, aunque no hay pecado alguno en la pluma, sí puede ser un instrumento eficaz cuando está en dedos de mentirosos, y la mayor parte de los engaños del mundo se hacían y se hacen hoy en día, mediante la pluma. Y por mucho que el padre José sospechara de la labor de Ramón Alonso, no podía rehusar tan fácilmente el instruir a alguien en algo tan inocente en sí mismo. Prefirió contemporizar antes.

—La pluma es sin duda un valioso instrumento, pero de poco uso para los laicos. Las cosas que necesitan saberse ya están escritas, ¿y acaso no están los monjes para escribir las que surjan nuevas? ¿O es que hay que suponer que sus ilustres personas, nuestros superiores espirituales, han negligido algún asunto que debería haberse escrito y fallado al transcribirlo?

—Por supuesto que no —dijo Ramón Alonso, bajando la cabeza con la humildad apropiada.

—¿Con qué propósito, entonces, queréis poner vuestra mano sobre una pluma?

—Me gustaría conocer su manejo, pero no porque desee escribir sobre

pergamino, pues no me parece labor caballeresca.

—Efectivamente no lo es. Pero conocer el manejo de la pluma, tal y como sabe vuestro padre, y la manera de tomar tinta con ella para hacer alguna que otra marca sobre pergamino, tal y como él ha hecho, son cosas que le dan un mayor crédito a toda casa noble. Os enseñaré tanto como eso. Pero considerad lo que va a escribirse y no lo hagáis hasta no estar seguro de que está bien dicho, y pasadlo luego al pergamino, entregando éste a los que tienen el deber de guardar y proteger todo conocimiento.

Ramón Alonso no necesitaba más. Le agradeció cortésmente al sacerdote su deferencia, y éste sacó una pluma.

El joven pronto aprendió la manera de manejarla, donde van colocados los dedos, el sitio del pulgar, el movimiento de toda la mano, la manera de tomar tinta, y los intervalos adecuados.

—Venid aquí, cerca de la ventana, donde hay más luz —le dijo el sacerdote, pues Ramón Alonso habíase sentado en un rincón y llevado la mesa al lugar más oscuro del cuarto.

Pero se aproximaba el mediodía y el joven evitaba toda luz, no queriendo acercarse a lugar donde se crearan sombras. Notara o no notase el padre José este extraño evitamiento de la luz, su intelecto se puso en marcha al oír la trivial respuesta de su pupilo, excusándose por mantener su asiento en la oscuridad del rincón. A partir de ese momento se encaminaron sus sospechas y éstas nunca se desviarían, rastreando el extraño secreto hasta su mismo cubil.

Cuando Ramón Alonso llegó a dominar los trucos de la pluma, púsose a copiar una a una, en un pergamino, las tres sílabas que tenía tan claras en su memoria y que eran la llave de la caja de sombras. Se congratuló pensando que no pidió al padre José el escribir letras del alfabeto cristiano, convenciéndole así de no querer más que lo pedido: saber del manejo de la pluma como si fuera una realización caballeresca más. Pero muy otra era la cosa, pues el padre José miraba esas siniestras sílabas que no correspondían a lenguaje conocido, y empezó a ver cómo se entregaba la mente del joven a la magia.

—El Arte Negro. Oh, el Arte Negro —murmuraba inaudiblemente ante cada sílaba que aparecía en el pergamino.

Ramón Alonso hizo las sílabas cada vez más claras con la práctica, hasta que aparecieron en el pergamino iguales y exactas a las del gran libro del mago que había en el atril de la habitación consagrada a la magia. El padre José contempló el trabajo de la pluma que había guiado y vio como las sílabas se tornaban más y más claras, y pese a no saber lo que eran, ni de qué lenguaje se trataba, vio inconfundibles diseños y amenazas en ellas, y todos esos diseños eran mágicos, siniestros, malignos. El joven siguió practicando con la pluma, diciendo que no hacía más que caprichosos garabatos con ella, y creyendo que engañaba al sacerdote. Por fin llegó la hora ansiada, ésa en que la sombra de los demás hombres era igual a la suya, pero

siguió trabajando con la pluma. Desde su rincón vio como los rayos de sol iluminaban el esplendor de los muebles del lugar. Vio como llegaba la tarde y la seguridad en el trazo de los caracteres chinos. Entonces levantóse el sacerdote para encender las velas y, antes de que pudiera hacerlo, Ramón Alonso le dio las gracias y se despidió apresuradamente, poniéndose pronto en marcha para recorrer el largo periplo que le llevaría a rodear Aragona por la noche.

Así llegó Ramón Alonso a la casa del bosque en la siguiente noche. Pero el padre José ensilló la mula por la mañana y salió con la primera luz del alba, llegando esa tarde a la casa de un sacerdote que conocía, poseedor de grandes conocimientos de magia; y llevó consigo el pergamino donde Ramón Alonso había practicado todo un día esos curiosos signos. Era un sacerdote que bajaba ocasionalmente a la iglesia de Aragona, pero que mayormente solía permanecer en su casa trabajando en un plan para mitigar el pecado, o leyendo libros sobre magia. La esforzada mula del padre José le llevó hasta la rocosa vereda que conducía a su morada, y allí le mostró a su amigo las marcas del pergamino cuando se apaciguó el alborozo de su encuentro.

—Temo, Aloysius, que no tenemos nada bueno aquí.

El hermano Aloysius cogió el pergamino.

—Nada bueno. Nada bueno, en efecto.

Se puso unos grandes anteojos y volvió a mirar el pergamino y consultó un libro, y repetía continuamente lo mismo.

—Nada bueno hay, nada.

Y sacudía la cabeza muy a menudo.

Y de repente estuvo seguro y habló con certeza.

—Esto es un encantamiento pagano de lo más impío.

## El mago imita el comportamiento de los dioses

Y los esplendores del día llegaron a su fin y formaron parte de los de días pasados; y llegó la noche y cubrió los cielos de España, y el mago estaba solo en su casa del bosque. El mago no era del todo hostil al hombre; pero allí, inclinado sobre una mesa donde brillaba una vela, estaba inmerso en problemas muy distintos a los que nosotros tenemos diariamente, y muy lejanos a lo que podríamos imaginar; pues hombres y mujeres no eran para él de la misma importancia que para nosotros, sino algo sobre lo que estudiar y tomar notas, igual que nosotros podríamos hacerlo sobre los rumores de vida en otros planetas y soles distintos a los nuestros. Su interés por la humanidad residía sólo en esto, pensando que entre los humanos, de España o de cualquier otra parte, habría alguien al que merecería la pena recibir y apreciar, y a los que entregar el grandioso conocimiento recibido del más ilustre de los profesores que se sentaron en el Sillón de la Magia de Zaragoza. En cuanto a lo demás, le preocupaban más el dominio que podía ejercer sobre las sombras cautivas y los viajes que hacían, los mensajes que llevaban y las inspiraciones que traían, que las limitaciones y el breve tiempo que tenemos para vivir. Si pudiéramos escuchar las peticiones que llevaban ocasionalmente sus sombras a los grandes espíritus que viajaban cerca de la órbita terrestre, o saber de las melodías o esplendores con que éstos replicaban, quizá se emocionaría nuestro corazón ante tan extraño comercio, y así disculpar su aislamiento del hombre. Cuando un organista se duerme y su mano cae sobre, las teclas tocando una melodía salida de sus sueños, cuando dos aves tropicales apareándose llegan al climax de su celo, cuando un flautista de las bárbaras montañas del este toca por herencia una nota que su tribu conoce desde los días de Pan, cuando un rayo del sol crepuscular muestra una nueva gama de colores desconocida por el hombre... sólo en esos raros momentos, en momentos como éstos, puede llegar cualquiera de nosotros a discernir las melodías y esplendores que recibe este hombre solitario de los vacíos espacios por donde discurren los cometas. Y en este día ha aprendido una curiosa historia, una leyenda de la oscuridad interestelar, y la ha aprendido de un espíritu que pasó esta mañana junto a la Tierra, todo él envuelto en truenos.

Ramón Alonso llevaba seis días ausente, y no teniendo pupilo alguno al que transmitir los misterios recibidos de fuente tan gloriosa, el Maestro ocupaba su soledad con conocimientos y leyendas que no eran ni nuestros ni de la Tierra. En estos asuntos fuera de nuestro alcance y más allá de Neptuno estaba inmerso, cuando se oyeron los pasos de Ramón Alonso en el bosque.

El joven entró en la casa vejado por el notable fallo de la poción que había

mezclado, y furioso por Mirandola, su padre y madre, y todo el que residía en su casa. Había imaginado claramente la consternación de su hogar, de la que Pedro no habíase limitado a contarle temblorosamente todo, sino mucho más. Y cargábale todas las culpas al autor de los hechizos, en vez de achacárselo a su ineptitud, pues había hecho que todo pareciera demasiado fácil como para que pudieran darse errores. Entró con la convicción de que no le debía gratitud al mago, y decidido a no aprender más de la fabricación del oro para no deberle nada, y recuperar su sombra tal y como le correspondía, consiguiendo la de la fórmula como acto de caballero cristiano. Los dos hombres se encontraron, uno de ellos rezongando sobre un yerro y el otro sobre asuntos que estaban más allá de la órbita de Neptuno, así que hablaron bien poco. Y Ramón Alonso sacó un pergamino.

—Maestro, este escrito lo ha traído un vagabundo de Catay. Puede que sea de interés, y quizá digno de vuestra maestría en lenguas extrañas.

Y le pasó el pergamino al mago. El Maestro lo tomó y lo acercó a un candil.

—Ting —dijo—. Ting.

Entonces cayó en un silencio, y negó con la cabeza.

Y la primera sílaba era «Ting». Y el resto no era más que la cháchara sin sentido que escribió con ligereza. No se atrevió a escribir más de una sílaba, por si el Maestro adivinaba que iba tras el hechizo. Todavía quedaban dos más, y pensaba conseguirlas de la misma manera, cuando las sospechas del Maestro hubiéranse dormido lo bastante. Pensaba tomarse su tiempo en esto, pero confiaba tener todo el encantamiento en el plazo de una semana.

—No se qué lenguaje puede ser.

—¿No?

—Ninguno conocido en la Tierra.

Y el joven tomó el pergamino, disculpándose por turbar el aprendizaje del Maestro. Todo había funcionado como estaba planeado, así que fue hasta el sucio rincón debajo de la escalera para compartir sus esperanzas con la fórmula. Y allí la encontró, entre escobas y baldes, a punto de echarse a dormir y pasar la noche en su jergón de paja. Sus ojos brillaron para darle la bienvenida.

—Ya tengo la primera sílaba del encantamiento —dijo el joven nada más verla.

Los pensamientos ensombrecieron entonces su cara y su viejo cerebro pensó en el futuro, intentando imaginar cómo sería si se conseguían las tres sílabas. Y mientras la juventud construía esperanzas sobre esperanzas, la edad encontraba objeciones.

—¿Cómo descubriréis las otras?

—De la misma manera —dijo, y le contó cómo había llevado su plan a cabo.

—Sospechará —dijo ella.

—Todavía no lo hace.

Y la mujer negó con la cabeza como si pensara en viejas tretas del Maestro.

—¿Ha recuperado la sombra falsa que os hizo?

—Todavía no se lo he pedido. Pero me la quitará.

—Si no lo hace, la sombra falsa se verá cuando la auténtica se encoja al mediodía.

Pero Ramón Alonso no había ido allí, en los triunfantes momentos que seguían al éxito, para escuchar objeciones. Había pensado que sus esperanzas la ayudarían a alejar la melancolía, pero en vez de eso ahora le entristecían a él.

—Recuperaréis vuestra sombra y la luciréis en Aragona.

Ése fue su último intento de animar a la mujer. Marchóse a continuación, mientras todavía tuviera esperanzas.

Fue a la habitación de la solitaria torre que compartía con las arañas y tumbóse a dormir, pero a su cama acudían planes en vez de sueños, y estuvo hasta muy avanzada la noche pensando en el rescate de las sombras. Cuántos hombres habrán pasado horas de silenciosa oscuridad trazando solitarios planes por cosas más insustanciales.

Esa noche, Ramón Alonso trazó planes precavidos y planes impacientes, y pronto decidióse a esperar tres días antes de pedirle al Maestro que leyera otro escrito, satisfaciendo la impaciencia, en lo que podía satisfacerse, planeando ir al bosque en el siguiente día, y allí procurarse otro pergamino y una historia que hablara de un hombre de Catay, para utilizar ambos en el momento oportuno. Cierta entusiasmo del joven cerebro tiñó el plan con brillantes previsiones de éxito, haciendo que Ramón Alonso se durmiera a continuación.

La mañana siguiente el joven bajó un poco tarde, y encontró preparada la comida que el mago nunca follara en suministrarle. Comió, y luego fue a la habitación consagrada a la magia. Allí estaba el Maestro, sentado ante su atril, ponderando sobre cosas que iban más allá de lo concerniente al hombre.

—¿Queréis aprender más de la fabricación del oro?

—No —respondió Ramón Alonso.

Un relámpago de alegría cruzó por la mente del Maestro. Pues era un deber establecido en todos los Maestros el asegurarse un pypilo, especialmente si son tan gloriosos como éste, pues por mucho que supieran vivir con las eras y sobrevivir a los hombres, siempre resulta necesario buscar alguien digno al que revelar los secretos de los antiguos, para que así la sabiduría que tanto ha costado comunicar, mediante caravanas que hace tiempo no son más que polvo soplando sobre tierras desoladas, pueda pasar a los siglos venideros que precisarán de ella. Y había pensado que Ramón Alonso llegaría a estar preparado para la terrible iniciación, siempre y cuando pasara antes por años de trabajo, soledad, estudio y abnegación. Pero nunca podría llegar a ser esa persona si persistía en su interés por algo tan trivial como la fabricación del oro. De aquí que se alegrara tanto oyendo a su pupilo renunciar a ese vano propósito, y a partir de ahí, sus pensamientos volvieron a esas cosas que están más allá de lo concerniente al hombre. De ellas le sacó el joven volviendo a hablar.

—Desearía ir al bosque y pasear por un rato antes de volver al estudio.

—Como deseéis —dijo el Maestro, volviendo a la contemplación de la curiosa órbita de una estrella que no había sido vista por ningún observador terrestre.

Contemplación que volvió a interrumpirse por Ramón Alonso.

—Maestro, quiero agradeceros la sombra que hicisteis para mí, pero ya no tengo necesidad de ella, y quisiera que me la quitarais.

Pero por muy viejo que estuviera, o por muy lejanos de la órbita terrestre que estuvieran sus pensamientos, el mago no iba a dejarse engañar por esa mente joven. Sin duda desconocía su plan, pero sí sabía que el arrastrarse de los grilletes sobre la piedra traiciona las esperanzas que tiene tñ esclavo para escapar de prisión; y el que Ramón Alonso deseara liberarse de su sombra indicaba que algo se había escapado a su vigilancia, y que podría privar al Arte mágico de un pupilo. Así que sus pensamientos abandonaron los destinos del cometa, atravesando las conocidas regiones de la imaginación humana, y le replicó a Ramón Alonso con las siguientes palabras:

—Los que seguimos el Arte e imitamos en lo posible la conducta de los dioses, nunca recuperamos k> que hemos otorgado.

Ninguna protesta le conmovió a cambiar de idea, y Ramón Alonso dio media vuelta en silencio y se fue al bosque, viendo que toda palabra que insistiera en decir no haría sino descubrir más y más la existencia de un plan.

## Magia blanca en el bosque

Ramón Alonso caminó desconsolado por el bosque. ¿Qué haría cuando sus planes tuvieran éxito y recuperara la sombra, si esta siniestra cosa de penumbra aparecería a sus pies cada vez que la sombra humana se encogiera con el sol del mediodía? Y sus planes parecían haber sido tan seguros.

Pero por muchos problemas que pudiera tener, seguía comprometido en la caballerosa empresa de la sombra de la fórmula, y de esto no le permitían retractarse las leyes de la caballería. Y cuanto más anciana y gastada por los años estuviera, más consciente era de mantener su compromiso, pues no tenía ningún otro caballero, ni espada que la defendiera que no fuera la suya. Y caminaba desconsolado por el bosque por la redundancia de sus sombras, con la que se veía hasta el fin de sus días.

Diríase cosa poco importante esta de tener dos sombras, demasiado insignificante para ensombrecer la alegría que siempre acompaña a la juventud. ¿Cuántas resplandecientes tardes han bailado hombres o doncellas, felices bajo el esplendor de los candelabros, acompañados por legiones de sombras? Pero Ramón Alonso había descubierto, como sólo descubren los que han perdido su sombra, que junto a lo trivial y lo grandioso existen cosas que están más allá de la compasión humana, y que la más trivial de todas ellas, como lo es el tamaño de una sombra, puede llegar a ser tan denostada como el tener cuernos y cola. Un prejuicio tan absurdo que debe ser experimentado para poder darle crédito.

Inmerso en su melancolía llegó hasta las mohosas raíces de un roble y sentóse allí apoyando la espalda contra el tronco. De una bolsa extrajo el pergamino y la pluma y la tinta que había traído, y púsose a escribir la supuesta escritura de tierras paganas, incluyendo en ella la segunda sílaba del hechizo que le proporcionaría las dos terceras partes de la llave para abrir la caja de las sombras.

Apenas acabó de escribir la sílaba china, y los imaginarios signos de cosecha propia, cuando oyó un crujido cercano. Se enderezó y púsose a escuchar: era un sonido rítmico, como de pequeños pies deslizándose sobre hojas, abriéndose paso entre helechos, saltando sobre rocas y ramas secas con una agitación que parecía extenderse a todo el bosque, agitando zarzas y arbustos delante de él, y a su izquierda y a su derecha. Y se acercaba cada vez más. Y entonces escuchó unos gritos agudos por encima del ruido, y en seguida apareció un duende dando saltos, y dos más, y luego otro. El quebrarse de una rama llamó su atención hacia otro lado, y seis más pasaron corriendo junto a él. Y pronto vio una ñila entera corriendo desesperadamente por el bosque, sin molestarse en ocultarse a él yendo por el otro lado de los árboles, y alguno llegó a pasar al alcance de su mano. Vio como rebotaban sus redondos



cuerpos al pasar por su lado, y oyó en la distancia como se abrían paso por entre los helechos, sin perder en ningún momento su precipitación. Parloteaban entre sí mientras corrían y eran presas evidentes de una gran agitación. Y entonces apareció un gnomo llevando un fardo, un vejete tres veces más grande que un duende, vestido y llevando un sombrero. Estaba tan asustado como los duendes, pero no podía ir más de prisa. Ramón Alonso diose cuenta de que debía de haber algún gran problema molestando a las cosas mágicas y le preguntó su nombre al gnomo quitándose el sombrero al hacerlo, pues es bien conocido que saben del lenguaje de los hombres y responden cuando se les pregunta educadamente.

—Alaraba —respondió, sin cesar en su apresurado arrastrar de pies, y llevándose la mano al borde de su gorro pero olvidando quitárselo.

—¿Cuál es el problema, Alaraba?

—¡Magia blanca! ¡Corred! ¡Corred! —respondió el gnomo, apresurándose más aún.

No dijo más allá de esto, ni creyó que fuera necesario, pues había nombrado la cosa que más temen los seres mágicos.

Unas cuantas cosas más corrieron por este bosque encantado, uno o dos elfos y otros entes así, y luego sucedióse una profunda quietud, pues todo había huido de allí. Ramón Alonso se quedó escuchando en la quietud, y al poco oyó moverse algo de donde parecían haber huido todos. Se oyó un apartar de ramas, mucho más ruidoso que el suave deslizarse de las cosas mágicas, pero mucho más firme y seguro. Esto no era nada que huyera<sup>^</sup> así que debía de ser la magia blanca. La agitación se hizo más próxima y con ella el apartar de maleza. Entonces asomó el hocico de un mulo entre el follaje, y allí apareció el padre José, echándose a un lado para evitar las ramas de un enorme roble.

Tenía la cara roja y húmeda, pues viajar por el bosque no resulta alegre pasatiempo. No parecía tener un aspecto que provocara el terror a todos los seres mágicos que habitaban en la oscuridad del bosque.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días, padre —replicó Ramón Alonso levantándose de su asiento y saludando con el sombrero.

El sacerdote dedicóse a la labor de bajar de la silla, y cuando terminó cogió las bridas de la mula y se dirigió hacia el joven.

—¿Qué os trae al bosque? —preguntó Ramón Alonso con incomodidad, pues el haber tratado con magia hábale dejado huellas en la conciencia.

—He venido a veros —contestó el padre avanzando hacia él.

—¿Y qué os trae hasta mí? —dijo el joven volviendo a saludar con el sombrero.

—Que peligre vuestra alma.

Por un momento hubo silencio.

—¿Acaso la he puesto en peligro?

—¿Habéis tenido tratos con el Arte Negro?

—Ninguno que arriesgue mi salvación.

—Veámoslo.

E hizo la señal de la cruz. Ante lo cual la sombra desprendióse de los pies de Ramón Alonso, cosa que no vio éste por estar de cara al sol. El padre José cogió entonces un frasco de agua bendita, uno de cristal de roca que colgaba de una pequeña cadena de su cinturón, y esparcióla alrededor de los pies del joven. Y la sombra falsa que yacía sobre el musgo levantóse y salió corriendo. Ramón Alonso la vio atravesar un soleado claro y perderse entre las sombras auténticas de los árboles.

—¡Se fue! —exclamó.

—Sí —dijo el padre José.

Así desapareció de la vista del joven, y perdióse para siempre esa falsa sombra, mágica y que no crecía, y que sin embargo era toda la sombra que poseía. Hacía poco que había deseado esta misma cosa, y que desesperaba con este deseo, pero un nuevo sentimiento le embargó ahora que no tenía sombra en absoluto.

—¿Y qué haré ahora? —se dijo anhelante.

—Recuperad vuestra propia sombra —dijo el padre José.

—¿Y si no puedo?

—Recuperadla cueste lo que cueste.

—¿Tan urgente es?

Y la benigna cara del sacerdote tornóse más grave de lo que la había visto nunca, como esos cambios extraños que se suceden en el sol del atardecer.

—En la Tierra la sombra es llevada aquí y allá por el hombre —dijo en tono serio—. Pero en el más allá es otra cosa, y allá donde va la sombra allá la sigue el hombre; cosa que no deja de ser justa, pues en toda su vida aquí, ni una sola vez es la sombra la que guía, ni una vez el hombre la sigue.

—¿Y qué pasa con la sombra que desapareció en el bosque? —preguntó Ramón Alonso, atemorizado por el tono del sacerdote.

—Irremediablemente maldita. Y si un hombre muriese con semejante cosa pegada a los talones, ésta le arrastraría violentamente consigo. Y ni los esfuerzos de cuatro ángeles podrían salvarle de ello.

Ramón Alonso contuvo el aliento, pero volvió a respirar cuando oyó que se necesitaba tener a la cosa en los talones para su triunfo final.

—Ya no la tengo en los talones —dijo alegre.

—Así es, y dad gracias por ello. ¡Pero esperad! ¿Dónde está vuestra auténtica sombra?

—En una caja —admitió el joven.

—Sombras semejantes no oscurecen los prados ni flores de los jardines del Cielo.

—¿No pueden llegar hasta allí?

—No conocen salvación alguna.

—¿Y yo?

—Os lo he dicho.

- ¿Podría arrastrarme una mera sombra?  
—Más de un hombre hay en el Reino de las Sombras.  
—¿No puede lucharse contra ellas?  
—Su poder es irresistible, como lo es aquí el del cuerpo sobre ellas.  
—Ya veo.  
—¿No podéis recobrarla?  
—Lo intentaré.

El padre José sonrió. No había venido con otro propósito que el de dar consejo, y ahora volvía a subirse a la silla de montar.

Ramón Alonso saludó con su sombrero y despidióse con tono grave, ponderando todo el rato sobre la llave que estaba haciendo para abrir la caja de las sombras y liberar su alma de las garras de una sombra maldita. Pero ¿y si el mago no quería volver a leer para él? ¿Y si no musitaba otra vez cuando leyera la sílaba china? Diose prisa en volver a su asiento por la ansiedad que le ocasionaban estas dudas, y apresuróse a escribir esa frase en la que puso, como si fuera una curiosa joya o algún raro cristal, la segunda sílaba del hechizo. Y por muy fantásticas que intentara hacer las letras que inventaba, esa figura china seguía destacando como la más exótica de todas, e incluso parecióle la más mortífera de las del pergamino. Y corrió hacia la casa del bosque cuando terminó.

## Ramón Alonso cruza su acero con la magia

Ramón Alonso atravesó el bosque sin tener sombra, sintiéndose miserable ante cada rayo o brillo del sol, igual que podría sentirse un hombre que paseara por una calle céntrica tras haber sido asaltado y despojado de sus vestiduras. Y sin sombra entró en la casa.

Era momento de ser precavido, pues su alma mortal estaba en peligro al carecer de sombra. Era momento de vigilar atentamente al mago hasta que llegara una hora que pudiera ser favorable para hacer la petición. Pero todas estas circunstancias que debían urgir dilación, tuvieron el efecto de aumentar la impetuosidad. ¿Qué pasaba si estaba destinado a morir esa misma noche, y la sombra maldita aferraba su alma para arrastrarla hacia el infierno? No se atrevía a esperar. Debía recuperar esa sombra.

Y pensó en los diarios martirios del infierno, que estaban más allá de su imaginación, pero en los que había sido instruido por los buenos padres, y por mucho que pensó en esa tanda de dolores y terrores, siguió acordándose con caballerosa fe de la sombra de la fámula.

Se apresuró por los pasillos para llegar cuanto antes a la habitación consagrada a la magia, y la anciana mujer que había sido Anémona viole mientras trabajaba con el balde y notó que estaba corriendo. Entró en el lugar, pues no había hechizo alguno en la puerta para que el pupilo pudiera entrar a trabajar. Llegó sin respiración ante el mago, ese hombre erudito que se sentaba ante el atril, inmerso en pensamientos que iban más allá de nuestras necesidades e intereses. Y éste alzó su cabeza y miró a Ramón Alonso.

—Maestro. Un hombre extraño me ha entregado este escrito en el bosque. Son palabras extrañas. Os ruego que me las leáis.

Vio en la mirada que le dirigió el Maestro que había fracasado.

Pero, no obstante, volvió a intentarlo.

—Os lo ruego, Maestro.

Recibió la misma mirada en respuesta. Y el mago negó con la cabeza, y Ramón Alonso supo que no había esperanzas.

—Devolvedme mi sombra.

—No —dijo el mago.

—¿Por qué no?

—Es mi precio.

—No he aprendido nada por ese pago.

—Habéis aprendido la manera de mezclar un filtro amoroso.

—Hice uno y un hombre lo bebió.

—Amará con ferocidad.

—Hizo que se pusiera monstruosamente enfermo.

—Oh.

—Devolvedme mi sombra —repitió Ramón Alonso.

—Os he enseñado otros conocimientos por ese precio, raros conocimientos heredados de los antiguos.

—No me habéis enseñado la transmutación del oro.

—Os he enseñado otro saber, algo muy secreto.

—¿El qué?

El mago hizo una pausa antes de seguir en tono grave.

—La unicidad de la materia.

—Eso no es nada para mí —dijo el otro.

—Es un raro conocimiento. Pocos saben que no hay más que un solo elemento con un centenar de manifestaciones. Unos pocos lo saben de los antiguos. Y menos han pasado ese raro saber. Vale incomparablemente más que lo que habéis pagado.

—No es nada para mí —repitió Ramón Alonso—. Devolvedme mi sombra.

—No. Puesto que no podéis devolverme ese saber raro e incomparable, yo tampoco os devolveré lo que pagasteis.

—La sombra que me disteis no valía nada. No podía crecer, y ahora me ha abandonado.

—Oh.

—Devolvedme mi sombra —balbució por última vez su inútil petición.

—Conservaré tu justo pago —respondió el mago.

Y Ramón Alonso miró de frente a la condenación, pero recordó sus caballerescos propósitos.

—Entonces devolvedle la sombra a la fámula.

—Recibió años por ella.

—¡Menudos años!

—Fueron numerosos.

—Devolvedle su sombra —dijo Ramón Alonso amenazadoramente.

—No —dijo el mago.

Y la espada del joven salió de su vaina ante este «no», y su punta estuvo pronto ante el rostro del mago. Éste no dejó de mirar al joven o a la reluciente punta, pero inclinó un poco la cabeza llevando su mano derecha hacia atrás y hacia abajo. La mano del Maestro tanteó la tapa de una caja que había en el suelo, y cogió al instante lo que había dentro.

Ante los ojos de Ramón Alonso apareció un relámpago unido a una empuñadura de goma que sujetaba la mano del mago. El relámpago era tan largo como la espada del joven, mucho más mellado en los bordes, y estaba más rojo que amarillo, como si hubiérase enfriado lentamente mientras estaba en la caja.

Los dos hombres se enzarzaron en una lucha, que iniciándose ante el atril fue

alejándose de él a medida que se sucedía. Y Ramón Alonso tenía un hermoso estilo con la lucha, y la pericia de su antagonista no tenía nada de mágica, pues había dedicado su vida a otros estudios que no eran los de la finta y la estocada; pero su arma era mágica y conmocionaba el acero en el momento de tocar su filo, haciendo que el brazo del joven se estremeciera hasta el hombro, temblándole el codo y casi abriéndole la muñeca. Y cada vez que uno de ellos hacía una parada, el joven sentía este estremecerse y retemblar por todo el brazo derecho. Golpes semejantes habrían arrojado la espada de su mano si hubiéranse efectuado con un arma terrenal, pero este relámpago con que luchaba el mago tenía el curioso efecto de hacer que los dedos de Ramón Alonso se aferraran más fuertemente al arma cada vez que había un encuentro de ellas. Habría estado perdido de no ser por esto. Pero por mucho que siguiera aferrando el arma, trabajo tenía en parar las estocadas, pues el mago atacaba con rapidez. Pronto tuvo el brazo entumecido, y decidió atacar con vehemencia mientras todavía quedara fuerza en él, pero el mago detuvo todos sus ataques, y una vez que le devolvió una finta, llegó a tener el arma tan cerca de su rostro que le rozó los cabellos. Y tras esto, el mago empezó a hacer retroceder a un antagonista cegado y entumecido pero que seguía luchando. Quedaba bien claro que de haberse dedicado el Maestro a la espada y estudiado los misterios de la esgrima, habría sido una mano notable en su manejo. Ninguno de los ataques del joven llegó a destino, y un repentino ataque del mago, parcialmente detenido, escabullándose por entre la terrenal empuñadura y el mortal brazo, prendióle fuego a las ropas en vez de hacer sangre. Y Ramón Alonso viose luchando con una manga en llamas hasta que las apagó con su mano izquierda sin por ello dejar de luchar. Estaba ya cerca de la puerta, y el Maestro seguía presionándole con su arma como si fuera un enorme ser oscuro sólo iluminado por el brillo de sus ojos, y la habitación en penumbras refulgía por el resplandor de los encontronazos. Ramón Alonso intentó un súbito ataque aprovechando una guardia baja, pero se lo volvieron a parar, y volvió a retemblarle el brazo, y tambaleóse más que retrocedió hasta la puerta.

—No cruces tu acero con la magia —advirtióle amenazadoramente el mago desde el umbral de la puerta, sujetando su extraña espada.

Pero no siguió avanzando, por lo que Ramón Alonso quedóse a solas con su desespero, mientras el Maestro volvía a la penumbra de la habitación consagrada a la magia para ocuparse de cosas que están más allá de nuestro conocimiento.

Ramón Alonso estuvo un rato ante la puerta que seguía abierta a la penumbra de la mágica habitación, con la espada en su temblorosa mano, y hasta que no vio que su enemigo no se dignaba a continuar, no dio media vuelta y alejóse lentamente. Pero nuevos problemas y temores se cebaron en él cuando desapareció la tensión del peligro de muerte. Había perdido una sombra y una lucha en esta Tierra y por tanto su salvación. Estaba indefenso en esta siniestra casa, pues su espada le había fallado y había delatado impetuosamente sus cuidados y meditados planes. No creía que nadie pudiera aconsejarle, y al igual que lo hacen los hombres en momentos de

desesperación semejante, veía que nada se interponía entre él y la condenación eterna. Ni siquiera rezaría, pues ya se contaba entre los malditos a los que se les prohíbe la oración. Oyó como trabajaba la fámula en un pasillo, y se apartó de ella, pues no estaba de humor para charlas. Pero ella le vio y se acercó hasta él, y dándose cuenta que tenía necesidad de consuelo se lo proporcionó pese a que no quería ninguno, y por tanto tenía que proporcionárselo sin su permiso.

Ramón Alonso no le contó que ya no tenía la falsa sombra, ni le dijo que el mago habíale derrotado, ni que la caja de sombras estaba cerrada para siempre. Y que su alma estaba unida al destino de su sombra verdadera.

—Todo está perdido —limitóse a decir.

Y lo repetía cada vez que creía que la mujer intentaba consolarle.

—Pero tenéis la primera sílaba del encantamiento.

Poco la había consolado esto cuando se lo dijo por primera vez, pero ahora era él el que necesitaba el consuelo, así que lo dijo con ansiedad y como si sólo bastara una sílaba para abrir la caja.

—Todo está perdido —repetía él.

—La primera sílaba es Ting.

—Todo está perdido.

—La siguiente será Tong o Tang —dijo la mujer.

Era un comentario ocioso del todo improbable, ligeras palabras sobre las que construir esperanzas de huir del infierno. Ramón Alonso no se molestó en contestarlas, pero éstas iniciaron un pensamiento en su mente que acabaría fructificando en un plan; un plan del que podrían edificarse esperanzas, tan débiles como el puente que cruzaba el Muslim, pero esas esperanzas parecían conducir a la salvación.

## El plan de Ramón Alonso

La fórmula volvió a sus escobas y baldes al descubrir que la desesperación de Ramón Alonso era tan fuerte que no podría proporcionarle consuelo alguno, y el joven marchóse por los pasillos buscando huir del mago, y pensando cómo podría apoderarse de la caja de las sombras, sin tener plan alguno para rescatarlas. Descubrió que su mano seguía agarrando la espada y al mirada vio, pese a la escasa luz, que había desaparecido todo su brillo y que el acero tornóse gris por su encuentro con la magia. Siguió un tiempo sin moverse, y allí, sin sombra y rodeado de tantas de ellas, volvió a envidiar a todas las cosas vulgares e inanimadas que tenían sombra propia y no excitaban la maravilla de los hombres.

El mago siguió dentro de su habitación, hasta que Ramón Alonso tuvo que preguntarse qué diabólico plan estaría pergeñando contra él por haber desenvainado la espada en la habitación consagrada a la magia. Pero éste había olvidado ya al joven y estaba enfrascado en cuestiones ajenas al conocimiento del hombre. El haber luchado para proteger sus sombras le importaba tanto como le importa al jugador de ajedrez que le encierren y tiren la llave cuando se dispone a estudiar los misterios de Ruy López. Antagonista y lucha fueron pronto olvidados mientras seguía con su solitaria imaginación las intrincadas órbitas de desconocidas lunas.

Acabó tarde de semejantes estudios, y Ramón Alonso vio su oscura forma enmarcada por el vano de la puerta cuando hacía tiempo que la luz de la tarde no iluminaba los corredores y pasillos. Vio con alegría que el mago dejóse la puerta abierta, y el joven apresuróse hacia el interior y puso sus manos sobre la caja de las sombras antes de que muriera el eco de sus pisadas. Primeramente puso la punta de su espada en la juntura que hay entre caja y abertura, e intentó abrirla. Pero no se salvan tan fácilmente las almas de la condenación. La puerta abierta habríale indicado a cualquier otra mente más calmada que la caja no se abriría al primer instrumento terrenal. La abertura entre caja y tapa era más estrecha que la separación que pueda haber entre dos losas de granito en el templo que hay junto a la Esfinge, más estrecha aún que la separación entre el día y la noche. Y en cuanto al material del que estaba hecha la caja, no se trataba del tipo de madera que el joven hubiera podido astillar, sino de un elemento al que preocupábale tanto el filo del acero como a éste la punta de una pluma. Dedicóse entonces a la cerradura, y algo de su brillante dureza hizo que se calmara, enseñándole que por mucho que peligrara perder su alma, nada conseguiría con apresuramientos, igual que no se consigue con cualquier fruslería relacionada con cosas corrientes.

Devolvió la caja de sombras a su lugar y envainó la espada de la que parecían



haber desaparecido todo lustre y temple, para alejarse pensativo hasta llegar a la escalera de piedra, subir sus escalones y entrar en esa habitación que compartía con las arañas. Y allí yació toda la noche igual que lo hacen los hombres que conocen su mortal destino. Y es que los seres terrenales planean y planean y mezclan sus planes con la esperanza, para luego hacerlo con el desespero, y el tejido de la razón en que se entrelazan forma curiosos dibujos con su desesperación y su esperanza, hasta que el tejedor deja de distinguir cuál es cuál. Y las estrellas se encienden una por una sobre la Tierra, y se pergeñan más y más planes. Y si el destino fuera terrenal, los planes se verían superados por la fatiga que llega con el alba, durmiéndose cuando los pájaros empiezan a cantar. Pero Ramón Alonso no se atrevió a dormir en medio del torbellino de planes y no lo hizo hasta no ver alguna razón que brillara entre sus desesperos y esperanzas, y para entonces ya estaba avanzada la mañana

Y ese relámpago de razón que por fin brilló en sus proyectos llegó de esa frase que la fámula hizo en los débiles intentos de consolarle: «será Tong o Tang». Esas palabras volvieron a él con toda su absurdidad en algún momento de las horas que separan el amanecer del mediodía. ¿Cómo podría adivinarse la sílaba acertada en la miríada de sonidos que podría tener una lengua tan desconocida? «Tong o Tang», el mero sugerirlo lo hacía estúpido. Y de todos modos no podía ser Tong o Tang, pues sería improbable que la segunda sílaba se diferenciara de la primera en sólo una vocal. ¿Cuál podría ser? Tenía toda la noche ante él, con todas sus horas para el miedo y las desesperanzas; tenía mucho tiempo para preguntarse cuál sería la segunda sílaba. Pero no fue hasta que la luz empezó a filtrarse por el bosque, que no pudo ordenar sus pensamientos y conjeturas conformando un plan.

Un plan consistente en que el número de sílabas posibles era limitado. Conocía la primera sílaba, así que suponía que la tercera fuera «ab» y repetiría el hechizo una y otra vez a la caja de sombras variando cada vez sólo la segunda sílaba. Cuando hubiéralo intentado con todos los sonidos posibles, cambiaría la última sílaba por «bab» y volvería a intentarlo. Y luego a «bac», y a «bad» y a «baf», y cambiaría la última sílaba cada vez que agotara los sonidos posibles de la segunda. Podría dedicarse a ello todas las horas de la noche y del día que el mago no pasara en la habitación. Y algún día conseguiría encontrar la combinación de tres sílabas y vería abrirse la caja de sombras antes de morir. Había calculado que eso le llevaría cuarenta años.

No dudaba que podría aguantar hasta el final, allí, agachado en la penumbra de la habitación y susurrándole tres sílabas a la cerradura. Si la caja contuviera el tesoro de las Indias, un hombre podría haberse detenido tarde o temprano preguntándose si valía la pena; pero Ramón Alonso trabajaría por la salvación de su alma. Y todo el rato pensaba en la caballerisca empresa a la que habíase comprometido. Y la mañana brilló en el bosque y se durmió.

Cuando despertó tenía el plan tan claro en la mente como si lo hubiera hecho mientras dormía. La mañana ya estaba muy avanzada y fue a ver a la fámula

guiándose por el sonido de su trabajo. Una vez que consiguió que dejara de intentar consolarle, hizo que le contara, según su experiencia, cuáles eran las horas que el mago no pasaba en la habitación. En el pasado había hablado siempre de sus planes y esperanzas con la mujer, pero ahora no lo discutiría con ella, pues había puesto en este plan toda la esperanza que le quedaba. De aquí fue a la habitación consagrada a la magia, y ofrecióle su espada al mago con la empuñadura por delante. Éste dijo que podía seguir conservándola, pues no temía a arma terrenal alguna, fuera lo que fuese lo que le aterrorizaba más allá del sistema solar. Ninguno de los dos quería continuar la querrela, el joven porque diose cuenta que su locura había llevado su alma a los mismos bordes del infierno y lamentaba su apresuramiento; y el mago por necesitar un pupilo al que transmitir el conocimiento acumulado durante eras, algo que necesitaba más de lo que podía sospechar Ramón Alonso. Así pasó la tensión entre ambos, y el mago volvió a pensar en la obligación que tienen todos los magos de enseñar a un pupilo el saber recibido de los Temidos Amos, para que así los antiguos magos puedan ser conocidos de todos los practicantes del Arte, porque así ha sido la magia hasta este día.

Entretanto, Ramón Alonso sólo pensaba en robar la caja donde el mago tenía esclavizadas a las sombras. No sabía cuándo llegaría ese día, pues podía ser dentro de años de distancia, teniendo cabellos grises ya para entonces, pero todo su fervor y paciencia estaban centrados en esto. Su plan parecía poco mejor que seguir el Arte Negro, pero le habían enseñado desde niño que todo estaba justificado en casos donde se implicaba la salvación del alma. Además tampoco consideraba que el Maestro hubiérase ganado el pago recibido. Tenía toda la atención centrada en sus planes, ordenando una legión de posibles sílabas en incontables fórmulas y apenas oyó la suave voz del maestro hablándole a través de la penumbra.

—¿Qué saber queréis de mí?

Sus pensamientos volvieron de un año imaginario y lejano, en que al fin liberaría con un último hechizo su sombra de la maldición eterna que las sombras sin dueño comparten con las almas de los que fueron sus dueños; y volvieron alertas y seguros, como si no se hubieran alejado ni una hora de este día y esta mañana.

—Quisiera aprender a hacer algo más duradero que el oro —respondió.

Y el Maestro sonrió tal y como había esperado Ramón Alonso.

—Entonces estudiaremos la manera de concebir encantamientos persas, que son los que, más que ninguna otra inscripción mágica, hechizan espíritus cuya existencia no depende de esta esfera y serán recordados más allá de esta tierra.

Levantóse y colocó en el atril un volumen forrado en cuero, tan negro como una silla de montar en un viejo campo de batalla, escrito en la vejez por uno de los magos anteriores a la caída de Sidón.

—En este libro está escrito todo lo que ha podido decirse entre los habitantes de la Tierra y éstos que no habitan aquí, y con ello todo hechizo que pueda obligarles a responderos.

Entonces empezó la enseñanza de escrito tan pagano, de sus puntos y de sus curiosas fiorituras, de la pronunciación de sus raras vocales y de sus extrañas entonaciones, y de toda esa labor • que tienen que sobrellevar los pensamientos para transmitir la sabiduría de era tan antigua; labor que no es menor a la de los mineros que desentierran bosques olvidados y procedentes del pasado de la Tierra. Y todo el tiempo que Ramón Alonso aprendía, tenía fija la atención en la hora en que el mago dejaría la habitación consagrada a la magia, alejándose por el pasillo como si fuera una enorme sombra, y por fin podría dedicarse a la salvación de su alma. Y tanto tardó en llegar esa hora, que por un momento temió acabárase su tiempo y empezado la eternidad, y su condenación sería pasársela aprendiendo por siempre hechizos paganos en la penumbra de la habitación, mientras los bendecidos la pasaban sentados al sol y cantando en castellano. Y ese temor pasó siendo sustituido por uno más terrible, que decía que le esperaban cosas más horribles a no ser que pudiera rescatar su sombra de la condenación que acabaría compartiendo con su alma.

La hora llegó con el aprendizaje de cómo pronunciar una vocal pagana, tras lo cual levantóse el mago y salió como un murciélago de la habitación. Ramón Alonso siguió sentado un rato, sin moverse, escuchando el eco de los pasos del amo de las sombras. Entonces se acercó hasta la caja de las sombras susurrando un apresurado hechizo. La cerradura ni se inmutó. Murmuró otro y otro, y agazapado en la penumbra de la habitación, entonó con cierto soniquete un hechizo tras otro. La primera sílaba siempre era Ting, pues sabía era correcta; la última siempre era «Ab», no siendo más que una suposición que pretendía modificar con los años; y la tercera siempre la cambiaba. No le asustaba el pensamiento de pasar sus años en esta habitación susurrándole hechizos a la caja, pues era consciente de que comparada con la eternidad, su vida no era más que una gota en el mar. Sólo temía que esos años fueran demasiado pocos. Cerca de él estaba la caja donde el mago guardaba su arma, la del relámpago. No tenía ni cerradura ni agujero para la llave, pero cuando intentó levantar la tapa ésta pareció estar cerrada para siempre. No conocía qué clase de magia haría que se abriese. Reflexionó acertadamente que si el mago osaba salir sin su arma era porque probablemente tendría otras más terribles. Volvió a su monótono trabajo.

El mago regresó por la tarde, y Ramón Alonso abandonó sus solitarios murmullos, y pronto estuvo aprendiendo más saber persa, pues la mente del maestro estaba planeando convertirle en mago. Si hubiera estudiado con semejante maestro y aprendido pacientemente ese saber cuyos esplendores han hecho olvidar la salvación a más de uno, podría haber sido renombrado entre toda la Hechicería, y gozado de grandes honores entre los malditos. Era un honor del que en una ocasión habló el mago, justo cuando Ramón Alonso preguntó sobre el estado actual del ilustre profesor que en tiempos sentóse en el Sillón de la Magia le Zaragoza.

—Ahora camina por los infiernos —dijo el mago—. Lo hace envuelto en llamas, siendo objeto de respeto y reverente veneración, y cuando pasa todos se humillan

hundiendo la cabeza en las incandescentes cenizas que deja a su paso. Según me han dicho muchos, su presencia es gloriosa y está primera entre todos los esplendores del infierno.

Ramón Alonso dio la espalda a fama semejante. Son elecciones que tienen que hacerse a menudo.

Cada vez que el maestro reprendíale por su poca atención se disculpaba y pretendía diligencia, pero sus pensamientos estaban lejos de Persia y nunca aprendió hechizo alguno que pudiera servirle para detener espíritus vagabundos y que le dieran nuevas no polucionadas por costumbres terrenas. Y así perdió lo que perdió y ganó lo que ganó.

Y por fin llegó la noche, y el mago le abandonó. Y el joven levantóse también como para marcharse, pero quedóse atrás, y vio con alegría que tenía toda la noche por delante para trabajar. No tuvo más luz que la del resplandor de la luna, no queriendo encender la vela del mago, por si su acortamiento delataba lo tarde que habíase quedado trabajando. La luna nueva desaparejó pronto. Habíase olvidado de comer y hasta de beber, y el sueño parecía innecesario e imposible para su persona. No necesitaba luz más que para ver la cerradura, y para ese propósito mantuvo toda la noche el dedo sobre ella, para saber si se movía por algún encantamiento de los pronunciados. Los búhos vieron a Ramón Alonso inclinado sobre la caja cuando salieron de caza, volvieron a verle cuando retornaron a sus escondrijos; y su cuerpo agazapado en un rincón fue visto por bandadas de mariposas nocturnas cuyos ojos ven en la noche como si ésta fuera luminosa, y más tarde aún, le vieron otras mariposas de muy diferentes especies; y los ratones que al principio se aterrorizaron oyendo el sonido de la voz humana, acabaron acostumbrándose a su larga monotonía y correataron alrededor de su inmóvil figura; y le vieron estrellas cuya existencia no conocía.

Y cuando la noche tornóse gris, haciendo que todas las esperanzas parecieran infundadas y absurda su larga labor, la cerradura retembló ligeramente al pronunciar un hechizo; notó que vibraba bajo la yema de sus dedos. Esta noche había pronunciado centenares de hechizos y encantamientos, pero la cerradura no se movió ante ninguno, y ahora tembló, pero sin abrirse. La esperanza atravesó por su mente al instante de ese temblor, entonándole cánticos de salvación, pero sólo para volver a caer como un pájaro muerto. Volvió a pronunciar el hechizo, y la cerradura volvió a temblar. Pero siguió cerrada. Ramón Alonso se sentó sobre los talones y caviló. Lo repitió otra vez, y otra, y otra, y siempre pasaba lo mismo. Ahora podía ver la cerradura a la pálida luz que entraba en el lugar, y ningún movimiento se percibía con el ojo, pero seguía notando con los dedos ese temblor cada vez que pronunciaba el hechizo. Eso aumentó su desesperación, pues creyó estar utilizando el hechizo correcto, y que por razones que no se sentía capaz de adivinar, no provocaba más que esa débil vibración. Repitiólo una y otra vez, y siempre pasaba la misma cosa. El hechizo era «Ting Yung Ab».

No quería dejarlo a un lado y seguir con su sistema, pues ningún otro de los hechizos utilizados había movido en algo la cerradura, así que siguió repitiéndolo desesperadamente hasta que el alba se hizo más evidente y fresca, y más y más objetos aparecían de la oscuridad con sus sombras; y éstas parecían recordarle su carencia de ella, y todas esas cosas materiales parecían triunfar una a una sobre él como si fueran un ejército llevando a un prisionero. Y en ese desespero fue cuando al fin notó que el temblor parecía originarse con una parte del hechizo pronunciado, y no al terminarse éste. Ocurría en la sílaba «Yung». Dijo el hechizo con lentitud para asegurarse, pues hasta entonces siempre lo había pronunciado con rapidez. Y cada vez que decía la sílaba «Yung» la cerradura siempre vibraba, deteniéndose al llegar a la sílaba «Ab».

La esperanza llegó a Ramón Alonso tan gloriosa y repentina como un amanecer, pero no quiso reconocerla abrumado por sus desesperos a una hora tan fría; así que proyectó cambiar su fórmula y se fue a dormir. Y cuando despertó en medio del brillante día, la esperanza seguía en él y había crecido desde el amanecer.

## Ramón Alonso baila con su sombra

Ramón Alonso bajó la escalera, comió con hambre, y apresuróse hasta la habitación consagrada a la magia; y allí estaba el Maestro en su lugar de costumbre. En sus ojos había reproche por la tardanza del muchacho, pero no desperdició palabras reservándolas todas para la instrucción en hechizos paganos que empezó de inmediato. Las intenciones del Maestro cada día eran más claras, y el joven ya era consciente de ellas: su nombre estaba destinado a ser reverenciado, y tan temido como el que se sentaba en el Sillón de la Magia en Zaragoza; su sabiduría, su soledad, su aislamiento, iban a ser como los del que vivía en la sombría casa del bosque; tendría un poder ante el que temblarían los justos; y las madres pronunciarían su nombre para que los hijos dejaran de jugar y se fueran a la cama. La sangre del joven se rebeló y gritó ante esa fama terrible, y los pájaros del bosque le apoyaron cantando desde él, y la luz del sol pareció ponerse de su lado y contra la magia. El día de ayer no había osado protestar por lo que pudiese enseñarle, pues había considerado que la única esperanza de recuperar la sombra radicaba en muchos años de obsequiosidad y paciencia; pero ahora le fortalecía la esperanza, e hizo una pregunta que en sí misma era una protesta, y la hizo cuando el Maestro le enseñaba calmadamente un hechizo de terrible potencia.

—Maestro, ¿qué oportunidades de Salvación tiene un hombre que haga uso de este hechizo?

—¡Salvación! ¡Salvación! —dijo el Maestro—. Algo que es común a incontables millones. Prácticamente una experiencia común a la mitad de la raza humana. ¿Es acaso algo que pueda prevalecer a saber cuándo volverá un cometa, a hablar con esos lugares cuyos espíritus vagan de mundo en mundo, a extrañas lenguas, runas y encantamientos, al conocimiento de historias antiguas y guerras futuras? ¿Es algo que pueda oponerse al curso de una estrella? Preferiría arder junto al Conde de la Montaña, el que estuvo sentado en el Sillón de la Magia de Zaragoza, y arder con esa llama que le atormenta pero no consigue sojuzgarle. Cualquier cosa antes que compartir con el ignorante populacho virtud alguna inherente a su vulgar estado. Sí, así es, y maldito seáis si no os inclináis ante su rastro de sulfuro, cuando ha habido reyes que no dudaron en arrodillarse para honrar su fama, fama que tiene resonancias más allá de limitaciones terrenas.

Ramón Alonso no osó decir más. Parecíase a un estudiante de polvorienta aula exigiendo alguna diversión infantil que su corazón tenía en más alta estima que el honrado saber impartido desde la mesa. El mago estaba cada vez más irritado, y Ramón Alonso inclinó la cabeza para aprender el hechizo persa, pero su mente estaba

muy lejos de allí, con su esperanza y su plan. Aprendió en silencio cuando el mago volvió al trabajo de convertirle en su pupilo, y hacerle digno del terrible conocimiento que habíasele comunicado durante años por el intermedio de temidos maestros. Y la figura del Maestro salió al fin de la habitación en penumbra, y Ramón Alonso quedóse a solas con su esperanza.

Ésta se basaba en que las dos primeras palabras eran correctas, y que el temblor de la cerradura no era sino la anticipación al abrirse, decepcionada por la sílaba final «Ab». Así que sólo tenía que intentarlo con los centenares de posibles sonidos que podían ser la sílaba, en vez de multiplicarlos por centenares y trabajar hasta la ancianidad. El mago estaría fuera unas horas, y luego retornaría por la tarde para dar otra agotadora lección. La habitación quedaba llena de hechizos cada vez que el mago salía. Hechizos que podían haberle devuelto la vida a uno de los cocodrilos cuando se le ocurrió enfrentarse a la magia con la espada, y que podrían haberlo devorado de no mediar la necesidad de un pupilo. Pero a Ramón Alonso sólo le preocupaba un hechizo. Y volvió a agacharse ante la caja de las sombras, y todos los hechizos pronunciados empezaban con «Ting Yung», y cambiaba continuamente la última sílaba. Notó una vez más cómo temblaba la cerradura al decir la segunda sílaba, calmándose otra vez al oír la tercera. Cada vez estaba más y más seguro de poseer las dos terceras partes del secreto, y que para la liberación sólo faltaban horas en vez de años. Entonces le devolvería su sombra a la pobre y anciana fámula, y huiría de la siniestra casa, y trabajaría en algo más sencillo para conseguir la dote de Mirandola, y siempre entre gente ignorante, o que nada tuviera que ver con cosas como el rechazar la Salvación. El trabajo de esas horas sobrepasaba en mucho la paciencia necesitada por el escolar que estudia matemáticas, o por el jugador de ajedrez que analiza posiciones y aperturas. Pero cuando volvió el Maestro apenas había ido más allá de las sílabas que empiezan por «b», y la cerradura de la caja seguía tan cerrada como siempre.

Transcurrieron más agotadoras horas con las paganas artes persas, y Ramón Alonso pensó todo el rato en el Cielo, igual que un niño encerrado en clase piensa en los verdes campos. Prefiero no reseñar el tedio de esas horas. Si nos atenemos a esos movimientos terrestres con los que medimos las horas, éstas transcurrieron igual que lo hacen otras; pero si lo hacemos con medidas espirituales, y las consideramos marcadas por la impaciencia, la añoranza y el agotamiento sentidos por el joven, entonces pasaron muy lentamente. Pero la impaciencia del hombre tiene un final, como lo tienen todas y cada una de las revoluciones terrestres, y la noche llegó y el Maestro se marchó. El joven no sabía a dónde, puede que a dormir, o puede que a atravesar los abismos y estar con los condenados. La necesidad y la falta de sueño, lejos de cansarle, habían prendido un fuego en sus venas que le impulsaba a una fiera actividad, y en seguida estuvo ante la caja de las sombras musitando hechizos. Se sintieron brisas y ruidos extraños, y con ellos aparecieron las mariposas nocturnas y los búhos, y las estrellas, y los ratones correteaban por la habitación.

Y llegó la medianoche, y la solitaria figura acurrucada junto a la caja había dicho todas las sílabas empezadas por «c» o «d». No le llegó inspiración alguna que animara su labor y siguió apegado a su plan, que era de una larga monotonía, la de las centenares de frases empezadas por Ting Yung. No se fijó en los lentos cambios de la noche. Apenas miraba por la ventana, pero las negras ramas recortándose contra los astros serían un recuerdo que le acompañaría para siempre; y cada vez que viera ramas recortándose contra estrellas, acudirían a su mente las sensaciones más agotadoras. Su cabeza estaba tan poblada de esperanzas y desilusiones como puede estarlo el bosque de predadores nocturnos. Pero esa noche no hubo desesperación, pues estaba decidido a no desesperar hasta el último de los sonidos que pudiera servir como tercera sílaba. Las estrellas palidieron como por una enfermedad, y a Ramón Alonso parecióle que el alba se alzaba con gran cansancio. Las voces de los pájaros atronaron sus oídos delicados por el agotamiento y siguió murmurando. A las sílabas ya intentadas habíales añadido las iniciadas con «f» y «g». Había ido más lento que con las principiadas en «d», pues consideraba que «d» no podía ir seguida de una «1», lo cual limitaba el número de sonidos a intentar. Y ahora llegaba a la «h», que esperaba no fuera seguida ni de «1», ni de «r».

El alba se hizo más evidente. Volvió a sentir la desesperación contemplando la miríada de objetos que aparecían en la oscuridad, todos ellos poseyendo lo que a él le faltaba con tanta evidencia; todos ellos dueños de una sombra, él de ninguna. El sol había salido ya, pero seguía oculto por los árboles. Y de pronto se abrió la cerradura. El hechizo era Ting Yung Han.

Ramón Alonso apartó apresuradamente la cerradura, y abrió la caja con precaución. Estaba llena de sombras. La cerró al verlas moverse, y se acercó a la ventana para tapar un vidrio roto con su pañuelo, no fuera a escaparse alguna. Luego volvió a ella y la abrió un poco, sacando una sombra sujeta entre índice y pulgar por los talones, tal y como había visto que hiciera el mago con la suya. La dejó en el suelo, cogió un jarro de una estantería y se lo puso encima, pensando que cualquier trozo de materia bastaría para sujetar algo tan delicado como una sombra. Luego sacó otra tratándola de la misma manera. Y una tercera, y una cuarta. Eran sombras de toda clase de gente, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. El enrojecido sol se asomó y contempló al hombre sin sombra disponiendo esa asamblea, y sujetándolas una por una con pequeños pesos. Ninguna creció cuando las miró el sol, pues todas estaban perdidas y sin dueño. Yacían en el suelo, grises, temblando ligeramente. Y entonces, entonces, fue cuando encontró su sombra. La reconoció de inmediato. Se la puso junto a los talones, y corrió hacia él. Y en el momento que se aseguró allí, Ramón Alonso juró que nunca, nunca, volvería a desprenderse de ella por pago o trato alguno. Y la sombra creció con la temprana mañana, y en ese momento bailaron juntos como si ambos fueran iguales a los ojos de lo material, y ambas cosas ponderables y tangibles, y ambos carecieran de volumen. Y por un tiempo no pudo sentir esa superioridad que siente la materia hacia las sombras. Sólo sentía que había



retornado a ese orgulloso lugar que tiene la humanidad entre las cosas sólidas, y por tanto ya tenía salvación. Así que bailaron como iguales y no como amo y sombra. Y Ramón Alonso dio vueltas y vueltas por el suelo, y la sombra daba vueltas y vueltas en pos suyo jugueteando por las paredes. Y pasaron regocijándose ante todas las formas materiales de la habitación, sabiendo que por muy estúpidos que sean los sentimientos de la materia, esas formas se habían burlado de él al ser menos que ellas, recordándole que al envidiar sus sombras, había considerado a sí mismo como un inferior. Siguió bailando de pura alegría, y habían desaparecido la fatiga y el temor de la noche, y una energía y fantasía en su saltarina sombra parecían decirle que ella también tenía su propia alegría. Contempló los silenciosos saltos que seguían sus alegres pasos, y empezó a comprender cómo era posible que el alma pudiera seguir a una sombra, igual que aquí en la Tierra una sombra sigue los talones de su dueño. Siguió bailando hasta que una nueva fatiga, que no era la del temor y la monotonía, apoderóse de sus músculos e hizo que le pesaran los pasos. Y descansaron él y su sombra.

Volvió a la caja, y la siguiente sombra que sacó era una pequeña, de una chica delgada, con cabellos ensortijados que parecían agitarse con un repentino giro de la cabeza, y que mostraban un perfil de labios jóvenes ligeramente separados. Esta joven sombra tenía una gracia similar a la de la primavera llegando repentinamente hasta alguien que la espera un amanecer, mientras sus mayores duermen. Una doncella en primavera. Y mientras miraba ese delicado perfil, la imaginación de Ramón Alonso escuchó el canto de los pájaros y el repicar de lejanos cencerros y de todos esos sonidos felices que pasadas estaciones conformaron esa mirada interrogadora. ¿Quién sería para ser tan hermosa?, se preguntó. ¿Dónde estaría? ¿En qué lugar se originaba tanta belleza? Ahora era un hombre con sombra. Podía enfrentarse al mundo. Ya no envidiaba nada de lo que poseían las demás cosas materiales. Buscaría a la chica de la sombra con cabellos ensortijados por toda España. Y sus pensamientos discurrieron por días dorados e imaginarios.

Cuando volvió de esos pensamientos fue cuando recordó su misión y la promesa hecha a la fámula. Regresó entonces a la caja, pero no le puso un peso a la sombra de ensortijados cabellos, dejando que flotara por la habitación mientras cogía más. Cuando sacó la última de las sombras el sol no había asomado aún por las copas de los árboles, pero sí brillaba entre sus troncos. Había dos sombras de gruesas ancianas, había la sombra de cabellos ensortijados, y el resto eran sombras de hombres. No había ninguna que pudiera pertenecer a la fámula.

Antes de volver a encerrarlas en la caja se aseguró de poder liberarlas. Así que la cerró y colocó el candado de la cerradura, y pronunció el hechizo y ésta volvió a abrirse. Lo hizo dos o tres veces, y volvió a coger las sombras con índice y pulgar y las metió en la caja una a una. La última fue la esbelta sombra de cabellos ensortijados que vagaba en libertad por la habitación; y ella se alejaba de él, y él corrió tras ella, y pronto la cogió, pues no había aprendido a correr más rápido que

cuando lo hacía a los pies de una joven que recorría los primaverales campos. A ésta también la metió en la caja, aunque lamentó hacerlo. Sólo se quedó con su propia sombra. Cerró entonces la cerradura, y apresuróse fuera de la habitación, pues aún quedaba mucho por hacer. Primeramente debería buscar a la fámula, hacerla partícipe de su fracaso, y ofrecer su escapada para defenderla donde fuera que fuese, si deseaba huir de esta casa. Esto estaba comprometido a hacer, pues no albergaba esperanzas de encontrar la sombra que prometió rescatar. Después volvería a la habitación, y esperaría en el rincón más oscuro a que llegara el Maestro, y así no vería que había recuperado su sombra. Tendría que marcharse de la casa en unos términos tales que le permitieran volver un feliz día en que hubiese encontrado a la dueña de la sombra ensortijada. Quería rescatar su sombra y dársela, restaurándola a su legítimo lugar entre las cosas materiales, y casarse con ella, y olvidar para siempre toda magia. Pero su espada seguía al servicio de la fámula, y ya había planeado otra empresa, y todavía no había escapado de la casa. Que el mago le viera con su sombra antes de marcharse, o que fuera a la caja de sombras y descubriera su falta, eran cosas que no consideraba para que llegaran a feliz término sus impetuosos planes o doradas esperanzas juveniles. En ese caso perecería por el enrojecido relámpago mágico, o bajo algún temible hechizo, y el Maestro recuperaría su pago.

Corrió para encontrar a la fámula. La mañana transcurría de prisa, haciendo más próxima la hora en que debería encontrarse con el mago. Llegó sin aliento al rincón donde la anciana vivía con sus baldes.

—Anémona. He abierto la caja de las sombras. —Recuperó el aliento antes de seguir—. No estaba allí.

—¿Allí es la caja de sombras?

—Sí. Mirad. He encontrado mi sombra. Pero la vuestra no estaba allí.

Ella le miró, y viendo su sombra recuperada, acudió a su cara más alegría de la que jamás había visto antes en aquel lugar. Él le contó cómo perdió la falsa sombra y cómo encontró la verdadera. Habló de las otras sombras encontradas en la caja, describiendo la de las dos gruesas ancianas que no podían ser la de Anémona, y describió algo tímidamente la sombra joven y esbelta, diciendo poca cosa al principio; pero pese a hablar en rara voz, la fámula parecía tener alguna clase de poder que le impelía a hablar más y más, y pronto se hizo transparente el amor que sentía hacia la sombra de ensortijados cabellos y labios ligeramente separados.

—Pero no estaba vuestra sombra, y ya no podremos encontrarla. Pero si queréis huir ahora mismo de esta casa, en vez de vuestra sombra tendréis a mi espada para protegeros en cualquier parte a la que queráis ir.

La anciana hizo un montón con la paja.

—Sentaos —le dijo.

## La liberación de la sombra

—Hace tiempo —dijo la fámula—, hace mucho, mucho tiempo, yo vivía en la cabaña que tenía mi padre en Aragona. Aquellos soleados días no tenía otra cosa que hacer más que cuidar de su jardín, o cantar; menos en invierno, que cuando se helaba el pozo del jardín ayudaba a mi madre acarreando baldes de agua desde el río. Recuerdo que esos días me parecían más soleados que los de ahora y las primaveras más repentinas y alegres; y recuerdo la gloria del bosque en otoño, sí, y una belleza especial en las tardes de invierno, que, ay, no he vuelto a ver tan a menudo. Así que como no tenía nada que hacer, crecí entre hermosas estaciones y sólo respiraba y veía belleza por todas partes, y crecí hermosa, aunque en nada era mérito mío, y todo era producto de innumerables años de la magnificencia del ocio de Dios. Sí, jovenzuelo —añadió, pues algo vio cambiar en su expresión—, las fámulas también fuimos hermosas una vez.

»No amé a nadie, pues ninguno de los que acudían con guitarras a nuestro jardín en la medianoche, ninguno era más hermoso que mis días de ensueño, y éstos eran de Aragona.

»Una tarde, cuando tenía diecisiete años, llegó un hombre extraño proveniente del bosque, caminando en solitario. Recuerdo su capa roja y su curioso sombrero, y su aire venerable. Llegó a nuestro pueblo una tarde de verano a la hora en que salían los murciélagos. A través de mi ventana vi como se detenía al borde de nuestro jardín, sacaba una flauta de su capa y tocaba una nota en ella. Mi padre acudió corriendo al oír el extraño sonido, y vio al hombre, y le saludó con el sombrero, pues tenía un aspecto maravilloso, y le preguntó lo que deseaba, y el Maestro dijo, porque era él, el mago experimentado dijo que buscaba una fámula, alguna moza que limpiara en su casa del bosque. Mi padre debió decir que no había ninguna chica así en la casa. Pero hablaron, y mi madre salió, y volvieron a hablar. No sé cómo les convenció, pero él tenía un aspecto maravilloso. Había muchos hombres justos que tenían menos presencia que él. Mis padres eran pobres y querían encontrarme un trabajo, y el oro siempre fue para él como algo que se da a manos llenas y sin contarlo. Pero sigo sin saber cómo les satisfizo.

»Mi madre me llamó y dijo que debería marchar con el señor para trabajar con él en su gran casa del bosque, y que pagaría más de lo que podía soñar, y que así podría regresar a Aragona siendo una chica con buena dote. Ay, sí me pagó más de lo que soñé, pero nunca regresé, nunca. Lo intenté una vez pero no me lo permitieron.

»Me dijo que no esperaría y que debía preparar ya mi hatillo. Y así lo hice, y estuve lista, y les dije adiós a mis padres, y me fui con el extranjero aquella tarde.

Miré atrás cuando salí del jardín y vi a mi madre contemplándome con duda en los ojos. Pero no me llamó. Fue muy triste marchar aquella tarde detrás de ese hombre extraño y pensando en Aragona. Entonces sacó un junquillo de algún lugar de su capa y tocó otra nota; y todo el mundo pareció extraño, y la tarde encantada y maravillosa, y olvidé Aragona. Caminé tras él emocionada por las maravillas que una sola nota parecía haber convocado de las lejanas tierras de la magia. Parecieron acechar al otro lado de las colinas y de los arbustos silvestres, cosas que llegaban del país de los elfos y las hadas para escuchar la melodía que tocaba. Pero dejó de tocar, y me llevó a su casa del bosque.

»Ah, entonces no tenía ojos como éstos, no eran charcas de agua de lluvia; entonces brillaban y eran del color de los lagos cuando los toca el sol del verano. Y tenía dientes blancos y pequeños. Y rizos dorados. Oh, cómo quería mis pequeños rizos. Y mi figura era más esbelta y erguida, y firme. Y mi rostro joven no tenía nada que ver con estas arrugas.

Ramón Alonso se removió incómodo. ¿Quién podía creer en una belleza que no podía verse? La enfermedad siempre clama por la piedad, y él habíale dado mucha. Pero la belleza pide ser amada. ¿Cómo podría concederle esto a un recuerdo, a la historia de una anciana? Sintió que lo mejor sería guardar silencio.

Podía haberla compadecido más profundamente sin su lamentable petición. Las palabras no podían restaurar una belleza desaparecida. Acarició algo torpemente su mano, toda venas y arrugas, que estaba encima de la paja.

—Sí, sí —dijo—. Todo acaba pasando. No pongo en duda que fuerais hermosa.

Y ella se dio cuenta que no le había explicado nada.

—Fue entonces —dijo con un repentino brillo en sus ancianos ojos—, fue entonces cuando se apoderó de mi sombra.

Antes de comprender nada, Ramón Alonso supo por esa mirada y esa voz, que le había dicho algo de extraña importancia. Miró a la fámula y ella asintió, y siguió sin comprender nada.

—La sombra hermosa —gritó de pronto.

Y ella asintió con la cabeza.

La mañana seguía amaneciendo, y en cualquier momento podría aparecer el que temían. Se levantó y fue a la habitación consagrada a la magia. Volvió a inclinarse sobre la caja de sombras. Volvió a musitar el hechizo. Otra vez se abrió la cerradura y encontró la sombra de la fámula. Dejó dentro a las demás y le llevó gentilmente a la fámula esa sombra joven y encantadora.

Y llevó lentamente la sombra, pese a la prisa que había, pues la amistad y su misión caballeresca demandaban que se la llevara a la anciana, y en cuanto lo hiciera habría terminado su amor. Sabía que la sombra y la sustancia deben ser afines, y que la vieja fámula jamás podría proyectar la sombra de una joven esbelta y encantadora. Mientras caminaba le susurraba adioses al alegre perfil y los agitados rizos. Pues había amado esta sombra desde el mismo momento en que la vio, como no había

amado a otra chica mortal. Era el primer amor ante el que suelen reírse los mayores, profetizando que se pasará. Pero ahora, Ramón Alonso pensaba que debería olvidar para siempre, llevándose consigo toda la gloria que había en su vida y dejándola toda gris. No razonó que no la había amado más allá de una hora, ni que había entregado su amor a una sombra. No razonó en absoluto. Pues una pena tan profunda como la argumentación de los mayores estaba apoderándose de él, y ningún argumento podría haberle librado de ella.

Hacia poco había planeado un futuro recorriendo tierras españolas, buscando a la chica que había perdido la sombra, y ahora que la chica había desaparecido, todo su futuro parecía vacío.

Se encaminó al mugriento rincón donde la fámula dormía entre pajas rodeada de sus baldes y escobas, y allí se quedó, inmóvil, contemplando largamente a la sombra.

No supo cuánto tiempo estuvo allí. Hay amores cuya duración es la de un romance de toda una vida, y que brillan para siempre en la memoria del hombre, iluminando todos los años de su vida. Hacen que el tiempo pase como el relámpago por el aire, su duración en horas no resulta mensurable. No supo cuánto tiempo estuvo así.

—Vuestra sombra —le dijo a la fámula.

Si hubiera sido posible algún consuelo, la alegría que iluminó la arrugada cara de la anciana habríale consolado.

—Sí. Ésta es mi sombra.

Y habló en susurros como suele hacerlo la gente al contemplar raros crepúsculos, o tumbas de jóvenes héroes muertos hace demasiado tiempo como para sentir pena.

Y la mujer habría querido acariciarla, y tocar sus rizos, pero retiró la mano, pues se le habría pegado a ella y no deseaba proyectarla a partir de ahí. Así que quedóse mirándola un poco mientras yacía en brazos del joven. Y ese momento del que dependían sus vidas se desperdició, pues los pasos del mago resonaron débilmente en un corredor lejano. Iba hacia ellos y no le oyeron.

—Fuisteis muy hermosa.

—Sí —dijo ella sonriendo y mirando a la sombra.

—Tomad vuestra sombra —dijo cortésmente tras un suspiro.

Y en ese momento oyeron los pasos del mago.

—Viene hacia aquí —gritó ella.

Ramón Alonso escuchó. Era muy evidente. Y entonces recordó el pañuelo que dejó en la ventana de la habitación consagrada a la magia. Y tras éstos hablaron en susurros.

Los pasos del pasillo se acercaban más y más, y el mago estaba entre ellos y la puerta del bosque. Ramón Alonso se apresuró hacia la anciana, mostrándole la sombra.

—No, no —susurró la anciana—, no debe verla.

—Este rincón es muy oscuro.

—No, no —dijo ella—. Tenemos que huir.

Huyeron por los corredores alejándose de la puerta del bosque, y el mago iba lentamente tras ellos. Intentaron adivinar por sus pasos la magnitud de sus sospechas. Se preguntaron en cuánto habría aumentado sus sospechas el que huyeran. Se preguntaron qué armas llevaría, si de esta Tierra o del Más Allá, si de las que cortan carne o alguna mortal para las sombras. Temían una herida que acabara con todas sus esperanzas terrenas, o un golpe que les separara de las sombras y de la salvación, haciendo que sus indefensas almas compartieran el destino de sus sombras. La casa estaba toda llena de temores.

Y corrieron, y Ramón Alonso seguía sujetando la sombra de cabellos ensortijados, y el mago les seguía. ¿Sospecharía o sabría? ¿Habría tenido tiempo de abrir la caja de las sombras y examinarlas todas? Si así era, lo sabría. Pero si había entrado en la habitación y sólo visto el pañuelo, buscando luego a su pupilo, entonces, sólo sospechaba. Pero sus sospechas eran tan agudas y mortales como sus estimaciones. Pensamientos como éstos rondaban su mente más rápidamente de lo que corrían.

Cuando más cerca tenían los mágicos pasos, la anciana empujó a Ramón Alonso a un lado, y atravesaron o pasaron entre dos tablas de la pared, yendo a parar a un hueco que había en ella situado tras el enmaderado. La anciana conocía el lugar desde hacía años. Las ratas, la humedad, los gusanos, y demás servidores del tiempo habíanlo agrandado poco a poco, y ahora había el sitio justo para que se escondieran allí dos personas. Esperaron allí mientras los pasos se acercaban más y más; y Ramón Alonso sujetaba todo el rato la sombra, pese a que ésta se agitaba en dirección a la fámula. Ella consiguió contener la respiración pese a que hasta ahora respiraba ruidosamente. Y los pasos se acercaron y pasaron de largo. No dudaban que iba buscándoles, pero cuando pasó sintieron que todavía no sabía lo de la apertura de la caja. Pues susurraba consigo mismo todo el rato.

—¿Ramón Alonso? ¿Ramón Alonso? —decía.

La fámula agarró al joven por la muñeca, y éste escuchó mientras ella le sujetaba, y los pasos se alejaron.

—Ahora —dijo de repente.

Se levantaron con cauteloso silencio, pero una de las tablas crujió. Dejaron el húmedo rincón y se alejaron de puntillas. Oyeron como el mago daba media vuelta y volvía por el pasillo, y corrieron hacia la puerta del bosque.

El mago había apresurado su caminar, pero pudieron llegar a tiempo a la puerta y estuvieron en el bosque antes de poder verle, y eso que miraron muy a menudo por encima del hombro. Corrieron no sólo para evitar su persecución, sino para estar lo más lejos posible antes de que hiciera uso de sus encantamientos, pues ambos temían que al descubrir su ausencia fuera a su siniestra habitación para utilizar algún arma de brujería de su caja de hechizos, y desencadenara su poder en el bosque. E hicieron bien en correr, pese a no tener conocimiento como lo tienen los que estudian las artes

mágicas, de que la fuerza de todo hechizo o encantamiento disminuye en relación con el cuadrado de la distancia.

Y el mago nunca les atrapó con arma o hechizo alguno, pues corrieron salvos por el bosque. Y llegaron a su final, y salieron a plena luz del sol, que es lo que detiene el fluir de los hechizos, más que cualquier otra cosa conocida por la ciencia. Y la anciana fámula se sentó en la hierba totalmente agotada.

## La sombra maravillosa

Sintiéronse a salvo bajo la honesta luz del sol. Y Ramón Alonso se sentó cerca de la anciana mientras descansaba, mirando con nostalgia a la joven y delicada sombra que no esperaba ver durante tanto tiempo. La mantuvo entre sus manos, pero ya iba siendo hora de entregarla, pues su vieja compañera carecía de sombra y en esto había empeñado su palabra. Debía entregarla para que adquiriera otra forma, pues todo el mundo sabe que sustancia y sombra deben ser similares en contorno. Debería entregarla y terminar su historia de amor que no tenía ni tres horas de tiempo. Vería cómo cambiaba ese perfil, cómo cambiaban esos rizos para convertirse en lacios cabellos. Conduciría a la anciana hasta su Aragona, y se alejaría buscando la camaradería de hombres que, estaba seguro debían existir, habían amado a una sombra. Entretanto la anciana descansaba, y podía cederle un rato esa sombra sobre la que se edificaban sus juveniles sueños, sueños que sabía, como sabe la juventud, que acabarían derrumbándose.

Apartó sus negros pensamientos del futuro para pensar en el de ella. ¿Qué podría hacer la pobre anciana en un mundo que había cambiado tanto sin ella? ¿Estarían muertos sus padres desde quién sabe cuánto tiempo? Nadie la conocería en Aragona. ¿Cómo podría desenvolverse allí? Se volvió hacia ella para hacerle de nuevo esa oferta que le hizo una vez.

—Si llegáis a cansaros de Aragona...

—Ah, Aragona. ¿Cómo podría cansarse alguien de ella?

—Si deseáis una casa cálida, un trabajo ligero, alguna comodidad... Estoy seguro de que mi padre os daría un empleo.

Y otra vez sonrióle de la misma extraña manera que cuando le ofreció esto anteriormente. Habría querido hablarle de su casa, de lo cómoda que era, de sus viejos rincones, de sus placenteras habitaciones, de la plácida atmósfera que lo invadía todo; y de cómo una fámula podría haraganear sin que nadie la vejara, quitando con lentitud el polvo de los tapices y descansando cuando quisiera, haciendo sólo el trabajo justo para alejar a la araña, quitando el polvo con la misma parsimonia con que ella teje su tela, y haciéndolo hasta que los rayos del sol enrojezcan las ventanas occidentales; sentándose luego para contemplar como se coloreaban de vida los rostros de antiguos héroes, y como resucitaban los tapices al compartir este momento mágico del sol. No, no habría utilizado esta palabra, pues estaba cansada de magia. Habría hablado de la bendición solar, y de cómo podrían brillar en ese anciano rostro una tarde de la feliz quietud de su hogar. Pero sus palabras se detuvieron ante esa sonrisa y no dijo nada más.



—Entonces os llevaré a Aragona —dijo al poco.

—Como deseéis.

No entendía esas palabras indiferentes hacia su amada Aragona, ni comprendía su sonrisa. Pero ahora estaba más descansado, el fin estaba próximo, y pronto recuperaría su sombra. Volvió a mirar la ensortijada y joven cabeza, los entreabiertos labios y la esbelta silueta de tan dulce sombra. Entonces alzó la mirada, pues sabía que el final que estaba próximo era ahora. Pues un hombre se acercaba a ellos conduciendo un asno, transportando un bulto verde de mercancías, por una vereda que atravesaba la colina a las afueras del bosque. Si Ramón Alonso hubiera esperado más para cumplir su palabra de caballero, el hombre habría visto que no tenía sombra.

Suspiró.

—Os ruego que os levantéis.

Y levantóse a su vez.

La mujer hizo lo propio sin una palabra y quedóse en pie, con una calma y una serenidad sobre su agitación, como la calma de los lagos de las montañas que se hielan en medio de la violencia del invierno. El joven acercóse la sombra, y se arrodilló en la hierba cerca de sus talones. Le dio la espalda mientras colocaba la sombra en el suelo y poder verla por última vez con la forma que tanto amaba, antes de que fuera una forma proyectada por una sustancia donde el tiempo habíase ensañado tanto. En ese momento supo que no conocería otra cosa distinta de la pena, y que habría sido mejor haber mirado a la fámula todo el rato a la cara. Pero miró largamente a la sombra. Y la sombra estaba ahora a los talones de la fámula, y se movió un poco para ir acorde con el sol, y las líneas de su ropa se agitaron algo. Pero sus ojos sólo eran para la alegre cabeza, para ver hasta el último de sus rizos. Y los rizos seguían allí, e igual la boca entreabierta por la maravilla. Se arrodilló para contemplarla inmóvil y en silencio, como un profeta inclinándose ante una revelación cuyas palabras se desvanecieran. Y la sombra siguió sin adquirir la forma de la vieja sustancia que la proyectaba.

Entonces oyó una cálida risa detrás de él; y su tono, si es que tiene significado hablar de tonos en el decir y la alegría, era el de los ríos que hace florecer la repentina primavera, precipitándose por entre valles alpinos que no conocen las violetas, liberándolos de meses de hielo. Y la sombra, la sombra joven de maravillosos labios, respondió a ella. Y era la sombra de alguien que reía bajo agitados rizos.

Y miró como miran los perdidos marineros a una vela, y vio que los pequeños rizos se movían adelante y atrás y los labios se cerraban. Siguió esperando por el temido cambio, pero éste siguió sin acontecer. ¿Cómo podría ser esto? ¿Cómo podría tan ajada sustancia proyectar sombra semejante? Y se volvió al oír la risa.

Miró a su alrededor y la vio, vio la forma que proyectaba esa sombra, vio a la joven que amaba; y es que la sombra era más fuerte que el don del mago. Había desaparecido esa cansina inmortalidad, y desaparecido los estragos provocados por

los años mágicamente concedidos. Las arrugas y el pelo lacio habían sucumbido con el toque de la sombra. Y es que pese a ser más débil que las cosas materiales, la sombra, por virtud de su forma y visibilidad, es considerada como sustancia entre las cosas espirituales y las fuerzas que guerrean con ellas, y de ahí el ser más fuerte que la magia. Había recibido años mágicos a cambio de una sombra, y ahora que la sombra estaba de vuelta, se consideraba al maligno trato como terminado, por lo que el resultado de esos años aciagos habíase borrado ante su contacto con la realidad. Y es que la sombra es real y tiene un legítimo sitio en nuestras realidades cotidianas, mientras que la magia lo tiene en poderes derivados de la ilusión.

Ramón Alonso se maravilló al ver que la sustancia tomaba la forma de una sombra, pues habíase acostumbrado tanto a la ajada que los mágicos años le habían dado a la fámula, que creyó sería su forma auténtica. Pero su forma auténtica reíase gentilmente ante su maravilla, y lo hacía con ojos azules, bajo el sol, y con unos rizos rubios que se agitaban con su risa. Dirigióle una anhelante mirada a su joven sombra y dejó de reírse en cuanto la vio. A continuación, esos ojos azules volvieron a mirar a Ramón Alonso.

—¿Bien? —dijo ella.

—¿Lo sabíais? —fueron las primeras palabras que le dirigió.

—Sí.

—¿Cómo?

—Por el largo tiempo que he convivido con la magia —respondió amargamente.

—¿Es que la magia puede aparecer y desaparecer así?

—Así es como funciona.

Y seguía sin apenas creer lo que veía con sus ojos.

—El trato se acabó, y vuelvo a tener mi sombra.

—Pero vuestra sombra está proyectando un cuerpo —dijo con asombro—, no vuestro cuerpo una sombra.

—Ese cuerpo sólo tenía una forma ilusoria.

—¿Y vos? ¿Dónde estabais vos?

—No era mi verdadero ser —dijo ella lentamente.

Y siguió preguntándole más cosas de esta maravilla, pero ella espondía cada vez más lentamente, con palabras confusas y mente fatigada. Estaba olvidando.

La tenebrosa casa, el mago, el maligno trato, los largos pasitos, y el peligro de su alma; todo ello se perdía en el olvido tras os mechones de pelo lacio y las profundas arrugas. Sus esfuerzos por recordarlos eran cada vez más y más duros; y las flores, las brillantes briznas de hierba, las mariposas y todos los caprichos juveniles la desviaron tan fácilmente de esos esfuerzos, que Ramón Alonso diose cuenta de que no aprendería más sobre las cosas de la ilusión, y quizá nunca comprendería del todo el poder que tienen las sombras sobre las intangibles fuerzas de la magia. Y mientras se desvanecían sus recuerdos sobre magia, igual desaparecía el interés del joven sobre las cosas de la ilusión, pues había encontrado una ilusión verdadera, y ante el amor

desaparecieron de su vista todas las demás ilusiones. Sí, y son ellas las cosas sustanciales, pues el hombre con el mulo pasó a su lado con el verde bulto de mercancías, y ni Anémona ni Ramón Alonso vieron pasar a nadie, ni mulo ni mercancía alguna, y pese a que creyeron responder al saludo que les dirigió el hombre, no supieron lo que respondían. Pues los dos se alejaron juntos del bosque, lentamente, envueltos en un halo de dorada luz del sol y de muchas cosas imaginadas, y éste se movió con ellos y les aisló de lo que llamamos el mundo.

## **Donde se teme que haya llegado una bruja de la Tierra más allá de la Luna**

Los recuerdos de baldes, vejez, y la casa mágica se desvanecían cada vez más rápidamente a medida que se alejaban del bosque, y Anémona parecía más joven que su rostro enmarcado por rizos, y era el rostro de una chica de diecisiete años. Miraba a menudo a su sombra para ver si estaba allí, influida por algún oscuro recuerdo como los que asustan a los niños pequeños, pero olvidábalo con alegres risas viendo como la seguía dando saltos sobre la hierba y las hojas pequeñas. En momentos así era cuando Ramón Alonso intentaba consolarla de las tenebrosas temporadas conocidas durante esos años malgastados, y lo hacía hablándole del futuro y de la reparación que obtendría con años de su amor; pero notó que el hablar del pasado la desorientaba, y más lo hacía cuanto más se alejaban del bosque. Le escuchaba con atención, e intentaba recordar o intentaba comprender, pero se reía repentinamente al ver como se asustaba una mariposa de su sombra, o como cambiaba el brillo de una flor porque su sombra se posaba sobre ella. Entonces, y viendo la seriedad de Ramón Alonso ofreciéndole compasión por todo lo sufrido, su rostro tornábase grave, y arrugando la frente, intentaba medio recordar o medio entender, hasta que veía un lagarto corretear entre la hierba, o una cabra saltar, y el recuerdo que le quedaba de los tenebrosos años volvía a desvanecerse. Así que el joven limitóse a hablar del presente y de su amor, y del futuro y de como perduraría su cariño, y de como seguiría con ella cuando envejeciera, evitándole toda pena en sus últimos años.

Y a esto sí prestaba atención, pese a que cuando hablaban de la vejez, parecían a ambos como el final de una historia muchas veces contada, siempre placentera de oír pero no cierta del todo. Esta derrota de la invencible juventud que acaecería en tan distante día era para ellos como el pensamiento de la derrota para los soldados de un gran ejército que acabara de obtener su primera victoria.

Y ese radiante día iluminaría su futuro a partir del momento en que aquella mañana bajaran cogidos de la mano por la ladera de la colina, y todos los años parecerían brillar y lucir con su dorada luz como si los rayos de sol de un día determinado pudieran resplandecer a través del tiempo. Y su esplendor parecería ir también hacia atrás atravesando las nieblas del pasado, proyectando su luz hasta en días ya pasados; y para Anémona el pasado estaba en Aragona, no en la tenebrosa casa. Atravesando inconmensurables abismos temporales, los jardines y cabañas de Aragona brillaban más luminosos para ella, por el esplendor de una maravillosa mañana. Y habló durante un rato de esos jardines y esas cabañas, y los veloces pensamientos de Ramón Alonso dejaron atrás sus sueños sobre el futuro para oírla

hablar de ellos; pues todas las veredas holladas por Anémona estaban encantadas porque la habían conducido a él. Y ella le habló de sus primeros días, de la infancia que debió transcurrir ayer y que la magia había distanciado con pálidos e inútiles años; y su memoria revoloteó atravesando esos años sin saber cuántos eran, al igual que las golondrinas atraviesan kilómetros y kilómetros de mar para volver a sus nidos primaverales. Y le habló del hogar de sus recuerdos, una cabaña con jardín situada en el crepúsculo de Aragona, donde el cielo estaba encantado por el presagio de algún color demasiado maravilloso para poder nombrarlo, pero que podía cogerse y atesorarse en el recuerdo. Habló de las flores que brillaban pálidamente como con luz propia, de las voces de niños jugando y que debían llevar largo tiempo muertos, del vibrar del aire con la luz de las estrellas, de las campanas y sus suaves ecos, débiles notas de una música lejana y solitaria. Y mientras decía esto, el joven apartó un momento la mirada de sus labios, y vio Aragona, pese al deslumbrante oro de sus cabellos.

Éste no era el Aragona de sus recuerdos, donde todas y cada una de las flores te daban la bienvenida invitándote a entrar en el jardín, y todas las canciones llamaban a compartir las viejas alegrías de la infancia; era el Aragona donde hombres con espadas vigilaban noche y día la aparición del «hombre de la sombra maligna». Y Ramón Alonso dióse cuenta que debía pensar en el futuro, y elegir entre caminos difíciles que no se verían iluminados por ninguna luz nacida en días de ensueño. Ante ellos estaba Aragona, pero ¿y luego? ¿Cómo recibiría su padre a Anémona? Pensó en su rostro joven y hermoso, en sus delicados rizos, en la arrebatadora luz de sus ojos, en su agraciada figura, en la alegría infantil que tenía de reconciliarse con la adolescencia a la que volvía tras tantas penalidades. No eran más que ensoñaciones. Su padre no la vería de la misma manera que él, así que pensó en las cosas con más sobriedad y razonamiento. Su padre iba a desposar a Mirandola, de relampagueantes ojos bajo tormentosos cabellos, con su vecino, el Señor Gonzálvez. Si le preguntaban de dónde venía Anémona, diría que era una vecina. Si preguntaban quién era, que ¿quién era Gonzálvez? Y si Anémona era una desconocida, siempre era mejor que ser conocido como Gonzálvez lo era, por un hombre gordo y basto poseedor de excelentes cerdos, sin ser él mismo excelente. Y así argumentaba Ramón Alonso, y traigo a colación sus argumentos no porque los considere válidos de pervivir durante las épocas, ni por ninguna brillantez intrínseca a su lógica, sino porque resulta remarcable que en día tan luminoso y de ensueño, y teniendo cerca a Anémona, fuera capaz de argumentación alguna.

Entonces le habló a Anémona de la casa de su padre, y de como casarían allí para ser siempre felices, y de la bienvenida que les dispensarían. Y también habló del futuro que les esperaba allí, de los largos y lánguidos días de verano, y de las hermosas primaveras; del enorme, rojo y misterioso sol de octubre; de las cálidas chimeneas del invierno y de los jabalíes que llevaría a casa; y todo ello no estaba pensado más que para el mismo glorioso fin. Habló de su madre y de Mirandola, del

padre José y de Pedro, y del gran perro al que quería y del que decía se había matado un jabalí él solo. Contó un poco de las cacerías en las que había participado, pero no lo hizo mucho sobre el pasado, pues parecía poco comparado con los portentos del futuro. Y habló del futuro con gran magnificencia, y así volvió a las ensoñaciones. Una vez se preguntó cómo sería el recibimiento de su padre, pero su fe en González había aumentado desde la última vez que pensó en él, y ahora González presidía la situación. Seguramente su padre la recibiría bien, dijo. Pero esa pregunta le devolvió del mundo de los sueños.

Ya estaban más cerca de Aragón, y sus murallas brillaban bajo la luz del sol, pero no era el brillo de los sueños felices. Ahora debían establecer un curso de acción. ¿Hacia dónde dirigir los pasos? Primero a Aragón, dijo Anémona. Y luego a la Torre, dijo Ramón Alonso; podrían llegar al atardecer. Pero ahora que había vuelto atravesando la neblina de tantos años que parecían estancados e impenetrables a su memoria, pese al fuerte brillo de los tejados del viejo Aragón, Anémona suplicó por quedarse unos días en el lugar.

—Pero ¿en qué casa?

No lo sabía.

—¿Con quién?

No le importaba.

Aragón, Aragón, su recuerdo era como el tañer de las campanas y suplicó por pasar allí unos días.

Entonces le habló de los hombres que esperaban al «hombre de la sombra maligna», por lo acaecido aquella tarde en la colina. Y desenvainó la espada mientras se encaminaban a la aldea. Pero ella puso su mano sobre la que sujetaba el acero e hizo que lo guardara.

—Ahora no. Iremos cuando esté más avanzada la tarde, cuando las sombras sean largas. Así verán que tu sombra crece tanto y es tan buena como la de cualquier cristiano. E incluso mejor, mucho mejor. Mírala sobre esas flores. ¿Quién tiene otra que la iguale? Y cuando sea larga y oscura y hermosa en el atardecer ¿quién osará hablar de ella más que con envidia?

Y esto le pareció sabio, pues no podía creer que un prejuicio tenido contra un hombre por su corta sombra, pudiera mantenerse cuando tuviera una larga visible para todo el mundo. Así que elogió el plan de Anémona y dijo que esperarían. Pero esa tarde descubrirían que los prejuicios tardan en morir.

Y esperaron en la brillante ladera de la colina, pasando las horas con feliz charla. Y no tenían ni comida ni agua, pues habían salido demasiado rápidamente como para coger provisiones en la casa del bosque. Pero era la época del año en la que maduran las granadas y las había cerca de ellos; y las granadas fueron su comida y su bebida. Y hablaron hasta el atardecer sentados entre flores. No hay memoria de lo que se dijeron. Los sonidos acudían a ellos desde los límites de la audición: el zumbido de las abejas, los veloces insectos que atravesaban los rayos de sol lanzando brillos

plateados, las mariposas que se detenían cerca de ellos, inmóviles, luciendo su esplendor, un viento proveniente de África que agitó las hojas de un árbol, niños en la lejanía llamando a sus compañeros a través de los alegres campos, las flores que se abrían para beber de la luz del sol, y su charla que era partícipe de la alegría con que la Tierra saluda al Sol.

Y los rayos declinaron y salieron las sombras, apareciendo más y más donde antes sólo hubo sol, hasta que las hubo a multitudes reuniéndose en la colina, y parecían ser más dueñas del paisaje que las rocas y los árboles, y la Tierra pareció poblada mayormente por sombras, e incluso destinada a ellas. Y Ramón Alonso y Anémona caminaron confiados hacia Aragona, cogidos de la mano y con sus dos sombras alargándose detrás de ellos.

Y les vieron los que vigilaban. Las campanas tañeron y los hombres salieron de las casas, y hubo gritos y murmuraciones; y las murmuraciones nacían de una muchedumbre agitada, y ocasionalmente surgía una voz destacándose sobre las demás:

—¡Por la Fe! ¡Por la Fe!

Y Ramón Alonso se acercó con Anémona, pensando en satisfacerles con la visión de su larga sombra, pero cuando le vieron, limitáronse a gritar:

—¡Magia! ¡Magia!

Y es que habiendo salido de sus casas para ver una sombra falsa, no quisieron reconocer una buena por muy evidente que ésta fuera.

Otra vez desenvainó la espada. Salió sin un ruido de la funda y era plomiza a la mirada, pareciendo no tener temple a diferencia de los brillantes aceros que refulgían aquí y allá entre la multitud. Habíase mellado y estropeado por su encuentro con el relámpago que enarboló el Maestro. Entonces adelantóse Anémona y alzó la voz sobre el tañido de las campanas y los gritos «por la Fe» del gentío, y todos se callaron y escucharon, detenidos por su brillante vehemencia.

—No es magia. No es sino la sombra de un joven. Observadla y la veréis crecer como lleva creciendo desde el mediodía. Mirad qué esbelta y hermosa es. ¿Puede hacer esto la magia? ¿Quién la tiene más larga? ¿Quién más esbelta? Fijaos en como descansan las margaritas bajo ella. Sé que la magia puede hacer muchas cosas, pero algo así... Nunca.

Y uno alzó la voz de entre la silenciosa multitud, a la que había acallado con sus palabras.

—¿Quién es esta forastera? —preguntó.

Y todos los que la habían escuchado la miraron con extrañeza y dieron cuenta de las veces que había utilizado la palabra magia. ¿Quién era? Quizá también tuviera que ver con la magia. Y un miedo se apoderó de ellos.

—Sí —dijo otro con voz más firme que la del primero—. ¿Quién sois?

Pensaron que esa voz, esas preguntas y sus miradas habíanla acallado. Pero les devolvió la mirada y volvió a hablar con irresistible voz.

—¿Forastera? ¿Forastera? Yo soy de Aragona.

Y un anciano la miró un momento y habló con lentitud.

—No, no conocéis Aragona.

—Sí que la conozco. Todas y cada una de sus veredas.

—Puede que el camino principal, y hasta nuestro notable campanario —repuso el anciano—, pero nunca los pequeños senderos.

—Todos y cada uno de ellos —dijo Anémona.

—Eso se dice fácilmente —gritó otro.

—Que nos cuente historias del lugar —dijo finalmente uno—. Que nos hable del Aragona que conoce.

Ramón Alonso intentó detenerles espada en mano, pues temía que hubiérase desvanecido el Aragona que conociera, y que se burlasen de ella oyéndole hablar de antiguas cosas que le eran queridas. Pero no le hicieron caso alguno, y todos hablaban a la vez.

—Contadnos lo que encontrasteis al viajar hasta Aragona.

Y pretendieron que Aragona era un pueblo lejano del que no sabían nada.

Y ella levantó una mano para acallarlos y habló en baja voz, y habló de Aragona. No les contó cosas que cambian cuando mueren los ancianos, o cuando crecen los niños y dejan atrás los jardines; habló de cosas que cambian o se alteran lentamente hasta en estos días en que el tiempo se encarniza con las aldeas. Habló del árbol del Tejo, de tumbas viejas, de errabundos caminos que no llevan a ninguna parte, sin razón que presida sus curvas ni haya motivo para alterarlas, de los henares que abundan en los campos, de las viejas leyendas que cuentan de la forma de las colinas, y del saber que guía las siembras. Canturreó una canción donde cada frase vibraba con su amor por esas tierras, tierras que brillaban para ella a través del abismo de innumerables años. Les contó historias y nombres de cada una, anotados con tinta de años en viejos pergaminos en sus casas. Habló y peroró y la escucharon, transidos por su amor a estas tierras. Y cuando pronunció la última palabra, que hablaba de una vieja piedra que había sobre una colina cercana, cuando se desvaneció el último sonido como si fuera una canción que termina lentamente, un murmullo levantóse de la cavilante multitud. Anémona quedóse allí, inmóvil, mientras ese murmullo subía de volumen y desaparecía volviendo a bajar.

Y entonces uno de entre la multitud habló con claridad:

—Es una bruja, pues nadie la conoce aquí, y ha tenido que ver nuestra aldea montando en una escoba procedente de la Tierra de más allá de la Luna.

—Sí —dijeron otros, hablando en voz baja por el temor—. Tiene que ser de ese lugar.

Y abrieron un poco más los ojos mirándola horrorizados, pues no sólo no hay redención en ese lugar, sino que ni las catástrofes del Juicio Final llegarán a cruzar sus fronteras, por lo que todos los que tratan con magia y saben del Arte Negro pueden desplazarse por allí de manera impune, yendo sólo después de muertos, pues



entonces es demasiado tarde.

—No —dijo ella—. No soy de allí.

—¿De dónde entonces? —dijeron.

—De Aragona —repitió otra vez.

—¿De qué casa? —preguntó uno.

Y señaló una casa cuyas ventanas habían brillado y relampagueado con el atardecer, pero la sombra de la colina se cernía ahora sobre ella y alguien había colocado una vela.

—De allí —repuso, y ninguna palabra más salió de sus labios.

—Está vacía —gritaron.

—Y lo ha estado por años —dijo uno.

—La vela...

—Una vieja costumbre —respondió otro—. Resulta claro que no conocéis Aragona.

—No. No conozco esa costumbre.

—Hace tiempo vivió allí una chica, y se marchó para no volver.

—¿Y la vela?

—La gente que vivía allí la puso durante todo el tiempo, por si volvía.

—¿Y luego?

—Todo el mundo sabe que dejaron dinero con su testamento, para que se encendiera una vela con cada atardecer. El dinero se acabó hace mucho pero seguimos la costumbre.

Sí, seguían esperándola. Y entonces se fijó y vio deshilachado el tejado de paja, que faltaban puertas y ventanas a excepción de una de las últimas, y que era como decían: la casa estaba vacía y lo estaba desde hacía tiempo.

Había impaciencia por ver lo que haría. La muchedumbre esperó, y Ramón Alonso se dispuso a defenderla con la espada. Nadie se movió.

Siguieron esperando su reacción. ¿Cómo podría decir que era la de la leyenda? Era una historia para noches invernales, de las que no eran puestas en duda por los que se calentaban ante la chimenea. Pero a pleno aire, con el sol brillando en el cielo..., ¿quién podría creerla? ¿Y cómo hablar de los largos y negros años sin hablar de magia?

Dedicóle una larga mirada a la derruida cabaña y dio media vuelta para tocar a Ramón Alonso.

—Vamos —dijo.

Y volvieron a la colina y nadie les siguió. Pero colocaron guardias en los límites de Aragona, no fuera a volver para corromperlos con su magia.

Viendo su pena, el joven no habló durante largo rato. Pero cuando los murmullos se perdieron detrás de ellos, las acusaciones proferidas hiciéronse inofensivas por la distancia y vio que nadie les perseguía; entonces volvióse hacia Anémona.

—¿Adónde ahora?

—No lo sé —respondió ella.

—Entonces a mi casa.

Y la muchacha sonrió ante esas palabras, pues llegaron a ella como la luz a una sombría habitación. El pasado había desaparecido, pero aún quedaba el futuro. Se dejó guiar y dieron un largo rodeo antes de encaminarse a su casa. El atardecer se desvaneció, y apareció una estrella y les miró; y salieron otras y también les miraron. Siguieron caminando con rapidez en la noche.

Anémona hablaba poco, pues estaba preocupada por el futuro. ¿Qué pasaría si se derrumbaba como el pasado? ¿Y si los padres de este espléndido joven rehusaban aceptar a alguien cuya casa natal era de polvorientas paredes y un techo de paja que ya no era techo y sobre el que crecía la avena silvestre?

Sólo habló una vez de ello en el transcurso de la caminata. Y él, pensando aún en Gonzálvez, respondió tan seguro que su padre les recibiría bien, que temió que tanta seguridad no fuera razonable; pues no sabía nada del hombre grueso y vulgar que el Señor de la Torre iba a recibir como yerno.

En cuanto vieron a la pareja, las primeras estrellas hicieronle silenciosas señas a sus compañeras para que aparecieran, y pronto toda una multitud de ellas contempló durante la noche el andar de Ramón Alonso y Anémona, y lo hicieron hasta que desapareció su vigilante brillo y todas se desvanecieron.

El joven vio un alero de su casa asomarse sobre el bosque, recortándose contra la palidez de la mañana. No le dijo a Anémona lo que era, pues había un lugar desde donde deseaba que la contemplara, porque desde allí la Torre se veía más hermosa. Pero al comprobar que estaba cansada le dijo que ya se acercaban. Antes de llegar a ese punto donde la Torre se veía más bella, vieron acercarse un hombre. Estaba demasiado lejos para poderle ver la cara, pero Ramón Alonso pensó en Pedro al primer vistazo, pese a no haber motivo para que estuviera levantado tan pronto, ni pareciera tenerlo para ir por ese camino. Miró un rato para ver quién era. Y Pedro era. Y llevando una carta para Ramón Alonso que su padre había escrito esa noche.

—He salido pronto —dijo Pedro.

Ramón Alonso cogió la carta mientras los ojos de Pedro bebían de la imagen de su joven amo; y luego miró a Anémona y vio cómo era la cosa, y no dijo nada.

—Mi dama —le dijo el joven a Pedro, levantando la mirada del pergamino.

Y Pedro puso una rodilla en tierra y besó la mano de Anémona. Y este primer recibimiento por parte de la Torre, un presagio de buena suerte, animó a Anémona por un fugaz instante. Entonces miró a Ramón Alonso y le vio leer la carta con gran sorpresa. Al principio las noticias parecieron buenas, aunque algo extrañas. No podía leer en el pergamino, pero sí la cara del joven. Entonces cambió el tono de la carta y vio que la leía con turbada ansiedad.

## Gonzalo canta la última tonada de Provenza

Y acaeció que el Señor de la Torre volvió a llamar al padre José, encareciéndole que escribiera una carta; y la carta fue plegada y sellada y entregada a Pedro para que la llevara a Ramón Alonso a la casa mágica del bosque.

El mismo día que el padre José dejó la Torre para ir a su casa, el Duque lo pasó en cama, pero muy agitado. Era el tercer día de su extraña enfermedad. Cada vez que oía pasos afuera, miraba a la puerta con furia en los ojos que sólo desvanecía al ver a Mirandola. La hablaba a menudo, pero no podía maldecirla y aceptaba el alimento que ella le traía, y ninguna otra persona se aventuraba a estar cerca de él. Así transcurrió el día y por fin llegó la tarde, y Gonzálvez la pasó en la habitación de los colmillos de jabalí, y cogió una vieja guitarra de su anfitrión que hacía años y años no tocaba Gonzalo; y Gonzálvez cantó tocando una tonada. Y la tonada era una de las encantadas colinas y valles andaluces, de esas que nadie sabe quién las cantó por primera vez ni de dónde vienen. Era una vulgar canción de amor del sur de España. La letra era vaga, siendo diferente en según qué pueblos, por lo que el enamorado podía elegir entre muchas opciones para cantarla. Gonzálvez la cantó con mucho sentimiento, mirando a Mirandola y cantando en más alta voz las frases más tiernas. La anfitriona le dio las gracias cuando terminó, y Gonzalo empezó a hablar de las canciones que también se sabía, pero su dama le interrumpió para que Mirandola pudiera hablar; y los dos se callaron esperando a que su hija le diera las gracias a Gonzálvez.

—Es una canción muy agradable —dijo entonces Mirandola—. Ruego a los santos que no la haya oído el Duque.

Y lo dijo con tal temor que alarmó a Gonzálvez.

—¿El Du... Duque? —tartamudeó.

—Sí, espero que no la haya oído. Pues le sobrecoge una extraña íuria, y le molestan los sonidos más débiles. Temo que pueda levantarse de la cama y mataros.

Y mientras hablaba escuchaba para oír si había o no levantado el Duque. Y el rostro de Gonzálvez se enrojeció.

—¡En absoluto! —dijo—. ¡De ninguna de las maneras!

—¡Mirandola! —exclamó la Dama de la Torre.

Y el Señor de la Torre no supo qué decir.

Y se abatió un silencio y Gonzálvez siguió enrojecido como un neblinoso sol otoñal en una tranquila tarde. Y sólo Mirandola estaba a gusto.

Y para romper ese silencio, Gonzalo cantó una alegre canción de amor, que en los días de su juventud era reciente de Provenza. Sólo era conocida de esas personas que

están atentas a lo que pasa en el ancho mundo que hay más allá de las fronteras de España, y que están atentos al fluir de los tiempos y pronto conocen de las cosas nuevas; y Gonzalo era una de ellas, y por eso conoció esta canción al poco de su llegada a España (atravesando los Pirineos por intermedio de un juglar, de la misma manera que las aves transportan las simientes más extrañas); pero la canción era considerada vieja por los trovadores. Y mientras Gonzalo la cantaba, pensó en los días donde conocer esta canción era una gran cosa, indicando que, o el que la cantaba había viajado mucho o era una de esas agudas mentes que estaban al día de los aconteceres; y cuanto más alegres eran las notas, más pensaba en aquellos días. Y cuanto más pensaba en ellos, más lamentaba que hubieran pasado, y una melancolía tiñó la voz de Gonzalo. Cada verso de la canción parecía alejarle más y más de ese joven que hacía mucho tiempo supo de la última tonada de Provenza. En fin, son sentimientos que tarde o temprano acaban acudiendo a todos nosotros. Pero Gonzalo no era un hombre de los que meditan, por lo que raramente acudían a él y pocas veces le turbaban. Y ahora se vertieron en él al sonido de esta canción, y por estos pensamientos supo que ya no era la última tonada que salió de aquel país. Su melancolía aumentó. Su memoria traía esos alegres versos desde el pasado y con un tono tan triste como los gemidos de'un anciano que intenta sacar un balde de agua clara de un pozo, con dolor en todas sus articulaciones.

Gonzálvez conocía tanto de la lengua provenzal como Gonzalo, pero el tono de la melodía habíale dicho que se trataba de una canción alegre. Pero fijóse con atención en el rostro de su anfitrión y vio lo que oía en esa canción, e intentó congraciarse con Gonzalo restregándose los ojos con un pañuelo. Gonzalo quiso explicar que era una canción alegre, y que así se la consideraba en otros años; y Gonzálvez se inmiscuyó en sus explicaciones intentando explicar lo del pañuelo. Y pareció que Mirandola pasaba el rato sentada, sonriendo tranquilamente. Pero sus labios nunca se movieron. Y viendo que, pese a la alegre canción de Gonzalo, seguía sin desaparecer el silencio que pendía sobre ellos desde que Mirandola hizo el comentario, la Dama de la Torre se levantó haciéndole una seña a su hija, dando por terminadas las explicaciones de los hombres con unas amables palabras para Gonzálvez, y saliendo con ella al jardín. Así pasó el tercer día de la enfermedad que tan extrañamente afligía al Duque.

Y llegó el cuarto día; y ese día el padre José fue visto alejándose en su mula. Cuando se fue a la Torre, y por unos cuantos días, la gente se alegró, pero cuando se alejó con la mula hacia no sabían dónde y no volvió por la tarde, la piedad se enseñoreó del pueblo todo, y no sólo no pecó ninguno, sino que raramente cantaban. Y es que nadie daba la absolución como el padre José.

En la Torre el día transcurrió como el anterior, y la calma siguió flotando sobre la casa por la horrible cosa que se le había hecho al Duque. Y nadie se atrevía a turbar esa quietud sugiriendo algo nuevo, y las cosas sucedíanse con lentitud. El Duque recobraba las fuerzas gradualmente, y su mágica ira desvanecía poco a poco, si es que se desvaneció alguna vez. Cada vez que abría su puerta, Mirandola seguía viendo

en sus ojos el brillo de la rabia, y sólo se calmaba al ver que era ella trayéndole comida o bebida. Y la ira con que observaba la puerta le parecía magnífica, y supo que sólo espléndidos amaneceres o relámpagos le entretendrían dejando que las cosas mezquinas siguieran adelante o que prosperara lo grosero, y ella había visto hombres groseros y observado costumbres mezquinas, y temía que por mucho que se esforzase, ella misma acabase con lo grosero y lo mezquino; y así lo basto y vulgar todavía podría enseñarle costumbres mundanas a lo escaso y delicado.

Hablaron poco, pues la furia del Duque no le permitía hablar de nadie de la casa que tanto mal y tan extrañamente habíale hecho, pero sin poder enfurecerse contra Mirandola.

En el piso de abajo, Gonzálvez le dijo cosas tiernas, pero siguiendo siempre su costumbre de decirlas muy alto. Le acalló con un gesto y un aspecto de estar escuchando, pues si el Duque oía algún sonido seguramente se renovarían su furia. Y nadie sabía cómo progresaba el Duque a excepción de Mirandola, y ella les contaba siempre con verdad en los labios, pero con una ansiedad en la voz, haciendo incierto el futuro y poniendo a prueba el arrojo de Gonzálvez, como si hubieran viajado hasta el linde con unas tierras llenas de blanca y húmeda niebla. Y entre estas inseguridades transcurrió este día en igual manera que el anterior.

Llegó el quinto día de la extraña enfermedad del Duque. Una turbadora devoción imperaba en la aldea y el padre José seguía lejos, estando con Ramón Alonso en el bosque del mago. Nadie en la Torre sabía si disminuía la enfermedad del Duque, pero habíase acostumbrado a la visita de Mirandola, conociendo sus pasos y la mano que ponía en la puerta, y ya no miró más con ira a la puerta cada vez que ésta se abría. Pues nadie sabía si admitiría la proximidad de otro, y ese día nadie tocó esa puerta salvo Mirandola.

Gonzálvez le preguntó cómo estaba el Duque.

—Temo que nunca perdone a mi pobre familia.

—Ya hablaré luego con él —decía Gonzálvez.

—Confío en que pueda perdonaros por traerle aquí. Entonces podrá perdonarnos a nosotros.

Así le hablaba Mirandola a Gonzálvez. Al principio esas palabras parecieron bien dichas, pese a no haber consuelo en ellas. Más bien despertaban ansiedades, y si pensabas en ellas una y otra vez, diríase que escondían nada menos que un desaire hacia Gonzálvez. La Dama de la Torre habló con su hija sobre esto, y le dijo que debería conversar con el vecino, y Mirandola la escuchó con atención. Todavía era una casa acallada en la que nada osaba ocurrir hasta que no se curara el enfermo. Y así pasó el quinto día.

Y el siguiente trajo de vuelta a su casa en la aldea al padre losé montado en su cansado mulo. Y las gentes se regocijaron y alegraron al verle volver por la mañana, y mantuvieron su regocijo con cantos y bailes, y lo hicieron toda la tarde y hasta bien entrada la noche, y de eso acaecieron cosas que no conciernen a nuestro relato.

Pero la quietud siguió pesando sobre la Torre. Era como un prisionero que espera en la oscuridad que le lleven a juicio. No sabía lo grandes que habíanse probado ser sus crímenes. Y una y otra vez intentaba adivinar sus consecuencias. Entretanto, su juez come y duerme sin conocer de su existencia. Algo de esta incertidumbre era lo que flotaba sobre todos los de la casa hasta que supieran lo gravemente que habían ofendido al Duque y si acabaría recobrándose. Y a excepción de Mirandola, seguían sin osar aproximársele. Y este día el Duque habló con ella, no de cosas concernientes a la comida o bebida que deseaba, sino de cosas pequeñas y sin importancia que distaban de ese lugar. Y permaneció a su lado tanto tiempo mientras los dos hablaban, que la preocupación cundió en la casa, pues sólo Mirandola podía saber cómo estaba el Duque. Mientras estuvo dentro aumentó su alarma, y cuando salió, al largo rato, sólo le hicieron ansiosas preguntas.

—El Duque no ha empeorado —dijo.

—¿Y su ira? ¿Qué hay de su ira? —le preguntó uno temblando.

—Sigue conservando su talante. Pero no está furioso.

Volvió a la habitación donde sus padres se sentaban con Gonzálvez, y allí encontró una cierta reserva cuando hablaron con ella, pues a los tres les sorprendió la misma extraña sensación. Y es que los tres descubrieron con perplejidad que la clave para lo que estaban pensando desde hacía seis días estaba en manos de Mirandola. Era la que sabía cómo estaba, si llegaría a recobrase, y por encima de todo, la que aplacaba su ira. Esos días habían engendrado terribles amenazas y la peor de ellas era si hubiera muerto el Duque, y ahora temían casi tanto el que se recobrara, pues no sabían lo que podría hacer ante el insulto recibido. Pero parecíales, o al menos a Gonzalo pese a que estaba al alcance de todos el verlo, que si Mirandola podía aplacar la ira del Duque, también podría evitársela a todos ellos. Ante esto, Gonzalo y Gonzálvez pasearon por el jardín planeando la manera en que Mirandola debía conducir al Duque cuando estuviera curado, y a sus arqueros hasta el camino, evitando así que viera al anfitrión o a su amigo, los cuales estarían en ese momento en el jardín, y así no vería a Gonzálvez hasta mucho tiempo después, cuando se aplacara su ira, y a Gonzalo nunca jamás. Volvieron satisfechos de estos planes: Gonzalo pensando volublemente en antiguas cacerías, con mente despejada por haberse quitado de encima ese peso de seis días; y Gonzálvez meditando galantes frases, y entrando alegremente en la casa para poder dedicárselas a Mirandola. Pero ella ya no estaba, pues encontrábase de nuevo hablando con el Duque.

## El Señor Gonzálvez recibe el cofre de roble y plata

Era el séptimo día de la enfermedad del Duque. Nadie sabía de su ira, pues no tenía ira para Mirandola, y nadie se aventuraba en su presencia. Su enfermedad menguaba con rapidez, y resultaba evidente que pronto recobraría toda su fuerza. Pronto se levantaría y se marcharía.

«Y entonces —pensaba Gonzalo— vendrá el padre José y adiós a mis hermosos terrenos».

Así que esa mañana fue a visitar los tres campos que tanto quería, y el rocío los impregnaba, y la sombra del bosque yacía sobre la mitad de ellos. Había ido preguntándose si serían tan hermosos como parecían serlo en el recuerdo que tenía de ellos. Efectivamente lo eran. Le habría animado el descubrir que no eran más que vulgares campos. Pero no, había algo especial en ellos; parecía que algo hubiese robado del bosque y los había encantado. Allí estaban, tan impenetrables en su misterio como siempre, envueltos en una gasa de rocío y grises telarañas. Y le invadió esa extraña sensación que nos acomete al hablar del hogar. Eran campos vulgares los que yacían bajo el rocío de la mañana, y vulgares lágrimas las que acudieron a los ojos de Gonzalo, pues era un hombre sencillo, y las raíces de la hierba que crecía allí parecían unidas de alguna manera a las fibras de su corazón.

Mirando largamente a esos campos se dio cuenta de que un hombre se acercaba por ellos, mirándolos cuidadosamente a medida que caminaba. Era Gonzálvez. Había venido a ver si eran tan hermosos como se creía.

El sol tocó la copa de los árboles, y Gonzalo lo contempló un rato.

—Brillante día —dijo, cuando Gonzálvez llegó a su lado.

—Sí —repuso jovialmente el otro—. Un día muy hermoso. Vuestro portillo necesita ser reparado —añadió con gravedad.

Era un viejo portillo cuya madera estaba húmeda y blanda, y con musgo y cosas extrañas creciendo allí. Se había hecho con madera de grandes árboles y había estado allí toda la vida de Gonzalo.

—Fue un buen portillo.

—Quizá.

Gonzalo suspiró.

—Son hermosos estos campos ¿verdad? —dijo.

—En efecto —respondió el otro con jovialidad—. Tengo un gran apetito.

Así que volvieron juntos de los terrenos hermosos, y la mañana pareció brillar sólo para Gonzálvez.

La Dama de la Torre les esperaba, pero no así Mirandola que tampoco apareció

mientras desayunaban. Gonzálvez exudaba jovialidad, fresco por la mañana y encantado por la visión de esos terrenos, y habríale gustado expresarla con galantes frases dirigidas a una chica hermosa. Pero ¿dónde estaría Mirandola?

—Está desayunando con el Duque —dijo su madre.

Y Gonzálvez la esperó. Y transcurrió la mañana sin que llegara, y la tensión y la impaciencia provocaron un cambio en su jovialidad, igual que la naturaleza de la fruta cambia al fermentar.

Apareció a primera hora de la tarde y nada en su cara decía si el Duque estaba mejor o si seguía enfermo, no hablando hasta que no fue preguntada por su padre.

—Ha mejorado, y mañana se pondrá en camino.

—¿Se marchará? —dijo Gonzalo.

—Sí, mañana.

—¿Está todavía enfurecido con nosotros?

—No lo sé.

Lo sabrían mañana. Gonzalo volvió a pensar en su plan, y salió al jardín con Gonzálvez para discutir cómo Mirandola guiaría al Duque por el camino, mientras Gonzálvez, su dama y él estaban en otra parte. En la casa, su madre miró a Mirandola y estuvo a punto de hablar, pero en todos los momentos que la miró, no vio nada que le indicara sobre qué hablar, así que cerró la boca y no habló. Mirandola había ido con más comida y bebida para el Duque, cuando Gonzálvez y su padre retornaron del jardín.

Gonzálvez sentóse entonces hablando sólo cuando le dirigían la palabra, y parecíale a Gonzalo que siempre dando vueltas sobre un tema, fuera cual fuese éste. Parecía estar pensando en alguna cosa, o cavilando sobre algún problema sorprendentemente nuevo, y que sólo podía seguirse con dificultad, pero no dejarse de lado. En una ocasión abrió los labios para decir algo, pero lo que fue a decir parecióle tan extraño que al final nada dijo. Y permaneció allí sentado, un hombre poco acostumbrado a pensar y dándole vueltas a ese pensamiento, más y más perplejo por tener que cavilarlo sólo, pero siendo demasiado extraño para compartirlo con Gonzalo. De hecho casi bordeaba la locura. Y mientras estuvo allí, en esa tesitura, los tres terrenos hermosos se desvanecieron en su mente.

El Duque se levantó a la mañana siguiente. Los cuatro jefes de sus arqueros, que durante esta semana apenas se movieron por la casa, y hablando con casi nadie, como si fueran silenciosas sombras, se movían con una presteza similar a la de las golondrinas cuando notan que ha llegado septiembre; y pronto estuvo todo dispuesto para la salida.

El Duque desayunó antes de bajar. Estaba listo para emprender el camino. A los pies de la escalera sólo estaba Mirandola para guiarle seguido de sus arqueros, por un sendero próximo al bosque hasta un lugar del camino donde debería esperarle Pedro con su caballo. Así habría podido marcharse sin tener que ver ni a Gonzálvez, ni a su anfitrión, y Mirandola podría darle los saludos y bienaventuranzas de su parte. Ésos



eran los planes de Gonzalo, esperando así poder escapar a la ira del Duque, en caso de que no se hubiera aplacado esa furia mágica. Se lo había contado a su hija la noche anterior, y ella asintió como era su deber, prometiendo hacer la voluntad de su padre.

—Todo irá bien —le había dicho a Gonzálvez.

Pero éste siguió manteniendo ese silencio suyo turbado sólo por sus recientes cavilaciones.

En la escalera se escucharon los pasos del Duque. Detrás iban los cuatro arqueros. Mirandola alzó la mirada.

—Vuestro caballo está en el camino al final de esa vereda. Os lo mostraré.

—¿No está en la puerta?

—Creo que mi padre mandó llevarlo al final de la vereda —respondió.

No dio ninguna razón, pues no había ninguna. Era lo más débil del plan de Gonzalo. Miró con ansiedad su rostro durante un momento, pero en éste se dibujó una alegre sonrisa.

—Vayamos, pues, por la vereda.

Grande había sido la ofensa inferida en esta casa, pero al Duque le complacía pensar que Mirandola no tenía nada que ver, e inventó muchas razones que le recomendaban contenerse. Había llegado a creer que no era parte de la casa, sino algo mágico salido del bosque, algo llegado para alegrar sus odiosos aposentos como los rayos de sol alegran los calabozos. De hecho resulta difícil decir lo que el Duque estaba pensando, pues su cerebro era todo un torbellino. Y por mucho que pensara en las injusticias, Mirandola siempre era la única luz que iluminaba la inhospitalidad de la casa. Además... no importa, sucedió hace demasiado tiempo.

Así que fueron por la vereda. Recorría una parte del jardín, acercándose al bosque y llegando finalmente al camino. Ése fue el camino que tomaron Pedro y las doncellas, pues partía de una puerta trasera de la Torre, pero llegaba al camino que daba a la puerta principal.

El Duque caminó calmamente, pensativo y en silencio. Mucho había ansiado la llegada de ese día, en que podría marcharse totalmente recuperado, montaría en su caballo oyendo a los pájaros cantar bajo el sol, y no tendría más que ver con esta casa. Pero los pájaros, el sol y la casa quedaban detrás de él, mientras su caballo le esperaba un poco más adelante y no le llegó nada de la ansiada alegría. Estaba liberado de la casa, pero infeliz por ser libre. Jamás pensó tanto, o pensó con menos claridad, pues todos sus pensamientos se contradecían los unos a los otros, y los ojos de Mirandola le hacían más difícil todavía el pensar. Eran ojos felices, que poco se preocupaban por sus problemas. ¿Y cuáles eran éstos? Había algo que estaba mal en esta brillante mañana, y era algo que no podía curarse fácilmente. Y el futuro le pareció gris y aburrido por años, años y años. Y su cerebro no cesaba de dar vueltas.

—¿Os alegráis de dejarnos? —dijo Mirandola cuando cruzaron unos setos.

—No. Lo siento.

El Duque pensó más que Mirandola sobre lo que había dicho. Ella no dijo nada,

pero siguió pensando en ello. Había dicho que lo sentía. Sí, era cierto. Sin duda era una casa maldita, pero habíase apoderado de su corazón. Suspiró y siguió caminando por la vereda con Mirandola a su lado, con los cuatro arqueros siguiéndole detrás a corta distancia, y sus pensamientos se tornaron más escasos y sencillos.

—Señorita. ¿Os alegráis de que os deje?

—No. Lo siento.

¡Había repetido sus confusas palabras! ¿Qué querría decir con ellas?

Dio media vuelta y se dirigió a sus hombres, que se detuvieron para escuchar su orden.

—Cazad conejos —dijo.

Y los jefes de arqueros desaparecieron rápidamente en el bosque, y el Duque y Mirandola caminaron en silencio. Ninguna palabra acudió a él para decirle a esta dama élfica lo que le pesaba en el corazón. Había gobernado sobre grandes bosques y siempre despachó los asuntos con muchas órdenes, y sus palabras habíanse ganado el respeto de sus hombres; pero no conocía el lenguaje de los ciervos que amaba y se deslizaban por los soleados claros, ni el de las garzas de grandes alas que llenaban el aire de la tarde con sus voces, y las de zorros, águilas y roedores. Y ahora sentía lo que solía sentir cuando contemplaba esos claros en soledad, y aparecían los animales salvajes cortando el aire en ese silencio que parecía pertenecerles; y amaba esas formas salvajes y sus tímidas costumbres, y su corazón estaba con ellas; pero siempre había un abismo separándoles que ninguna palabra podía franquear. Así se sintió ahora mirando a Mirandola, temiendo que sus palabras no comunicaran lo que quería decir. Se detuvo y la miró largamente, pero a sus labios no acudieron palabras. Estaban cerca del lugar donde le esperaba su caballo, y temía marcharse sin decir nada. Pero esos orgullosos ojos suyos decían todo lo que pudiera haber dicho con palabras y el brillo de la diversión en los ojos de Mirandola murió bajo su mirada, y un aire grave acudió a su rostro, y a sus ojos no volvió la diversión hasta que él no habló y la chica volvió a escuchar vulgares palabras humanas.

—¿Os casaréis conmigo, Mirandola? —dijo al fin.

Fue entonces cuando volvió a aparecer el brillo de sus ojos.

—Estoy comprometida al señor González.

—¡González!

—Así lo ha dispuesto mi padre.

—Será ahorcado por esto.

—Creí que era vuestro amigo.

—Cierto. Es verdad. Pero será ahorcado.

Y le hizo un último favor a González, que tan pocos había hecho por ella, pues cuando vio que el Duque estaba decidido en sus intenciones y pensaba ahorcarlo, le pidió que olvidara el tema, y diciéndole que no respondería a su pregunta hasta que jurara no ahorcar a González. Y entonces consintió.

Y de pronto, por la parte más oscura del jardín donde se habían escondido

mientras pasaba el Duque, aparecieron Gonzálvez y Gonzalo. Gonzalo caminaba con la ligereza de aquél al que le han quitado un gran peso de encima, mientras que Gonzálvez lo hacía cabizbajo y meditabundo, y apenas profiriendo sonido alguno.

—No nos ha visto —dijo Gonzalo alegremente.

—No —aseveró Gonzálvez.

Las piedras crujieron bajo sus pies cuando pisaron la vereda, y Gonzalo siguió esperando alguna otra respuesta.

—Se ha ido —insistió.

Esta vez Gonzálvez no respondió nada, y las piedras crujieron en el silencio.

Gonzalo creía que todas las cosas estaban tan alegres como su propio ánimo, por lo que al percibir que no pasaba lo mismo con Gonzálvez, le habló de los tres terrenos, aunque eso le costara algún suspiro que otro. Pero ni siquiera esto consiguió algo con Gonzálvez.

—¿Verdad que son hermosos?

—Sí, sí —dijo el otro con impaciencia, volviendo a sumergirse en tan curioso silencio.

Y Gonzalo meditó en esto hasta que cayó en la cuenta de dónde estaba Pedro.

Pedro tenía el caballo del Duque un poco más arriba del camino. ¿Por qué no habría vuelto? ¿No estaría refocilándose en la holganza mientras quedaba tanto por hacer en los establos? Miró sintiéndose vejado, pero sin ver señales de Pedro.

—¿Y dónde está Mirandola? —pensó entonces.

—Es curioso. No veo a Mirandola —le dijo a Gonzálvez.

Una mirada de desdén pareció colorear el rostro de Gonzálvez mientras miraba al Señor de la Torre.

—No —dijo.

—Es curioso.

Y la incomodidad apoderóse de sus ánimos, y pronto hubo dos hombres silenciosos paseando juntos por el jardín.

—Vayamos por aquí —dijo Gonzalo, atravesando una zanja del jardín, y saltando a otra parte desde la que podía verse el camino.

Gonzálvez le siguió igual de huraño. Y allí estaba el caballo del Duque, y Pedro esperando. No con gesto dubitativo, sino sujetando el caballo en el camino y limitándose a esperar como lo hacen las flores y los vegetales.

—Todavía sigue allí —dijo Gonzalo.

Y Gonzálvez gruñó.

No había nada que observar, sólo había un hombre paciente con un caballo casi igual de paciente, por lo que Gonzalo les dio la espalda y regresó con Gonzálvez al jardín. Volvieron a pisar la vereda.

Y entonces vieron aparecer a Mirandola y al Duque del Valle Sombrío que venían juntos desde el bosque, y el verano iluminaba sus rostros con los esplendores de maravillosas esperanzas e imaginaciones guiadas por una inspiración como la que

turba las colinas en primavera.

—Vuelve —dijo Gonzalo.

Gonzálvez asintió con la cabeza.

—Y viene hacia aquí.

Y Mirandola y el Duque del Valle Sombrío paseaban como si acabaran de atravesar las fronteras de un país lleno del fulgor de la mañana y se internaran cada vez más en su dorada brillantez, una que iluminaba sus caras más y más a medida que caminaban dejando atrás tierras gélidas, solitarias y desprovistas de encanto.

Y Gonzalo no dijo nada más que unas palabras de sorpresa, y Gonzálvez nada en absoluto, pues su humor huraño habíale preparado para esos eventos. La Dama de la Torre que estaba parada en un alto ventanal, vio toda la historia de Mirandola con una sola mirada. Las cinco personas acabaron encontrándose en la puerta del jardín y cada uno yendo por su propio camino. Y la Dama de la Torre contempló el gesto huraño de Gonzálvez y la alegría de Mirandola, mientras que su marido repetía frases y preguntas con sorpresa, recordando una tormenta aproximándose, mientras aves blancas graznaban su proximidad sobrevolando la costa.

Y los ojos de Gonzalo se abrieron de repente cuando se dio cuenta de la evidente situación, que para Gonzálvez era clara desde hacía tiempo. Entraron todos en la casa con Gonzalo caminando detrás en silencio.

Y mi historia se acerca a su final.

Planearon el futuro en la habitación donde colgaban los colmillos de jabalí, y lo hicieron como lo hacen los hombres, y hasta donde pueden hacerlo, hablando de los días venideros tan confiada y ciegamente como si pudieran verlos. Y así lo habrían hecho todos, pero habló el Duque y lo hizo alegre y febril, y líricamente. Pasó largo rato antes de que Gonzalo tuviera oportunidad de tocar el tema que tanto tiempo llevaba en el corazón, el asunto del cofre y la dote de Mirandola.

—En cuanto a la dote —dijo el Duque—, dadme...

Pero sólo habló incoherentemente, pidiendo locuras como un mechón de su cabello, una pestaña, un vulgar abanico.

—Entonces le ruego a vuestra magnificencia —dijo Gonzalo cuando tuvo oportunidad de hablar otra vez—, que al menos acepte este cofre que habría llenado de oro de ser mayor la fortuna de mi casa. Siempre estuvo destinado a ser la dote de mi hija, aunque por desgracia ahora esté vacío.

Y cogió la llave y lo abrió, mostrando que estaba tan vacío como había dicho, y estuvo a punto de entregárselo al Duque, pero Mirandola le detuvo.

—Padre, se lo prometisteis al Señor Gonzálvez.

Gonzalo habíase inclinado con el cofre y se detuvo repentinamente, mirando con sorpresa a su hija. Pero los ojos de ella permanecieron inmóviles bajo las largas y negras pestañas, y no dijo más. Y el Señor de la Torre le pasó el cofre a Gonzálvez en silencio y sorprendido por su propia acción, que lo cogió sin dar las gracias, cosa de muy poca educación en época tan cortés, y se marchó de la casa con él bajo el brazo.

Y la Dama de la Torre habría hablado, pero se le adelantó el Duque. Más que una previsión de futuro, esas palabras parecían las de canciones que se cantan a veces en la juventud, durante las noches de luna llena de la Edad de Oro. Y mientras hablaba, los pensamientos recorrieron la mente de Gonzalo, y eran tantos, tan dispersos e inconexos, que añoró grandemente al padre José, pues siempre sabía cómo tratar los pensamientos rebeldes, y se preguntó el pretexto con que podría convocarle, pues aún no había necesidad de sacerdote, y así pensó en su hijo, en el asunto del oro para la dote, y en lo indicado de informarle sobre el compromiso de su hermana. La ocasión bien valía una carta. Y salió de la habitación y mandó a Pedro por el sacerdote.

Y el padre José apareció, grueso, amable, tranquilo, y cuando debía, y su calma fue para Gonzalo como nieve sobre tórridas arenas. Y se saludaron y hablaron un rato, y el padre José dijo cosas reconfortantes fáciles de comprender. Y ésta era la carta que se escribió:

«Querido hijo, nos ha acontecido cosa tan extraña que me siento obligado a maravillarme por ella más que a contarte la verdad o decirte cómo aconteció, si es que puede contarse, pues es de esas cosas inescrutables que cuando acontecen, acontecen, y no resulta posible seguirlas hasta su origen, o ser estudiadas mediante cualquier filosofía, por lo que sólo queda maravillarse ante ellas. El Duque del Valle Sombrío se ha comprometido con tu hermana y va a desposarla. Así es la cosa. No me preguntes cómo ha llegado a pasar, pues no soy filósofo para desvelar las causas de los acontecimientos; y pienso que hay muchos acontecimientos que sólo suceden para maravillarnos, que no tienen ni causa ni significado pero ante las que debemos maravillarnos, tal y como lo hago yo de todo corazón ante este acontecimiento. Y ahora que te he dicho esto y con la ayuda del padre José, cuya pluma siempre ha sido ágil en la materia, te digo que ya no hay más necesidad del negocio que te encarecí anteriormente. Vuelve lo antes posible a tu hogar y mora con nosotros. Pues de todas las cosas necesarias y terrenales, la más principal es casar en el debido momento con la hija de alguna casa ilustre (y que los santos que se ocupan del tema tengan a bien apresurar el asunto). Pues todo el mundo sabe que el Duque del Valle Sombrío es el muy querido compañero del propio rey, y que juntos han cazado a la urraca con sus halcones, y cabalgado al unísono cuando las ciudades duermen, buscando juntos toda clase de aventuras apropiadas a su juventud. No conviene, por tanto, avergonzar a tan ilustre dignatario con esponsales relacionados con alguna casa que no estuviese ya suficientemente honrada antes de instalarse en estos lugares. Tu amante padre, Gonzalo de la Torre y el Bosque Rocosó».

Tras dictar carta tan larga, y el trabajo de firmarla con su propia mano, y todas sus inseguridades y perplejidades, Gonzalo se sentó en su silla tan trastornado que no podía explicar claramente sus pensamientos, ni pudo el padre José sacar claro significado de ellos. Y en este estado de perplejidad fue cuando le llegó de repente la imagen vivida y lúcida de sus tres hermosos terrenos. Se levantó, y se marchó solo y en silencio de la casa, pese a que el sacerdote podía haberle asistido con su consejo. Y

en seguida estuvo entre esas recobradas hierbas húmedas por el rocío.

El padre José ordenó sus pensamientos sentado con los brazos cruzados en la silla. Pero Gonzalo recorría sus campos, y le invadió una calma procedente de los sesgados rayos de sol, de la hierba por la que caminaba, del frescor de la tarde y del brillo de las hojas. Una calma proveniente de ese tranquilo momento en que el día deja de consumirse, y brotan recuerdos de otras tardes que otros días iluminaron estos campos. Y vio alejarse la forma de Gonzálvez, inclinada con su caballo y con los dos soldados detrás. Al verlo pasar, le vino la idea de saludarle, y llenó sus pulmones para hacerlo... pero prefirió volverse a mirar unas flores que asomaban por entre la hierba iluminada por el sol.

## El fin de la Edad de Oro

Cuando Ramón Alonso leyó la carta de su padre un miedo turbó sus ensueños, y estuvo cavilando largamente. Pedro estaba ante él, mirándole a la cara, y Anémona, a su lado, leía en sus pensamientos; y ambos vieron problemas en ellos, oscuros problemas que parecían ennegrecer los años venideros. Y el joven seguía inmóvil con dos frases apareciendo y desapareciendo entre sus abatidos pensamientos: «la hija de alguna casa ilustre» y «suficientemente honrada antes de instalarse en estos lugares». ¿Qué podía hacer? ¿Es que esas dos frases iban a quitarle su felicidad? ¿Qué manera tenía de escapar? La misma esperanza parecía estar cegada por ellas.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Anémona al verle ahí parado y silencioso.

—Es de mi padre.

Y supo que el padre no la recibiría, pero no dijo nada.

—Debó ir solo. Pedro, guarda a mi dama —dijo al poco.

Y se deshizo en excusas y razones por dejarla en el bosque, pero ella confiaba en él y no necesitaba razones.

Siguieron juntos un poco más, con Pedro siguiéndoles, y luego se despidieron como si fueran a hacerlo para años, pese a que estaban a unos pasos de la Torre, y a que Ramón Alonso prometió volver antes del atardecer. Entonces les dejó y dirigióse al linde del bosque, donde éste tocaba la tierra rocosa al final del jardín. Pedro le aseguró a Anémona que volvería pronto, pues su joven señor siempre mantenía su palabra hasta el final, pero ella seguía preocupada por las negras noticias que turbaron a Ramón Alonso, y que, sin conocer su contenido, las presentía de la misma manera que en los brillantes días de verano se percibe la presencia del trueno antes de haber visto una nube.

Cuando Ramón Alonso llegó al lindero del bosque, se escondió cuidadosamente en un roble del bosque que conocía bien y miró hacia el jardín.

Y pronto vio a su hermana y al Duque paseando por esos caminos de su infancia. Se acercaban hacia él, y pudo ver con claridad una nueva alegría en su forma de vestir, y una mirada en el rostro que la hacía casi una extraña. Vigiló su cara la siguiente vez que se acercaron, intentando encontrar un momento que mostrarse a ella sin que le percibiera el Duque. Pero sólo consiguió ver ese nuevo aspecto que incrementaba el hechizo de su belleza, y el Duque miraba a menudo al bosque, y si ella hubiera mirado un momento le habría hecho señas, pero no pudo atrapar ninguna de las miradas que erraban bajo sus pestañas; y la pareja volvió a alejarse del jardín.

El Duque estaba hablando e inclinaba su apuesta cabeza hacia Mirandola; y ella levantó repentinamente la suya fijando la vista más allá del jardín, y su mirada

clavóse en el bosque donde se ocultaba su hermano. Y él agitó su pañuelo desde el hueco del roble donde jugaban de pequeños. Su hermana vio la señal y se encaminó hacia él con el Duque a su lado. Y cuando comprobó que con ella se acercaba esa figura alta y esbelta vestida de terciopelo negro y pluma azul celeste, volvió a hacerle señas una y otra vez para que se acercara sola; pero siguieron caminando los dos, y dejaron el jardín, y cruzaron la franja de tierra rocosa. Encontráronle ante el viejo roble hueco. Saludó con su sombrero al Duque, y dijo lo que intentaba describir por señas.

—Mirandola, tengo que decirte algo en privado.

—Mis secretos son suyos —respondió.

Y Ramón Alonso sintió que no habíase confiado en su juicio, y el que su hermana Mirandola dudara de que tuviera razones para su reserva era algo que le dolía hasta el mismo corazón. Y cuando ella no hizo gesto de apartarse con él, balbuceó con resquemor todas las palabras de la carta de su padre, pese a tener el Duque al lado, inclinándose petulantemente y evidenciando su acierto al pedir una conversación a solas. Entonces le contó como se había comprometido con una doncella a la que rescató del mago, y que era más hermosa que las primeras flores que aparecen las mañanas de marzo en España.

El Duque sonrió al oír esto.

—¿Y no es de noble cuna?

—Ése es el problema.

—¿Dónde está? —preguntó Mirandola con su amable y tranquila voz, cuyos tonos parecían conocer el corazón de su hermano, como los ecos de las chimeneas conocen los de las campanas.

—En el bosque.

Mirandola miró al Duque.

—Vayamos a verla —dijo éste.

Y Ramón Alonso les guió, y la pareja comprometida fue tras él. Y caminó como si estuviera a solas con sus penas, decepcionado por no haber podido hablar a solas con su hermana, pues mucho confiaba en su sabiduría si hubiera podido verla así, como hacían a menudo de pequeños, allanando las dificultades de los problemas sin importancia. Así que caminó solo y con gesto huraño, pareciéndole en una ocasión oír una risa detrás de él.

Seguía silencioso cuando llegó hasta donde Anémona le esperaba con Pedro, y extendió un brazo hacia donde estaba ella, sonriente, tal y como había dicho él, hermosa como las flores que se abren al rocío las primeras mañanas de la primavera. El Duque hizo una reverencia con su sombrero, y Mirandola fue a besarla.

—Y debo desposarme de manera ilustre —repuso Ramón Alonso con amargura.

Ninguno habló por un momento, uno de esos breves momentos que suele utilizar el destino para perfeccionar lo que durará muchos años. Entonces Anémona se dispuso a ir hacia Aragona, a la aldea de la que había sido expulsada.



—Un momento —dijo el Duque—. Le escribiré a nuestro justo monarca. Que Dios le bendiga, pues lo hará por nosotros.

Hasta que no se escribió la carta nadie supo lo que iba a pedírsele, ni lo que haría el justo y glorioso monarca, pero en ese momento todo pareció decidido.

Entonces volvieron a la Torre, Mirandola, el Duque, y Ramón Alonso. Pero no Anémona, pues Ramón Alonso no sabía qué decirle de ella a su padre, pese a que el Duque había reanimado sus esperanzas, y volvían a brillar con visiones de futuro. Con rápida decisión, que ninguna meditación habría mejorado, le dijo a Pedro que la llevara a casa del padre José. Pedro así lo hizo, y allí se quedó alojada por un tiempo y honorablemente atendida. De quedar en su memoria algo más que restos de su estancia en aquella tenebrosa casa, el padre José habríase sorprendido casi tanto como él; y eso que conocía bien al hombre y su lamentable historia, pues hacía ya bastante tiempo en que fue un cura recién ordenado y el mundo le era nuevo.

El Duque del Valle Sombrío escribió de su puño y letra, aunque con esfuerzo e incomodidad, una carta al victorioso rey; mientras Ramón Alonso era recibido por sus padres y les dispensaba algunos fragmentos de su historia, escondiendo siempre lo más importante de ella. En la carta, el Duque le comunicaba a su compañero de armas las alegres nuevas de su felicidad, añadiendo luego una humilde petición concerniente a Anémona, y terminando con un renovado voto de la devoción que su casa siempre sintió hacia su ilustre linaje. En ese momento llegaron los arqueros con sus magras victorias, pues su señor les dijo que cazaran conejos; y a uno de ellos entregó la carta al momento, encareciéndole que se apresurara en llevarla a su espléndido destino. Y el arquero se apresuró como le habían ordenado, y viajó durante lo que quedaba de día y la mayor parte de la noche, de tal manera que al siguiente atardecer distinguió las brillantes torres del palacio que era gloria y alegría de la Edad de Oro. Y allí estaba el alto rey, el monarca victorioso, sentado en un trono de terciopelo, madera y oro. Y habíanse llevado luces al salón del trono, y dos hombres junto a él sujetaban extrañas antorchas para que éste pudiera seguir con su labor; y no tenía otra aparte de la del ponderar sobre viejas cuestiones, pues vastos eran sus dominios. Y allí entró el arquero.

El rey se regocijó al leer la carta. Luego se levantó y dio una orden pidiendo unos preparativos. Y esos preparativos eran para su presencia en los esponsales del Duque con Mirandola. Y entre esos regocijos, augustas preparaciones, y las graves preocupaciones heredadas, no olvidó la petición de su amigo y el humilde problema de Anémona. Dio otra orden, pidiendo que se le trajera pluma. Y le llevaron una pluma en un cojín escarlata y amarillo, que son los colores de España. Y el victorioso rey tomó la pluma y escribió sobre pergamino, trazando con su misma mano el humilde nombre de Anémona. Y en esa ilustre sala, orgullo de la Edad de Oro, escribió un amplio perdón por su baja cuna, y puso su nombre en el perdón que había escrito, y lo selló todo con el glorioso escudo de armas de España. Entonces el perdón fue llevado sobre el mismo cojín escarlata y amarillo hasta el arzobispo que velaba

por el rey, atendiendo sus necesidades espirituales en cada momento. Y cuando el perdón estuvo ante él, alzó las manos y lo bendijo.

El arquero llevó el perdón al Duque, que se lo entregó a Ramón Alonso. Y a partir de ese momento fue traición hablar de la baja cuna de Anémona, y ni los historiadores podían aludir a él, pues el perdón anulaba esto; y desde entonces fue de ilustre linaje. Y en su leal prevención de toda referencia a la antigua ocupación de Anémona, el pueblo español dejó caer en el desuso la palabra de fámula, pues consideró que sería traición usarlo. Así que todavía son conocidos los términos de fregona, sirvienta, criada, o doméstica, pero nunca el de fámula, a no ser que me haya informado mal algún espíritu vano e indigno de confianza que cruzó los Pirineos transportado por el viento del sur.

¿Qué más queda por contar de los destinos de Ramón Alonso y de la casa aliada del Duque del Valle Sombrío? Hay buenos libros que hablan de la boda de Mirandola con palabras cuya rima baila a través de las épocas con una alegría y un entusiasmo merecedores de tan feliz tema. A ellos dejo la labor de contarlos. El viajero afortunado que se pase por Londres, y suba hacia el norte por Charing Cross Road, y tuerza con fortuna por las calles, podrá encontrarlos en el anticuario que hay al final de Old Zembra Street, y en bastante cantidad como para satisfacer sus deseos. Y el encargado podrá encontrar el libro que necesitéis, si no está demasiado enfrascado en los esplendores olvidados de los encantados días, como suele pasarle los largos y oscuros sábados. Pues duermen en sus polvorientas estanterías, riéndose en su letargo mientras sueñan con la Edad de Oro. Son libros como Alegrías afortunadas, El glorioso final de la Edad de Oro, El crepúsculo de la Caballería y Los felices días de lo Ilustre. Todos ellos hablan de esa boda, iluminando el evento con un esplendor y una dignidad que en nuestra era se consideraría presuntuosos para cualquier asunto humano.

No hablaré de los libros que pueden encontrarse en Madrid, ni los que podrían vender los buhoneros en los valles poco frecuentados de España. Baste decir que no hay historia de la Edad de Oro que no se explaye felizmente sobre este día. Los buenos y gloriosos libros hablan más brevemente de la boda de Anémona con Ramón Alonso, pues no hubo arzobispos presidiendo el sagrado rito, y el rey ya había vuelto a la carga que eran sus dominios. Pero estuvieron bien casados haciéndolo el padre José con sus propias manos, y bendiciendo por muchos años a ellos y a su progenie. Y ella, habiendo dejado atrás los años mágicos, envejeció como envejecemos todos, lenta y mortalmente. Y todos esos brillantes libros coinciden en una misma exageración, llegando a dar fe, a veces con curiosos y solemnes juramentos, de que ella y Ramón Alonso vivieron por siempre felices.

¿Y qué fue del mago, cuyos hilos del destino tanto se han entremezclado con el tejido de esta historia? Contrariamente a lo temido no envió hechizo alguno tras Anémona y su amado, y de entre el polvo y la oscuridad de un alto estante, sacó un volumen donde había escrito todo lo aprendido concerniente a la caza del jabalí; y

nada más aparte de esto se conocía sobre semejante arte, pues habíale enseñado alguien que siempre lo cazó bien. Leyó en él todo el día y toda la noche, asegurándose que contenía manifestado el camino a la felicidad que buscaban todos los filósofos. Al tercer día, nadie había vuelto a él y seguía solo, y dióle en conjeturar que sería inútil buscar otro digno de recibir los tremendos secretos de lo antiguo.

—Pasan los años —se dijo, apartándose del libro.

Entonces fue hasta la torre, e ingirió un trago de ese fluido llamado *elixir vitae*, y llevando la botella hasta ese pasillo que tantas veces fregó Anémona, lo derramó sobre la losa. Cogió luego una flauta de junquillo de una caja, vistiósela la capa y salió de la casa mágica.

Dio unos pasos en el bosque y se llevó la flauta a los labios. Tocó una melodía de extraña música, y esperó, escuchando con ansia. Y a sus oídos llegó un arrastrar de cosas diminutas, ligeras, élficas y animadas, sobre hojas caídas en el bosque. Al oírlo avanzó prestamente, dirigiéndose al norte, y le siguieron toda clase de seres mágicos: hadas, duendes y faunos, y todos los demás hijos de Pan.

Al llegar a campo abierto volvió a llevarse la flauta a la boca y tocó dos extrañas notas, que por un momento parecieron encantar el aire que le rodeaba. Y a esta llamada respondieron los seres de la campiña, gente diminuta y encantada que salían de madrigueras y arroyuelos, y se unieron al grupo fantástico que salió de las profundidades del bosque, y siguieron al Maestro. Y con ellos acudieron viejas sombras, algunas procedentes de seres terrenales y otras que parecían proyectadas en tierras diferentes a la nuestra y por luces distintas a nuestro Sol. Y los condujo a todos a través de toda la belleza de España. Al llegar a las colinas altas volvió a tocar las dos notas, y todo lo que obtenía solaz viviendo en la luz de la luna y en la neblina de los ríos, o en el profundo romance que se desprende de las viejas historias contadas al calor del hogar; todo ello salió de los lugares donde abitaban desde los años antiguos, en la neblina de la distancia, y al otro lado de las verdes colinas, y le siguieron por los campos y valles de España, hasta que una mañana avistaron las cimas de los Pirineos. Pronto cruzó éstos con la extraña comitiva detrás y las mariposas que le siguieron hasta fuera del país. Volvió a tocar las notas en lo alto de una cumbre, donde su alta figura envuelta en capa parecía pequeña vista desde los campos, y su extraña comitiva no era más que unas motas en la nieve. Pero España le escuchó, y esas notas vibraron con su atractivo y persuasión sobre sus pueblos, cantando y prometiendo no sé qué, y turbando como nada debería turbar a la calma y las tranquilas costumbres, todas las catedrales tañeron sus campanas contra él. Y los carillones resonaron en los valles llegando hasta las colinas, y hasta que el aire de toda España estuvo lleno de música y era uno con ellos, y los seres novelescos y misteriosos siguieron yendo al maestro, y más corazones de los que podrían reseñarse miraron aquel día hacia las cumbres y el paso de los Pirineos. Hacia el paso por donde se fue seguido de los hijos de Pan. Y luego se dirigieron al este y más y más lejos.

En la Provenza actual hay historias que cuentan pocos, pero que recuerdan los

corazones de los aldeanos, y que dicen de las osas de otros tiempos que vinieron desde las montañas. Y se alejaron por toda Europa, dejando un rastro de fábula y extraño folclore que todavía puede seguirse, menos cuando se pierde cerca de las ciudades y los caminos principales. Y tras ellos siempre iba todo lo que fuera mágico, y todas las cosas que moraban en los viejos tiempos y que sólo conocemos por las fábulas y las leyendas.

Y el mago siguió más y más adelante, sin dejarse amilanar por la lluvia, la noche, los ríos o las montañas, siempre avanzando guiado por los amaneceres, y siempre al este. Le sobrevino el cansancio pero siguió adelante, viajando sin rumbo y atravesando tranquilos villorrios por la noche, despertando nuevos deseos con el sonido de sus pasos, y el deslizarse de pezuñas que siempre acompañó su viaje. Y al fin llegaron a él esos temores mortales que siempre acompañan el final de los viajes terrenales. Apresuróse entonces. Y una mañana, clara como sólo podía serlo al alba, antes de que se apoderara de él el destino de los hombres, vio las luminosas rocas de los brillantes bastiones que se alzaban en la frontera de la Tierra, más allá de la Luna. Eso es lo que vio con ojos nublados por la fatiga de su larga estancia en la Tierra. Y si lo vio borrosamente, no había ninguna clase de duda en las trompetas que resonaron en esos bastiones para darle la bienvenida tras su viaje, y todo lo que le seguía respondió con gritos como los que a veces encantan los valles en determinadas fases de la Luna. Y en las abiertas puertas de las murallas estaban congregados los Maestros que traficaron con los años mientras moraban en la Tierra, que tras transmitir su saber, evitaron la tumba de la manera que sólo ellos saben, y que estaban más allá de la condenación. Y levantaron sus manos y le bendijeron.

Y las puertas de la Tierra más allá de la Luna se abrieron para él y las criaturas que le seguían. Y dirigióse hacia ellas con su mágica comitiva. Y entró dentro, y terminó la Edad de Oro.

# Obras de Lord Dunsany<sup>[1]</sup>

## NOVELAS

- 1922 — *Don Rodríguez. Chronicles of Shadow Valley* (*Don Rodrigo. Crónicas del Valle de la Sombra*, Librería Fausto, Buenos Aires 1977)
- 1924 — *The King of Elfland's Daughter* (*La hija del rey del país de los elfos*, Ed. Teorema, col. Arcadia, Barcelona 1983)
- 1926 — *The Charwoman's Shadow* (*El crepúsculo de la magia*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 20, Barcelona 1988)
- 1927 — *The Blessing of Pan*
- 1933 — *The Curse of the Wise Woman*
- 1936 — *My Talks with Dean Spauley*
- 1950 — *The Strange Journeys of Colonel Polders*
- 1951 — *The Last Revolution*

## RECOPILACIONES:<sup>[2]</sup>

- 1905 — *The Gods of Pegana* (incluido íntegramente en *El país del tiempo*)
- 1906 — *Time and the Gods*
- 1908 — *The Sword of Welleran* (*La espada de Welleran*, Ed. Adiax, col. Fénix, Barcelona 1982)
- 1910 — *A Dreamer's Tale* (*Cuentos de un soñador*, Alianza Ed., col. Bolsillo núm. 1272, Barcelona 1987)
- 1912 — *The Book of Wonders*
- 1915 — *Fifty-One Tales*
- 1916 — *The Last Book of Wonders*, también como *Tales of Wonder*
- 1918 — *Tales of War*
- 1919 — *Tales of Three Hemispheres*  
— *Unhappy Far - Off Things*
- 1931 — *The Travel Tales of Mr. Joseph Jorkens*
- 1934 — *Mr. Jorkens Remembers Africa*
- 1940 — *Mr. Jorkens Has a Large Whiskey*
- 1947 — *The Fourth Book of Jorkens*
- 1949 — *The Man Who Ate the Phoenix*
- 1952 — *The Little Tales of Smethers*
- 1954 — *Jorkens Borrows Another Whiskey*

## RECOPIACIONES POSTERIORES;<sup>[3]</sup>

- 1970 — *At the Edge of the World*, preparada por Lin Carter  
1972 — *Beyond the Fields We Know*, preparada por Lin Carter  
— *Gods, Men and Ghosts*  
1974 — *Over the Hills and Far Away*, preparada por Lin Carter

## OTRAS RECOPIACIONES EN CASTELLANO:

- 1986 — *El país del Yann*, Ed. Siruela, col. la Biblioteca de Babel núm. 27, Madrid  
1987 — *En el país del tiempo*, Ed. Siruela, col. El ojo sin párpado núm. 8, Madrid (contiene material extraído de *Beyond the Fields We Know* y *Over the Hills and Far Away*)

## TEATRO:

- 1909 — *The Glittering Gate*  
1911 — *The Gods of the Mountain*  
1913 — *The Lost Silk Hat*  
1914 — *Five Plays*  
1916 — *A Night at an Inn. A Play in One Act*  
— *The Queen's Enemies*  
1917 — *Plays of Gods and Men*  
1919 — *The Laughter of the Gods*  
1920 — *The Tent of the Arabs*  
1921 — *If: A Play in Four Acts*  
1922 — *Plays of Near and Far*  
1928 — *Seven Modern Comedies*  
1933 — *Lord Adrian: A Play in Three Acts*  
1935 — *Mr. Faithfull: A Comedy in Three Acts*  
1937 — *Plays of Earth and Air*

## POESÍA:

- 1930 — *Fifty Poems*

— *Mirage Water*  
1941 — *War Poems*  
1943 — *A Journey*  
— *Wandering Songs*  
1946 — *The Year*  
1949 — *To Awaken Pegasus*

## **AUTOBIOGRAFÍA:**

1938 — *Patches of Sunlight*  
1944 — *While the Sirens Slept*  
1945 — *The Sirens Wake*

## **VARIOS:<sup>[4]</sup>**

1918 — *Nowadays, ensayo*  
1930 — *The Old Folk of the Centuries*  
1935 — *Up in the Hills*  
1936 — *Rory and Bran*  
1939 — *The Story of Mona Sheehy*  
1944 — *Guerrilla*  
1947 — *The Odes of Horace, traducción*  
1952 — *His Fellow Men*



EDWARD JOHN MORETON DRAX PLUNKETT, XVIII BARÓN DE DUNSANY (24 de julio de 1878 - 25 de octubre de 1957), fue un prolífico escritor irlandés de cuentos, novelas y piezas de teatro. Su obra temprana ha sido una de las fuentes de inspiración individuales más importantes de la fantasía moderna; su influencia ha sido reconocida por Tolkien, Lovecraft y LeGuin, entre muchos otros. Creador de mitologías imaginarias y verdadero cultivador de la prosa poética, Lord Dunsany aportó al género una muy personal reelaboración de la imaginería celta y conformó los temas de la fantasía heroica en su estado embrionario.



# Notas 1

[1] Ha sido el resurgimiento del fantasy, sobre todo la aparición de *El Señor de los Anillos*, de J. R. R. Tolkien, en los Estados Unidos, lo que motivó la reedición de algunas de sus obras, la mayor parte de las cuales se encuentran agotadas desde hace muchos años. <<

[2] «Sin embargo, tal como corresponde a un maestro de la triunfante irrealidad, hay ocasionales matices de terror cósmico que responden hondamente a la tradición del género» (H. P. Lovecraft, *El horror sobrenatural en la literatura*, Alianza Editorial, Madrid 1984). <<

[3] «Yo mismo podría referir episodios mágicos que me sucedieron, si mi imaginación no permaneciera sometida a la capacidad racional que me asegura que sólo se trataba de extrañas coincidencias» (Lord Dunsany, «My Ireland»). <<

[4] Basta observar a Morano, el criado de Don Rodrigo, una especie de Sancho Panza que anda por el mundo con una sartén colgada a la espalda. <<

[5] Introducción a *The Hill of Dreams*, de Arthur Machen. <<

[6] Obra citada. <<

## Notas 2



[1] Datos bibliográficos compilados con la colaboración de Jorge A. Sánchez. <<

[2] Se omiten aquellas recopilaciones que contienen exclusivamente material ya aparecido en otras antologías anteriores del autor. <<

[3] Estas recopilaciones no contienen material previamente inédito. <<

[4] Salvo indicación, se desconoce el contenido de los libros de este apartado. <<